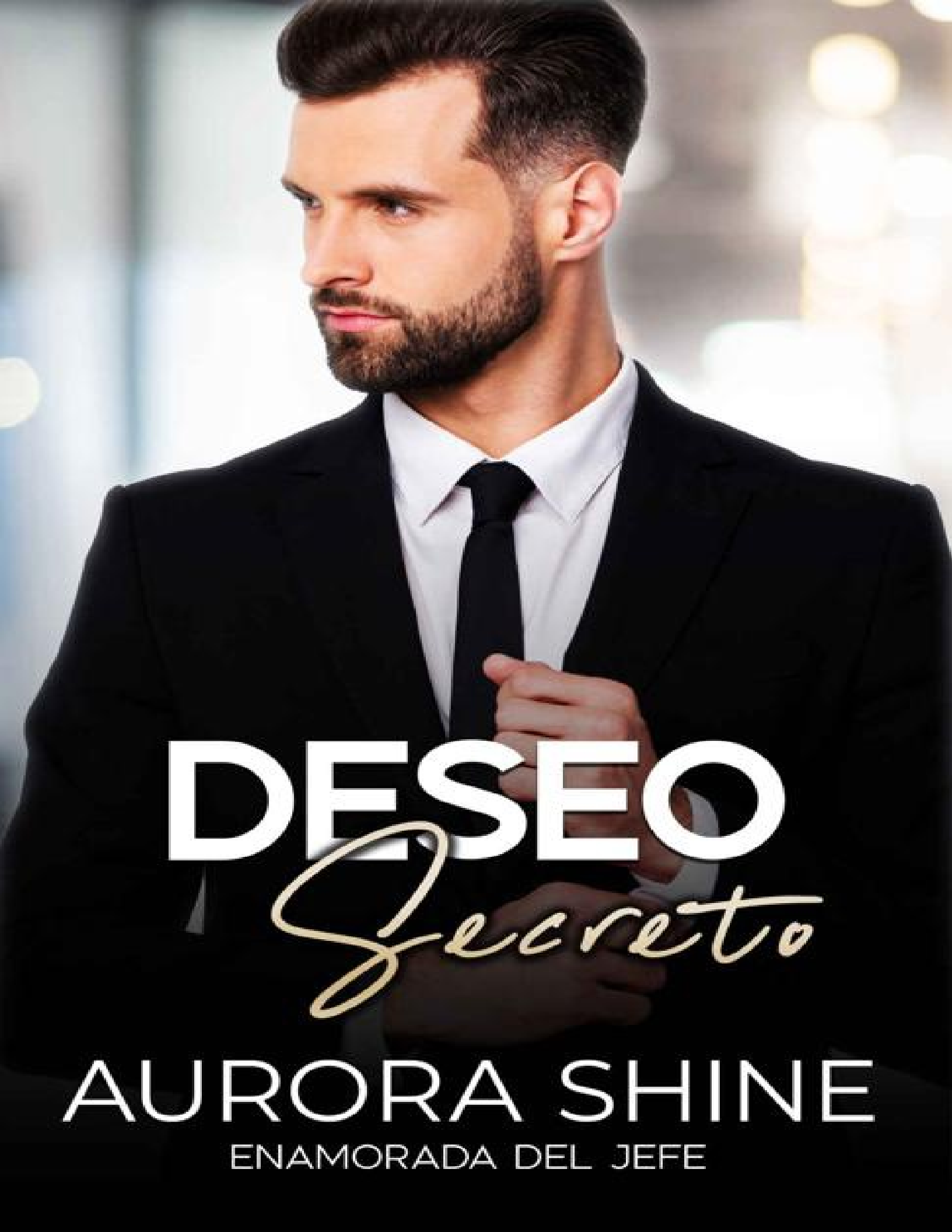


A man with a beard and short dark hair, wearing a black suit, white shirt, and black tie. He is looking off to the side with a serious expression. The background is blurred with warm, bokeh lights.

DESEO

Secreto

AURORA SHINE

ENAMORADA DEL JEFE

Aurora Shine
Deseo Secreto:
Enamorada del jefe
1ª edición. 2023

Diseño de portada: Luv & Lee, Baris Fratric
Traducción y redacción: Luv & Lee, Baris Fratric

Para obtener libros gratuitos y más información sobre Aurora Shine, visite la página web:
www.luvlee.us/startseite-aurora-shine

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión total o parcial.
Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida de ninguna forma sin la autorización escrita del autor. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personajes descritos en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas reales vivas o fallecidas es mera coincidencia y no intencional. Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

Luv & Lee
Baris Fratric
Schopperstraße 6/20
5020 Salzburg

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Leer más...](#)

Capítulo 1

Allie

Lo primero que me llamó la atención de mi nuevo barrio de Washington Heights fue el olor. El sol de finales de mayo golpeaba la acera y desprendía aroma a hormigón quemado. Los jóvenes universitarios como yo se sentaban fuera de sus apartamentos y fumaban cigarrillos American Spirit en el acogedor calor de la ciudad mientras mi padre y yo descargábamos las últimas cajas del camión de mudanzas. Yo nunca había fumado, pero era un día precioso para quedarse mirando el mundo pasar. El olor de la ciudad no era desagradable en sí, pero sin duda era diferente del fresco y terroso aroma del tranquilo pueblo de Vermont donde había pasado la mayor parte de mi vida hasta ahora.

Hacía un día espléndido, pero mientras subía a tientas las escaleras con una caja de zapatos, maldije el sol y el sudor que me caía por la espalda. Tuve suerte de mudarme a un piso sin ascensor en el día más caluroso del año.

"¡Allie!" Oí la voz de mi padre retumbar desde la escalera. Después de hoy, volvería a Vermont y me quedaría sola con mi nueva compañera de piso.

"Un segundo, papá", volví a llamar, y me detuve a mitad del último tramo de escaleras para hacer una pausa. Intenté apartarme el espeso flequillo de la cara, pero me caía en los ojos y se me quedaba pegado. Hacía un calor de mil demonios y no había nada que me apeteciera más que un vaso de agua fría y sentarme después de horas desembalando la furgoneta.

Respiré hondo y continué subiendo las escaleras. Me estaba abriendo camino en el mundo, aunque para ello tuviera que subir las escaleras en lugar de coger el ascensor. Iba a conseguir esas prácticas en Bedford Law, y este era el lugar en el que estaría cuando lo hiciera. Colgué a la izquierda y entré en mi flamante apartamento.

El salón era estrecho, pero bastante agradable, con un par de sofás de flores destartados que parecían de los años ochenta. La habitación estaba iluminada por una ventana gigante que daba al barrio, y aunque el lugar tenía un aire destartado, había suelos de madera a la vista que le daban un aire cálido y hogareño.

Una mesita en el centro de la habitación estaba cubierta de revistas artísticas con fotos de modelos altos y andróginos. Ese no era exactamente mi tipo. Siempre he preferido a los tipos anticuados, como Gregory Peck o Laurence Olivier, los de las películas antiguas. Aun así, estaba deseando conocer a la persona que había decorado el apartamento hasta el momento.

Cogí un post-it rosa con forma de corazón que habían dejado en uno de los pequeños cactus del tamaño de un puño que había sobre la mesa.

"Querida compañera de piso,

Estoy encantada de pasar un verano maravilloso contigo. Nos vemos el domingo por la noche, nueva amiga.

Con todo mi amor,

"Malia".

"Creo que es bueno que tengas un poco de tiempo para acostumbrarte al lugar antes de que vuelva tu compañera de piso", dijo mi viejo, volviéndose hacia mí desde donde estaba de pie junto a la ventana. "Pasarás la noche y mañana podrás concentrarte en guardar algunas cosas durante el día, antes de tener que hablar con nadie. Sé que piensas mejor cuando te dejan a tu

aire".

Iba vestido con su habitual camiseta verde de Park Ranger y unos vaqueros. Aunque estábamos en la ciudad y tan lejos de las Montañas Verdes como nunca en mi vida, llevaba botas de montaña con los característicos cordones rojos. Se acarició el bigote canoso antes de hacerme un gesto para que me uniera a él junto a la ventana.

"Gracias, papá", dije casi sin aliento. Dejé la caja en el suelo. "En realidad creo que esto es lo último. He cerrado el coche".

"Buena chica", dijo asintiendo con la cabeza. "No te puedes fiar en este tipo de lugares".

"¿Qué, la metrópoli?" Dije riendo. "No es Gotham City".

Me giré a la izquierda para mirar el gran espejo en forma de corazón que colgaba en el salón. Era el tipo de cosa que mi padre nunca habría permitido en mi casa, pero yo en secreto pensaba que era impresionante.

Sin embargo, mi reflejo no me gustó demasiado. Había intentado recoger mi melena rubia en una coleta, pero se me caían mechones de pelo por todas partes debido a la actividad física. Intenté recogerme el flequillo, pero fue en vano. Se me había vuelto a caer en la cara.

"Hazte una foto, así durará más", bromeó mi padre, y yo negué con la cabeza y fui a reunirme con él en la ventana.

Le dije. "Actualmente parezco un tomate de tanto levantar peso. No estoy hecha para este estilo de vida".

"Pues menos mal que quieres ser abogada en vez de comerciante", replicó, y me dio una reconfortante palmada en la espalda. "Doy gracias a Dios todos los días por haber heredado la inteligencia de mamá. Ahora mismo estaría orgullosísima".

"Basta", dije, y por un momento recordé a mi madre.

Su vida se había visto truncada por el cáncer cuando yo sólo tenía seis años, pero en el poco tiempo que pasamos juntas me quedó claro lo increíble que era. Nunca se había aventurado demasiado lejos de nuestra pequeña ciudad, pero era bien sabido que podía arreglar casi cualquier cosa, cocinar a la perfección y contar un chiste malo de vez en cuando.

"Sé que tengo razón", dijo con un guiño. "Cada día te pareces más a ella. Por eso eres mi preciada carga, Allie-gator. Echa un vistazo ahí fuera".

Señaló la ventana y no pude evitar poner los ojos en blanco.

"¿Sí?" pregunté con un suspiro.

Tenía que admitir que esta zona de Washington Heights no era particularmente inspiradora. Desde el salón se veían principalmente edificios de apartamentos de ladrillo, pequeñas bodegas y paredes cubiertas de grafitis. Pero, aunque el lugar no era precisamente bonito, no me dio malas vibraciones. Además, estaba a sólo 15 minutos en tren de Manhattan y seguía siendo asequible, al menos para los estándares neoyorquinos.

"Extiende la mano y cierra los ojos", me dijo mi padre, y obedecí de mala gana. Sentí que algo frío y metálico se deslizaba en mi palma, y cuando abrí los ojos había un silbato rosa en mi palma que ponía "fuck off" grabado en el lateral.

"Papá", dije, y no pude evitar soltar una risita. "Es... rosa chillón... realmente no es mi estilo".

"Lo sé, pero era el único que les quedaba en la ciudad", gimió. "Lo digo en serio, Allie-gator. Ya he perdido a una de mis damas, y no voy a correr ni un solo riesgo contigo. ¿Sabes cómo usar un silbato de violación? Sólo tienes que soplar a través del...".

"Papá", dije, y le miré a la cara. Compartíamos los mismos ojos color avellana, y su expresión se suavizó cuando me encontré con su mirada.

"Lo sé, sé que eres una joven responsable", dijo. "Pero Nueva York no es como tu casa. No quiero que andes por ahí de noche. Y lleva ese silbato contigo todo el tiempo, ¿entiendes? He visto algunas de las cosas que les pasan a las mujeres en mi época en el cuerpo, y créeme, algunas te helarían la sangre..."

"Papá", repetí antes de que me contara otra historia gráfica de su época en el cuerpo de policía, cosa que a veces solía hacer. Supongo que dedicaba tanto tiempo a su trabajo que tenía sentido, pero estaba segura de que no quería volver a oír hablar de la mujer cuyo ex la arrojó a una trituradora de madera.

"Y recuerda aquellas clases de defensa personal", continuó. "No eran baratas".

"Lo sé", dije. "Pero créeme. A estas alturas, estoy bastante segura de que podría asfixiar a un asaltante mientras duermo. Y si te soy sincera, estoy un poco más nerviosa por hacerlo bien en estas prácticas que en el barrio".

"Oh, cariño," dijo mi padre. "Lo vas a hacer muy bien, puedo sentirlo. Llevas años partiéndote el culo y no podría estar más orgulloso. Además, tienes algo que los demás no tienen. No naciste con una cuchara de plata en la boca. Te has librado y sabes defenderte".

"¿De verdad lo crees?" le pregunté.

"Lo sé", dijo. "Sigue así un poco más, sé que vas a brillar Allie-gator. Eres muchísimo más inteligente de lo que yo seré nunca, y soy un hombre orgulloso por ello".

Me reí para mis adentros, pero no podía dejar de considerar lo que estaba en juego.

"Voy a conseguir esa beca", dije. "Harmony y Gold no sabrán lo que les espera. Voy a ser la mejor interna que hayan tenido nunca, y luego voy a conseguir esa beca para Bedford Law".

"Así es, cariño", dijo mi padre, y me dio una palmada en el hombro. "Porque esa matrícula es prácticamente tanto como mi salario anual".

"Lo haré", dije asintiendo. "Y luego me convertiré en uno de las mejores abogadas del país. Caso cerrado".

"Esa es la Allie que me gusta oír", respondió mi padre. "¿Has pensado ya en qué te quieres especializar?"

"No", dije con un suspiro. "De momento nada. Me interesa el derecho corporativo, o tal vez el derecho de propiedad intelectual, hay un gran mercado para eso últimamente, pero espero poder trabajar en algunos casos diferentes este año y ver qué me inspira".

"Muy abierta de mente", dijo papá asintiendo con la cabeza. "Eres una chica impresionante, Allie. Me gusta pensar que tal vez ver mi trabajo en el cuerpo te ha inculcado el amor por la justicia... si pudiera ser tan atrevido como para sugerir algo así".

"Claro que sí, papá", me reí, y le di un abrazo. Su camiseta aún olía a pino, a pesar de que estábamos en pleno corazón de la ciudad y no en las Green Mountains.

"La pequeña Allie Adams", dijo. "Mira, tengo que decirte una cosa más".

Mi padre se apartó de mí y levantó una ceja.

"¿Qué es?" pregunté, y me crucé de brazos.

"Voy a ser un auténtico Papá Oso con esto", dijo. "Pero no quiero que se te suban a la cabeza, bueno, los chicos. Ahora estáis solas y esto ya no es un pueblo pequeño. He intentado mantenerte bajo mi ala el mayor tiempo posible, y ahora que tienes tu propia casa y tu propia ocupación no quiero que te vuelvas loca por los chicos".

No pude evitar echar la cabeza hacia atrás y reírme a carcajadas.

"Oh, papá", dije. "No tienes que preocuparte por mí. Sabes lo mucho que me importa esta beca. De ninguna manera estoy aquí para tener citas".

Por poco que mi padre lo supiera, ya había aprendido esa lección en mi segundo año. Cuando pensaba en la cara engreída de Tom y su mata de pelo castaño y rizado, sentía como si me hubieran clavado un ancla en el corazón y me estuviera hundiendo. Nunca jamás volvería a cometer ese error.

"¿Me lo prometes?", preguntó mi padre.

"Puedes estar seguro", dije. "Estoy aquí para ganar, y nada más. Esa beca es lo único que me importa".

Podía sentir el fuego competitivo disparándose desde la base de mi columna vertebral hasta la parte superior de mi cabeza. Estaba creando mi propio futuro y no me importaría que otro hombre atractivo y autoritario intentara robarme el protagonismo.

"Ese es el espíritu", me dijo mi padre. "Mantén esa actitud. Y sigue mirando hacia adelante en lugar de hacia atrás. ¿Recuerdas aquella vez en la final del condado?"

Al oír sus palabras, me sumergí en los recuerdos del atletismo del instituto. Pude ver el uniforme verde oscuro que me habían obligado a llevar y las zapatillas grises desgastadas de las que tanto me avergonzaba. No podíamos permitirnos unas mejores, pero por suerte podía compensar mi falta de estilo con mi velocidad.

"Creo que sí", dije con un suspiro divertido, sabiendo que me lo iba a decir de todos modos. "Recuérdamelo".

"Te detuviste antes de la meta para ayudar a Jenny Martin, porque se había torcido el tobillo", me contestó. "Podrías haber ganado la carrera fácilmente, pero decidiste asegurarte de que estaba bien".

"Eso fue en noveno curso", dije encogiéndome de hombros. "A esa edad no buscaba sangre. En décimo me presenté a las estatales, ¿no? ¿Y en duodécimo?"

"Sólo digo que no dejes que tu corazón bondadoso te supere, Allie Bee".

"Estaré concentrada, papá", le contesté. "Te lo prometo. Nada de pararse al margen".

"Ahí fuera es la supervivencia del más fuerte, cariño", dijo. "Los animales sanos no se quedan alrededor de una presa herida esperando a que se los coman. Tienen que largarse y vivir su vida".

"Lo sé, papá, lo sé", le contesté poniendo los ojos en blanco.

Entendía lo que decía y sabía que tenía que dar lo mejor de mí si quería conseguir la codiciada beca para estudiar Derecho en Bedford. No era el momento de perder el tiempo. Pero cuando recordé cuando ayudé a Jenny Martin en noveno curso, no sentí ni una pizca de remordimiento. ¿Qué importaba un estúpido lazo cuando mi amiga y compañera de equipo estaba mal?

"Se está haciendo tarde, cariño", dijo papá, y me puso una mano en el hombro. "Creo que voy a tener que irme. Es un viaje de cinco horas en un buen día, y..."

"Lo sé, lo sé", dije. "Y habrá ciervos en la carretera hacia el atardecer".

Nos abrimos paso entre los montones de cajas del salón. Tenía toda una tarde para rebuscar entre la ropa, la ropa de cama y, lo más importante, mis libros de texto de Derecho. Pero por ahora, era hora de despedirme del hombre que me había llevado de la mano hasta ahora.

"Sabes, cariño, creo que me estoy emocionando un poco", dijo, y se frotó la sien. Era algo que siempre hacía cuando sentía que estaba a punto de llorar.

"Está bien, papá", le dije, lo rodeé con mis brazos y le di un fuerte abrazo.

Mi viejo me dio un último apretón antes de separarse. Tenía los ojos un poco empañados, pero sabía que haría todo lo posible por mantener la compostura.

"Tu madre estaría muy, muy orgullosa de ti", me dijo. "Y lo digo en serio. Sois dos damas de una raza diferente. No sé qué hice en mi vida pasada para ser bendecido por la compañía de tu

madre y de ti".

"Ohh, papá", dije luchando contra las lágrimas. "Eres el tío más cariñoso que conozco. Y sé que te mantendrás alerta en casa".

"Son buenos chicos", dijo encogiéndose de hombros. "Estoy orgulloso de mi pequeña. Pero hablando de chicos, recuerda mantener la guardia alta".

"Lo sé, papá", respondí, y colgué mi silbato rosa brillante anti violación delante de su cara. "¿Te acuerdas?".

"No sólo los matones", dijo. "Me refiero también a los chicos con los que pasas el tiempo. No son como los chicos del campo. Te mastican y te escupen porque consiguen lo que quieren en bandeja de plata y les importa un bledo. Y eso no es lo que quiero para mi niña".

"Lo sé, papá", le dije. "Tengo una meta, y es patear traseros en esta pasantía. ¿De acuerdo? No se permiten chicos".

"No se permiten chicos", repitió mi padre después de mí. "Ahora cuídate. Estoy deseando que me cuentes lo de tus prácticas, cariño".

Mi padre salió por la puerta y yo empecé a sentir la adrenalina recorriendo mi cuerpo.

Esto estaba ocurriendo de verdad. Estaba viviendo sola, o casi sola, en Nueva York, y asistiendo a una de las prácticas de derecho más prestigiosas del país.

Mientras mi padre bajaba las escaleras, cerré la puerta tras él y eché el pestillo.

Era el momento. Había llegado.

"Vaya", me dije en voz alta. "Nueva York, allá voy".

Sólo había dos cosas que tenía que hacer este verano. Mantenerme alejada de los chicos y hacer las prácticas lo mejor posible.

¿Qué tan difícil podía ser?

Capítulo 2

Edward

Si no había descanso para los malvados, yo debía de ser el hombre más corrupto y de corazón más negro de la ciudad. Se suponía que el sábado por la noche era para beber cerveza con los chicos, para que las secretarias se deleitaran con los cócteles y para que los socios principales pasaran tiempo con sus apestosos hijitos.

Pero los chicos que bebían cerveza y las secretarias que bebían cócteles no estaban en la cola para convertirse en el socio más joven de la historia de H&G. Desde que me licencié en Bedford, hacía cinco años, había puesto mis ojos en el premio, y un largo y desaliñado viaje por la escalera con la esperanza de convertirme en socio a los cuarenta o cincuenta no era para mí.

Si había algo que no me gustaba era perder el tiempo.

Así que si no estaba haciendo lo que se esperaba que hiciera un chico de veintinueve años un sábado por la noche en Manhattan, que así fuera. Si los demás no querían jugar para ganar, entonces facilitaba la lucha a los que estábamos haciendo precisamente eso.

Me recosté en el sillón de cuero que me habían regalado por mi último cumpleaños y me giré para contemplar la ciudad.

Entre la oscuridad del cielo y el parpadeo de las luces, sólo podía ver mi propio reflejo. A cincuenta pisos del suelo, me sentía como un dios de la ciudad. Me acerqué ligeramente a la ventana para ver si parecía tan cansado como me sentía, pero los signos de adicción al trabajo no estaban allí. Ni bolsas en los ojos, ni sombras oscuras. Sólo los mismos ojos marrones de mi madre y el cabello castaño oscuro de mi padre.

Volví a mi brillante escritorio de madera y hojeé los papeles que tenía delante.

"FUSIÓN LANGFORD", decía el documento. Ya lo había repasado unas cien veces, pero aún me quedaba trabajo por hacer. Si conseguía gestionar con eficacia la adquisición de la empresa, sería mi billete para convertirme en socio antes de los treinta.

El reloj de la pared sobre mi puerta marcaba las diez y media, pero sabía que tendría suerte si salía de allí a las dos de la madrugada.

Respiré hondo y miré los detalles de la fusión empresarial. Una noche para hacer de esto el acuerdo más eficiente posible.

Hubiera jurado que era el último en llegar a la oficina, como de costumbre. Pero el ruido de los tacones contra el suelo de madera era inconfundible.

Contuve la respiración mientras el tintineo continuaba. ¿Seguía Carol en la oficina?

Parpadeé un par de veces y vi cómo la silueta de una mujer alta y delgada pasaba por delante de mi despacho y se detenía en seco. La silueta pareció comprobar el nombre de mi puerta antes de girar el picaporte.

¿Quién demonios estaba invadiendo mi despacho a las diez y media de la noche?

La puerta se abrió de golpe.

Era Jade. Y vaya si parecía enfadada.

"Jade", empecé.

"¡Cállate!", gritó la esbelta mujer que tenía delante.

Incluso cuando Jade estaba furiosa, tenía mejor aspecto que casi cualquiera que hubiera conocido en la vida real. Tenía la piel bronceada y un lunar oscuro en la parte inferior izquierda

de sus labios rojos. Sus gruesas cejas oscuras estaban perfectamente curvadas y un voluminoso cabello oscuro y ondulado le caía sobre la cara. Llevaba medias negras transparentes y un vestido negro ceñido a la piel con un abrigo gris de piel de coyote.

Pude ver un par de maletas Louis Vuitton a juego en la puerta de mi despacho. Me devané los sesos para recordar si íbamos a hacer algún viaje, pero no se me ocurrió nada. Era imposible que planeara un viaje cuando tenía la reunión corporativa la semana siguiente.

"Cariño", dije en un esfuerzo por calmarla. "Dime qué está pasando..."

"¡Edward Macintosh, cállate la boca!", reiteró.

"De acuerdo", dije, y me levanté de mi asiento y me puse de pie. "¿Qué pasa ahora?"

"¿Qué pasa ahora?", repitió con mirada incrédula. "¿Ahora? Oh, déjame ver. Sólo es nuestro puto aniversario, Edward. Nuestro aniversario".

Se llevó el puño a los ojos y arrastró una lágrima. Cuando retiró la mano, vi que se había embadurnado la cara de maquillaje negro.

"Cariño", dije, y señalé sus ojos. "Creo que tienes algo de..."

"Edward", gruñó y miró al suelo. "No intentes cambiar de tema ahora, joder".

"Vale, vale", dije. "Pero Jade, seguro que te has equivocado. Sólo nos juntamos justo antes de Acción de Gracias... eso no es un año, nena. Sólo estamos en mayo".

Cuando Jade me miró, pensé que iba a disparar rayos láser por los ojos. Nunca había visto a una mujer tan enfadada, y eso que mi madre solía estar en su salsa todas las noches de mi infancia.

"¿Cómo de tonta te crees que soy, Edward?", graznó. "Es nuestro sexto mes de aniversario. ¿De acuerdo? ¡Seis meses!".

"¿Seis meses?" Alcé una ceja, confundido. "¿Lo dices en serio? Tengo una reunión de fusión empresarial la semana que viene, ¿y esperas que me desvíe de mi camino para celebrar... seis meses? ¿Es eso normal?"

"¡Eres un gilipollas!", siseó. "¡Y un adicto al trabajo! Pensé que te tomarías un día de tu maldita agenda para actuar como si te importara, ¡pero no te importa una mierda nada más que tus estúpidas fusiones corporativas!".

"¿Estúpidas?" pregunté riendo. "¿Realmente tienes idea de cuánto dinero está en juego aquí? ¿Lo que esto significa para el futuro de la empresa? ¿Para mi futuro?"

"Me importa un bledo el bufete", dijo Jade. "Me importas tú. O al menos, solías importarme. Pero esto es el colmo. He estado esperando demasiado tiempo, y no puedo soportarlo más. ¡Estoy demasiado harta de esta mierda, Edward! ¿Y sabes qué? Estoy demasiado harta de ti".

Normalmente le habría creído, pero empezaba a parecer estar poseída. Su pelo volaba en todas direcciones, y lágrimas ennegrecidas manchaban sus mejillas.

"Jade, cálmate", le dije, y levanté las manos. "Tienes que..."

"¡No me digas que me calme!", gruñó. "¿Vale? Sólo lo haces para que me vaya de tu vista. Y no te preocupes, pronto dejaré de molestarte, porque me voy a Los Ángeles".

"¿LOS ÁNGELES?" pregunté riendo. "¿Y qué vas a hacer allí? ¿Ir a fiestas en la piscina?"

"He aceptado un contrato de modelo con Friction Limited", dijo con naturalidad. "Así que esta noche cojo un vuelo a la costa dorada, donde me pasaré el tiempo en la playa, donde se me caerá la baba por hombres con buen GUSTO".

Antes de que pudiera replicar, desapareció de mi despacho y cogió una de las maletas que había fuera.

"Toma", dijo, y dejó caer sobre mi mesa un maletín con un gato negro. El gato dio un zarpazo a

la jaula de la parte delantera y pude ver sus garras blancas.

"¿Por qué has traído a Midnight a mi despacho? pregunté, señalando al gato en la jaula. "¿Por apoyo moral o algo así?".

"No te hagas el listo conmigo", dijo. "Aunque reconozco que eres muy listo. Pero Midnight no vendrá conmigo a Los Ángeles, porque en mi nuevo apartamento no se admiten mascotas".

"Eso no responde a mi pregunta". Empezaba a sentir calor en mi interior, y la sorpresa que me produjo su desaparición en Los Ángeles empezó a convertirse en rabia.

"¿Qué quieres decir?", preguntó, y cruzó sus brazos ágiles y bronceados.

"¿Por qué está aquí tu gato?" le pregunté.

"Porque es *nuestro* gato", respondió. "He sido la única persona que le ha dado de comer, ha jugado con él y ha reconocido su presencia, y ahora te toca a ti".

"¿Qué?" pregunté, y me pasé las manos por el pelo pensativo. "¿Cuándo demonios ha sido nuestro gato? Tú eras la que lo quería".

"Típico", se quejó Jade.

Tenía un vago recuerdo de un viaje de fin de semana a los Hamptons, donde una de las amas de llaves tenía una camada de gatitos negros y grises. Había sacado una foto de Jade con el gatito en brazos con el telón de fondo de una playa fría. Tenía un atisbo de recuerdo de haberle prometido que la ayudaría a cuidarlo.

Mierda. Era nuestro gato.

"Pero no quiero un gato en mi casa". Lancé una mirada a la bola negra de pelusa. "Me ensuciaría la casa. Y ya sabes cuánto odio que mi espacio vital esté sucio".

"Entonces dile a la criada que lo limpie", espetó Jade. "Dijiste que podíamos turnarnos a Midnight. Así que ahora es el momento de cumplir tu parte del trato".

"¿Soy yo el que está siendo un gilipollas?" Sacudí la cabeza con incredulidad. "¿Vienes aquí a mi oficina en, literalmente, una de las semanas más importantes de mi carrera para poder ir a tu pequeño viaje de autodescubrimiento y dejas a tu puta mascota a la salida?".

"Yo también tengo una carrera, Edward", dijo Jade, y sus ojos ardieron de ira. "No eres el único con sueños y aspiraciones. Quizá si hubieras sacado la cabeza del culo con suficiente antelación podrías haberlo visto. De todos modos, tengo que coger un vuelo".

"¿Así que se acabó?" Pregunté. "¿Así sin más, dejas al gato aquí y me dejas a mí con él?".

"Eso es exactamente lo que está pasando", respondió Jade. "Eres un gilipollas, y espero que te des cuenta de que en la vida hay algo más que recibir elogios y ganar discusiones. Lo más importante son las personas, no los logros profesionales".

"Ja", me reí. "Eso suena bastante bien, viniendo de alguien a quien pagan por presumir de culo en las revistas todo el día. Dentro de diez años yo seré uno de los abogados con más éxito de Estados Unidos, y tú sólo serás una don nadie de aspecto desvaído y con un marido culón que la engaña".

"¿Qué, como tu madre?" replicó Jade, y se acercó a la puerta para coger sus cosas. "Realmente encantadora".

Podría haber hecho un agujero en la pared por el hecho de que hubiera insultado el apellido Macintosh, pero seguía sin creerme lo buena que estaba cuando se marchó.

Si yo hubiera sido una chica y me hubiera parecido a ella, probablemente también me habría convertido en modelo.

"Entonces qué, ¿simplemente te vas?" pregunté mientras ella agarraba lo último de su llamativo equipaje de diseño. Me colgué de la puerta y la miré con desprecio mientras se esforzaba por

recoger todas sus cosas.

"Sí", dijo con naturalidad. "Que tengas una buena vida, Edward. Eres un pequeño Scrooge de corazón frío".

"Y tú una zorra sin corazón", dije con una sonrisa burlona.

Intentaba provocar otra respuesta en ella, pero en lugar de contraatacar se limitó a pavonearse por el oscuro pasillo con su equipaje en la mano.

"Diviértete con Midnight", dijo en el pasillo vacío.

"Diviértete en Los Ángeles", grité. "¡Apuesto a que conocerás a la gente más genuina!".

"Que te jodan, Edward", me contestó, y alcancé a ver su dedo corazón perfectamente manicurado saludándome.

Jade desapareció en la oscuridad y el tintineo de los tacones que probablemente había comprado para ella se desvaneció en un inquietante silencio.

Bueno, se acabó.

Una cosa menos de la que preocuparme. Ahora todo lo que tenía que hacer era deshacerme del animal, y podría esperar una semana libre de distracciones para reclamar mi lugar como socio en Harmony and Gold.

Cerré la puerta y respiré hondo. *Respira, Edward. Tranquilízate. Hay muchos modelos y diosas ahí fuera para hombres tan exitosos como tú.*

Volví detrás de mi escritorio. Me senté en mi sillón de cuero e intenté leer los papeles de la fusión, pero sólo podía pensar en el gato que tenía delante.

"¿Qué quieres?" gruñí, y miré al pequeño gato negro de la jaula.

Se acercó al enrejado metálico y sacó su pequeña lengua rosada antes de maullarme.

"Vas a tener que expresarte mejor", gemí. "No hablo gato".

Tenía unos ojos de un verde botella chocante y me miró fijamente sin romper el contacto visual durante casi un minuto entero.

"Sabes", le dije. "Serías un buen hombre de negocios. Tienes una mirada atenta y no te echas atrás ante tu oponente".

Midnight no contestó, porque los gatos generalmente no contestan a la gente. Rompí el contacto visual con el gato y me pasé las manos por el pelo.

Maldije a Jade por desconcentrarme sin miramientos. Esta fusión lo era todo, y me había echado encima al gato como si yo fuera una vulgar empleada del hogar.

"Bien", le dije al gato, y me levanté del escritorio. "Buenas noches, Midnight. Ahora te estás convirtiendo en un gato callejero. De ninguna manera te llevaré a mi casa".

No me había puesto abrigo para ir a la oficina por el maldito calor que hacía, así que cogí mi maletín y el estuche del gato y apagué la luz.

Maldito gato. Menos mal que podría trabajar hasta el domingo sin que ninguna de las secretarias intentara ligar conmigo. Claro, era entretenido verlas tropezar continuamente con sus palabras cuando me preguntaban si quería café o intentaban recordarme mi próxima reunión, pero ya me estaba cansando.

Tenía trabajo que hacer, y nadie iba a impedirme cumplir mis objetivos.

Abrí la puerta y avancé por el oscuro pasillo. Aunque era tarde, sabía moverme por este lugar con los ojos cerrados.

Pulsé el botón del ascensor y esperé a que subiera.

"Vamos, vamos", dije, y di unos golpecitos con el pie. Hoy sí que había puesto a prueba mi paciencia.

Sonó un timbre y, de repente, las puertas plateadas se abrieron para mí. Entré en el ascensor y pulsé el botón de la planta baja.

Mientras bajábamos, Midnight empezó a maullar más fuerte, como si supiera lo que se avecinaba. El sonido de su maullido rebotó en las paredes del pequeño ascensor y se abrió paso hasta mi cerebro.

"Cállate, Mittens", gemí. "Quiero decir, Midnight".

Sonó otro timbre y estábamos en el vestíbulo del edificio de oficinas.

"Señor Macintosh", dijo una voz, y reconocí al portero.

"Buenas noches, Vronsky", le dije al hombre barbudo. "¿Ha visto antes a Jade?".

"Sí, señor Macintosh", respondió mientras yo salía por la puerta. "Parecía bastante impaciente".

"No me diga", contesté.

Me adentré en el atardecer de mayo y me detuve un segundo a contemplar la ciudad a la que había llamado hogar durante la mayor parte de mis veinte años.

Olía a basura caliente y cigarrillos, pero había algo encantador en la forma en que el calor rebotaba en el pavimento. Oía sirenas a lo lejos, como siempre, y había niños con bolsas marrones riendo y correteando.

"Buenas noches, Nueva York", me dije.

Cuando abrí los ojos, un gran todoterreno negro se había detenido delante de mí.

Por un segundo me detuve y miré al gato que tenía en la mano. O soltaba a Midnight aquí mismo, delante del portero, o el gato volvía a casa con los míos.

"Maldita sea", murmuré para mis adentros.

"¿Está todo bien, señor?" Preguntó Vronsky. "Siempre puedo despedir al chófer si lo desea".

"Todo está absolutamente perfecto, Vronsky", dije, e intenté reunir una sonrisa. "Como siempre".

Muy bien, Midnight. Parece que te vienes conmigo.

Abrí la puerta del todoterreno y entré. Sebastián, mi chófer, había puesto el aire acondicionado y sentí el olor de los asientos de cuero blanco.

"Buenas noches, jefe", dijo Sebastián, y el conductor calvo me miró por el retrovisor. "¿Vamos a casa?".

"Ahí es exactamente donde vamos", refunfuñé, y el conductor arrancó sin decir una palabra más.

Al menos, mi personal era comprensivo con mis necesidades. Claro, yo les pagaba, pero no era como si estuviera pidiendo algo irrazonable al querer concentrarme en mi trabajo.

Mientras el coche serpenteaba por las familiares calles de Nueva York, inspiré profundamente e intenté olvidar que había un gato hambriento sentado a mi lado.

Que te jodan, Jade. Que te jodan hasta Laurel Canyon, ida y vuelta.

"Vas a ir a un refugio a primera hora de la mañana, colega", le dije a Midnight.

"¿Eh, jefe?" Sebastián respondió. "Tengo casa propia, no necesito un refugio al que ir".

"Tú no, Seb", dije con un suspiro. "Jade me dejó su gato y huyó de la ciudad hacia Los Ángeles".

"Mujeres, ¿eh?", pronunció el conductor.

"Mujeres, en efecto", suspiré.

Cuando entramos en el aparcamiento de mi edificio, ya estaba casi dormido. Las interminables revisiones de esta fusión empezaban a hacer mella en mi cerebro.

"¿Está despierto, jefe?" preguntó Sebastián, y me dirigió otra mirada por el retrovisor.

Me pasé las manos por el pelo. "Sí... sí, lo estoy. Gracias. Ya puedes irte a casa, si quieres".

"Hasta mañana, señor Macintosh", respondió.

Esperé a que Sebastián abriera la puerta y agarré la caja del gato con la mano.

Me dirigí hacia una puerta giratoria transparente y entré. Desde allí, me dirigí hacia la derecha por el estrecho pasillo alfombrado que conducía al ascensor.

Pulsé varias veces el botón redondo plateado.

"Vamos, vamos", murmuré para mis adentros. No estaba de humor para esperar.

Midnight maulló y arañó la jaula mientras subíamos. Bostecé y le observé mientras subíamos al edificio.

El gato emitió un pequeño maullido que me recordó al de un bebé.

Vale, tenía que admitir que era bastante mono.

Levanté la caja y me lo acerqué a la cara.

"Hola, pequeñín", le dije somnoliento, y él puso una pata en la reja. "Esta noche duermes de lujo, pero no te acostumbres. No creo que esta ciudad sea suficiente para los dos".

El ascensor se detuvo y una voz computarizada habló por el interfono.

"Residencia Macintosh", dijo, y la puerta se abrió a mi apartamento.

Ah, hogar dulce hogar. Al menos por ahora. Las tenues luces estaban encendidas y podía ver el reflejo de la ciudad en la gran pared de cristal de la izquierda. Me quité los zapatos y pisé la alfombra de pelo crema.

"¡Melinda!" grité. "¿Estás levantada?".

"Ya voy, Sr. Macintosh", dijo la voz, y Melinda apareció.

El ama de llaves, morena y de mediana edad, vestía un chándal azul oscuro con zapatillas blancas.

"Buenas noches", dije dejando al gato en el suelo. "Esta noche nos acompaña un amiguito. Me preguntaba si podría ir a comprar arena y comida para gato a la tienda".

"Por supuesto, señor Macintosh", dijo. Abrí la puerta metálica de la jaula y Midnight salió.

El gato echó un vistazo tentativo al lugar antes de dirigirse hacia uno de los sofás de cuero color crema. Se subió al sofá de un elegante salto y se enroscó en un pequeño remolino negro.

"Gatito guapo", dijo Melinda asintiendo con la cabeza. "¿Fue un regalo?".

"Una maldición", respondí. "Jade me dejó por Los Ángeles y me dio a este pequeñajo como regalo de despedida. Creo que lo dejaré en un refugio por la mañana".

"Bueno, no nos precipitemos", dijo Melinda. "Si es bueno, quizá pueda quedarse".

"Tal vez", refunfuñé. "Tengo mucho trabajo que hacer, y lo último que necesito es un gato negro que me traiga mala suerte".

"Parece muy simpático", dijo Melinda. "¿Por qué no le traigo todo lo que necesita y así usted puede dedicarse a sus asuntos, señor Macintosh?".

"Eres la mejor", murmuré, y me dirigí al bar para prepararme una copa antes de acostarme. Aunque tenía que estar siempre al máximo nivel, un poco de whisky no le hacía daño a nadie.

Miré al gato, que estaba tumbado en el sofá color crema. Intenté pensar en todos los buenos momentos que había compartido con Jade, tal vez incluso echarla un poco de menos, pero no se me ocurrió nada pertinente.

Midnight no era el único cambio por aquí. Estaba a un pelo de hacerme socio, y la semana que viene, a estas horas, las cosas podrían ser muy distintas.

Capítulo 3

Allie

Miré alrededor de mi pequeño y cómodo dormitorio, que había arreglado bastante bien. El aire acondicionado entraba por la pequeña ventana y el sonido de Velvet Underground se colaba por el altavoz portátil.

Acababa de pegar la última de mis postales de bailarinas de Degas en el tablero cuando, de repente, oí girar una llave en la puerta. Un escalofrío me recorrió la espalda, pero entonces recordé lo que decía la nota. Malia volvería el domingo y, bueno, era domingo.

Tranquila, Allie, tranquila. Metí mi caja de libros de derecho debajo del escritorio y salí de mi habitación para entrar en la pequeña sala de estar que compartíamos.

La puerta se abrió de golpe y delante de mí había una pequeña asiática con el pelo morado por el lado izquierdo y rosa por el derecho. Llevaba una camiseta de rayas blancas y negras y unos pantalones caqui anchos. En los pies llevaba un cocodrilo verde en un pie y uno naranja en el otro; mirarla era como contemplar una especie de arco iris.

"¡Compañeeeraaaaaaa!" Tiró la mochila al suelo sin cerrar la puerta y corrió hacia mí.

Antes de que me diera cuenta, me había echado los brazos al cuello y girado sobre sí misma.

Sí, íbamos a ser muy amigas.

"Hola", dije riendo. Nunca me habían gustado mucho los abrazos en los primeros encuentros, pero esta persona tenía un buen rollo que me hacía sentir segura.

"Hola, chica", dijo, y se acercó a la puerta para cerrarla. "Perdona que te salte así, es que estoy taaaan emocionada de tener una nueva amiga por aquí. Mi antigua compañera de piso se casó y se fue a Nueva Jersey, ¿te lo puedes creer? Estuve en Connecticut todo el fin de semana con mi madre, lo cual es divertido, pero no hay muchos paseos panorámicos que puedas dar antes de necesitar a alguien joven con quien pasar el rato de nuevo...".

La puerta se cerró detrás de ella, se dio la vuelta y volvió a sonreírme.

"Eres Malia, ¿verdad?" le pregunté.

"Ajá", dijo con una risita. "Como la hija de Obama. En realidad, me llamo Ma Li, pero un niño me llamó Malia en la guardería y se me quedó grabado".

"Me gusta", dije. "Yo soy Allie. Abreviatura de Allison, pero la única persona que me llama así es mi abuela".

"Genial", dijo Malia asintiendo. "Siento no haber estado aquí para darte una bienvenida apropiada. Pero ahora estoy de vuelta y estoy lista para rodar. Es una gran ciudad, y sólo somos dos jóvenes brillantes con el mundo a nuestros pies".

"Me gusta cómo suena eso", dije. "Pero no sé hasta qué punto estoy lista para rodar. Tengo esta...".

"Prácticas", respondió Malia. "Recuerdo que decías en el anuncio. Pero seguro que no vas a estar trabajando *todo* el tiempo".

Además, ¿cuántas veces voy a estar sola en Nueva York? Una chica tiene que divertirse, ¿no?

Pensé en lo que le había dicho a mi padre. No podía distraerme con chicos, pero tampoco podía dejarme embelesar por las maravillas de la ciudad. Estaba allí para ganar, y nadie podía detenerme.

"Supongo que necesitaré un tiempo de descanso", me encogí de hombros, y Malia se acercó a

mí y echó un vistazo a través de mi puerta.

"¿Te importa si echo un vistazo a tu habitación?", preguntó. "Pareces una chica con buen gusto. Y en mi habitación siempre parece que ha caído una bomba, así que quizá podría aprender algo de ti".

"Adelante", me reí, y nos aventuramos a entrar en mi pequeña habitación.

La ráfaga de aire acondicionado fue un gran alivio. Ahora que veía la habitación a través de los ojos de otra persona, me sentía aún más orgullosa de mí misma por haberla montado en tan poco tiempo.

"Esto es increíble", me dijo, y sus ojos se abrieron de par en par al ver los grabados de Degas. "Me encantan tus postales. ¿Has estado antes en el Met?".

"¿Te gusta el museo?" le pregunté. "No. Es la primera vez que vengo a Nueva York".

"¡Oh, te encantaría!". Chilló y dio un respingo. "Podríamos perdernos totalmente en la sección de pinturas europeas un día... quizás incluso ir a Central Park, dar de comer a los patos... ¿quién sabe? Tía, me encanta Nueva York".

"Yo... nunca había hecho nada parecido", admití.

"Es divertido", dijo Malia. "Realmente inspirador. Siempre veo las cosas de manera diferente que antes. Pero probablemente te estoy aburriendo. ¿Has estado deshaciendo la maleta todo este tiempo?".

"Más o menos", respondí encogiéndome de hombros, y miré las cajas vacías que había amontonado en un rincón. "Quería tenerlo todo en orden antes de que empezaran mis prácticas para no tener que preocuparme".

"Chica responsable", respondió Malia asintiendo con la cabeza. "Pero eso también suena aburridísimo. ¿Quieres ir a tomar un helado? Hay una heladería vintage monísima a cinco minutos".

Respiré hondo y consideré si tenía tiempo para tomar un helado o si debía ponerme las pilas. Por mucho que quisiera conocer a mi nueva compañera de piso, la idea de abandonar el trabajo me inquietaba.

"Ummm, no estoy segura", dije. "Tengo que revisar algunas cosas y empiezo mañana".

"¡Vamos, Allie!", replicó la pequeña, y se cruzó de brazos. "Es tu primera vez en Nueva York, y si vas a estar ocupadísima durante las prácticas, también podrías explorar el barrio ahora".

Miré la caja de libros que tenía debajo del escritorio. Tenía planeadas varias semanas sin hacer otra cosa que estudiar, y sería divertido conocer el barrio con una lugareña.

"De acuerdo", cedí y puse los ojos en blanco. "Me has convencido. Vamos a tomar un helado".

"¡Yaaaayyyyyy!" chilló Malia, y se dio la vuelta en un pequeño círculo. Apenas conocía a esta chica, pero ya admiraba el buen rollo y la energía que aportaba.

Cogí mi bolso, donde guardaba la cartera, el teléfono y las llaves. Luego, me acerqué al armario para coger mi par de chanclas negras.

"Qué bolso tan bonito", dijo Malia, admirando el material acolchado verde y azul. "¿De dónde es?".

"Oh, mi madre solía acolchar mucho", dije, y me calcé unas chanclas.

"¿Por qué ya no lo hace?". preguntó Malia.

Siempre era incómodo cuando la gente tenía buenas intenciones, pero tenía que decirle la verdad.

"No, está muerta", le dije, y vi cómo su cara adquiría un tono rojo tomate.

"Oh, Allie, cariño", dijo mientras se tapaba la boca con las manos. "No sabes cuánto siento

haber sido tan insensible".

"Ni lo menciones", le dije. "No pasa nada, estoy acostumbrada. Ocurrió cuando tenía seis años, así que llevo dieciséis acostumbrada".

"Mientras estés bien", dijo.

"Vámonos", dije, queriendo cambiar de tema, y ella nos condujo a través de la sala de estar principal y salió por la puerta.

Bajé las escaleras con mis enormes zapatos. Me había traído un par de zapatos de cuero de tacón bajo para las prácticas, pero quería llevar algo divertido en mis días libres.

"Te va a encantar este sitio", me dijo. "Es tan mono".

"Suenan genial", dije. "Sobre todo después de lo calurosos que han sido los últimos días".

"Bueno, tendrás que acostumbrarte a eso", dijo Malia riendo. "Los veranos neoyorquinos pueden ser matadores. Pero al menos tenemos aire acondicionado".

"Menos mal", respondí, y salimos por la salida principal.

Observé la ciudad a mi alrededor. Oía sirenas a lo lejos, lo cual era completamente nuevo para mí. No podía creerme que estuviera en Nueva York y que pronto estaría haciendo prácticas en el bufete de mis sueños.

Todo acababa de empezar.

"Así que", dijo Malia. "¿Por qué no te hago un resumen de nuestro paseo hasta allí? Está a la vuelta de la esquina".

Seguí a Malia mientras nos dirigíamos a la heladería. Había casas de ladrillo, grafitis, escaparates y más casas de ladrillo, hasta que llegamos a lo que parecía una farmacia anticuada con luces fluorescentes rosas.

"Bingo", dijo, y me hizo un gesto para que la siguiera dentro. "Vamos, te va a encantar".

El cartel rosa fluorescente decía "Creamer's". Una campanilla sonó cuando entramos en el piso de ladrillos rosas y blancos.

Al fondo, había un mostrador de helados con un chico con un delantal rojo y un sombrerito de barco de papel. También había unas cuantas mesas bonitas y una fuente de refrescos.

"Esto es una monada", dije. "En casa no tenemos nada parecido".

"¿De dónde eres?" preguntó Malia. "¿De Vermont? La amiga de mi madre va a esquiar allí todos los años. Me parece muy bonito".

"Sí, algunos sitios", dije con un suspiro. "El pueblo en el que pasé mi infancia es el más pequeño que te puedas imaginar. Se corre la voz sobre casi todo muy deprisa, y no hay muchos trabajos buenos por allí. Por eso quise venir a la ciudad. Quería lo mejor de todo lo que pudiera conseguir".

"Bueno, Nueva York también tiene sus defectos", dijo Malia riendo mientras nos dirigíamos al mostrador de helados. "Aunque no lo cambiaría por nada del mundo. Pero me gusta tu empuje, chica. Eres una mujer que sabe lo que quiere".

"¿Sabes lo que quieres?" Le pregunté.

"Bueno", miró a través del cristal la selección de helados, "ahora mismo, creo que lo que más me apetece es un sorbete de limón. ¡Eh, jefe!".

El chico del delantal y el sombrero de barco de papel se dio la vuelta y sonrió a Malia. No tendría más de dieciocho años, y sus mejillas sonrosadas me recordaban a las de algunos de los chicos más jóvenes de mi pueblo.

"¿Qué le sirvo?", preguntó.

"Un sorbete de limón mediano, por favor", pidió Malia.

"¿Y para la bella dama?", preguntó el tipo detrás del mostrador, haciéndome un guiño.

"Oh, eh..." Miré hacia la vitrina. Era demasiado torpe para tomarme todo el tiempo que requeriría examinar todo el menú, así que me limité a mi clásico Allie de siempre.

"Tomaré uno pequeño de fresa en un cucurucho de gofre", respondí.

Malia asintió. "Por cierto, yo invito. Como disculpa por no haber estado allí cuando llegaste, y como agradecimiento preventivo por aguantarme durante las próximas dos semanas".

"Eres muy amable", dije, y sentí un calor en el corazón que no era por la perspectiva del helado ni por el calor que hacía fuera. Sabía que estaba haciendo una nueva amiga y no podía creer lo natural que me parecía. La mayoría de mis amigos, tanto en casa como en la universidad, los había conseguido con mucho esfuerzo, sobre todo para una chica como yo, a la que le gustaba tener la nariz metida en un libro.

"Aquí tenéis, chicas", dijo el chico, y colocó una cuidada taza de sorbete blanco a un lado y me entregó mi cucurucho de helado de fresa.

"No es exactamente un helado", le dije a Malia riendo. "Pero casi. De todos modos, quiero saberlo todo sobre ti. Dame el tratamiento de perfil saciante".

Cogimos nuestras golosinas y nos dirigimos a una de las mesitas de metal. Saqué uno de los cómodos asientos rosas y nos sentamos.

"En primer lugar", dijo Malia con una risita, "soy pansexual, odio las etiquetas, pero me encantan todos los sabores de helado que hay en el mundo. ¿Me entiendes?".

Parpadeé. "Totalmente", respondí asintiendo.

"Y llevo unos cuantos años en la ciudad", dijo. "Antes era una cuadrículada total. Era una auténtica empollona en el instituto y no sabía lo que quería hacer, así que vine a la Universidad de Nueva York originalmente para estudiar Ciencias Ambientales porque formaba parte del club ecologista en el instituto".

"Eso está muy bien por tu parte", dije asintiendo con la cabeza. "Necesitamos más gente que realmente se preocupe por ese tipo de cosas".

"Bueno", dijo Malia sonrojándose, "no me juzgues, pero lo dejé. La ciencia no era lo mío".

"Oh", dije, y me metí otra cucharada de helado en la boca. "Tienes que encontrar tu propio camino y todo eso".

Estaba siendo tan torpe que le lancé una mirada a Malia y las dos empezamos a reírnos. Antes de que me diera cuenta, las dos estábamos casi llorando mientras nos reíamos del helado.

"Eres tan dulce", dijo, sacudiendo la cabeza y se rio. "Bueno, me tomé un tiempo libre y durante un tiempo trabajé en cosas aburridas que odiaba. Ya sabes, de camarera y toda esa mierda".

"El clásico de la universidad", dije asintiendo con la cabeza.

"Exacto. Pero empecé a ir a un montón de conciertos DIY en la ciudad, y allí conocí a un montón de artistas. Me animaron mucho a hacer cosas nuevas, y ahora estoy en la escuela de arte estudiando escultura".

"Genial", dije. "Nunca había conocido a nadie que esculpiera".

"Bueno, yo no diría que soy la mejor", dijo. "No soy Rodin. En parte se debe a que esculpo en plástico en lugar de mármol, pero estoy descubriendo lo que me funciona".

La mentalidad de Malia no podía ser más drásticamente diferente a la mía. De hecho, me sentía casi engreída por comparación. Anhelaba saber qué se sentiría al no sentir las presiones de la vida y, en su lugar, simplemente entrar y salir de las cosas para ver qué funcionaba. Pero pensé en mi padre y en todos los sacrificios que había hecho para criarme. Yo no procedía de una

familia acomodada; había tenido que dejarme la piel para tener esta oportunidad.

"Todo eso suena muy bien", le dije. "Me encantaría ver algo que hayas hecho alguna vez".

"Bueno, tal vez te lleve a una fiesta en un almacén", dijo. "Sería divertido. También habrá chicos guapos. O, mierda. No quiero asumir tu sexualidad ni nada".

"No, tienes razón", dije riendo. "Me gustan los tíos".

"Qué bien", dijo asintiendo. "¿Tienes novio ahora mismo?".

De repente sentí como si mi pecho estuviera lleno de humo. La sensación de sequedad me subió por la garganta hasta la boca y respiré hondo varias veces.

"Hola, Allie", Malia levantó la ceja. "¿Estás bien?".

"Sí, sí". Sacudí la cabeza. "Yo, eh. Tuve una especie de mala experiencia con un chico y me apartó de todo el asunto por un tiempo".

"Mierda", dijo Malia. "No debería haber preguntado. Puedo ser tan entrometida, me encanta saber todo sobre mis nuevos amigos. Estúpida Malia, estúpida...".

"No", dije. "No pasa nada".

Por un segundo la cara de Tom volvió a ser clara en mi mente. Aquellos tirabuzones castaño claro que caían sobre sus ojos color avellana y su bigote quedaron grabados en mi mente para siempre.

"¿Qué pasó?" preguntó Malia.

Aunque acababa de jurar no volver a entrometerse, su curiosidad me pareció admirable y simpática. Normalmente era tan remilgada en este tipo de situaciones que me alegraba que alguien preguntara por mí.

Respiré hondo. "Básicamente, hace tres años, estaba en la universidad en Vermont. Y salí con algunas de mis amigas de primer año. Todos teníamos identificaciones falsas y fuimos a este bar donde muchos de los estudiantes de postgrado salían".

"Ya huele a problemas", dijo Malia asintiendo con la cabeza. "Los posgraduados son empollones para siempre".

Me reí. "Supongo que va con el territorio. De todos modos, fuimos a este bar y vi a este tipo sentado solo en una cabina en la esquina leyendo un libro".

"Oh, no", dijo Malia. "El tipo misterioso".

"Ugh, no me hagas empezar", suspiré. "Pero, sí. Me acerqué y le pregunté sobre qué estaba leyendo. Y eso fue todo".

"¿Sobre qué estaba leyendo?".

"El pensamiento democrático en la Alemania posterior a la Ilustración".

"Suena caliente", dijo Malia con una risita. "Yo también me habría desmayado".

"Esto es lo bueno", añadí. "Tenía treinta y cinco años".

"Mierda", negó con la cabeza. "¿Y tú eras una novata? Tío, seguro que te vio venir a la legua".

"No fue una buena idea", dije, y pude sentir cómo los viejos sentimientos empezaban a filtrarse desde mis huesos hasta mi piel. "De hecho, fue una idea terrible. Me saltaba las clases para salir con él y dar paseos, para relajarme en su casa, para lo que quisiera. Estaba a su entera disposición y creo que le encantaba. En vez de hacer mis propios deberes, prácticamente me convertí en su ayudante de doctorado".

"Eso es una locura, Allie", dijo. "Eso es pura locura".

"Me lo dices a mí", dije, y me acabé el helado de un lametazo. "Ni siquiera sé qué demonios estaba pensando. ¿Que iba a casarse conmigo o algo así? Todo mi ser estaba disuelto en él. Esperaba junto a mi teléfono a que me llamara. Ni siquiera me sentía viva si no estaba cerca de

él".

"Eso no es amor, Allie", dijo Malia. "Eso es algo más oscuro. Atribúyelo a la juventud o a la obsesión, pero parece que te estaba tomando el pelo".

"Lo sé", suspiré. "Era adicta a él. Era adicta a su tacto, a todo lo que tenía que ver con él. Y también tenía las mismas repercusiones que una adicción. Casi pierdo mi beca por completo".

Los ojos de Malia se abrieron de par en par y sacudió la cabeza con incredulidad.

"¿Qué hiciste?", preguntó.

"Aquí es donde la mierda golpeó el ventilador", dije. "Así que este tipo tenía su propia casa cerca de la universidad. Supuse que era donde vivía, pero en realidad la había alquilado para poder completar su investigación. Pero un día salió corriendo a recoger algo de la biblioteca. Sonó el teléfono y lo cogí para ver quién era".

"Oh, no", dijo Malia, y sacudió la cabeza. "No me digas...".

"Sí", respondí con un movimiento de cabeza. "Era su mujer".

Malia parecía tener que levantar la mandíbula de la mesa.

Era una historia difícil de contar, y me sentía como si me estuvieran clavando alfileres individuales en los brazos como si fuera una especie de tablero de alfileres o algo así. Hablar con aquella mujer había sido como clavarme puñales en los oídos. Cuando la mujer de Tom se había presentado como la "señora Hartley", solté el teléfono y luché por no desmayarme. No podía recordar nada después de eso, excepto a él diciéndome con suficiencia que nunca iba a ir a ninguna parte y que yo no era más que una adolescente ilusa.

"Menudo saco de mierda", dijo Malia. "A veces los hombres son una absoluta basura. Siempre son los callados los que acaban jodiéndote peor".

"Lo sé", dije con un suspiro. "Pensaba que era tan amable y gentil y sensible porque le encantaba leer libros y llevaba gafas... sólo una prueba de lo estúpida que era, supongo. Quiero decir, ¿gafas? ¿Qué demonios importa eso?".

Malia echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Nunca me había sincerado tan rápido con nadie, pero sabía que aquello era el principio de una gran amistad.

"Lo siento", dijo. "Pero, eso es ser joven para ti. De todos modos, ¿a quién le importa ahora? Estás en Nueva York, estás en la cima de tu carrera y, lo más importante, has aprendido la lección".

"Sí", dije. "Ya lo creo que sí. Y a los pocos meses de enterarme de lo de la señora Tom Hartley, recuperé mis apuntes y me centré totalmente. Se acabaron las tonterías. Y no más chicos".

"Bueno, no para siempre", intervino Malia. "Seguramente el Sr. Correcto aparecerá en algún momento. O, ya sabes, el Sr. Suficientemente agradable para no descarrilar por completo tu carrera y tu bienestar".

"No estoy tan segura", dije, y le di un mordisco a mi cucurucho de helado. "No voy a dejar que me barran de nuevo. No vengo de un entorno rico. No tengo tantas oportunidades como otros becarios que conoceré mañana. Esta vez no voy a mirar por encima del hombro hasta llegar a la meta".

"Pero ganar no lo es todo, cariño", me dijo Malia. "Rica o pobre, debes saberlo. No querrás mirar atrás en tu vida y descubrir que lo único que tienes detrás es un gran currículum. Se trata de la gente, ¿no?".

"Supongo", suspiré. "Pero a veces es la gente la que lo descarrila todo".

"También es la gente la que te pone en el buen camino", me aseguró Malia. "Aunque entiendo lo que quieres decir. Mira, si quieres esta beca, yo digo que deberías ir a por ella. Pareces una

chica decidida y creo que serás capaz de hacer cualquier cosa que te propongas".

"Gracias", dije riendo. "Sí, de verdad espero que sea así".

"Y lo más importante", dijo Malia. "Salud por estar en Nueva York. Este lugar es una bestia, y tú estás aquí para domarla".

"Salud", me reí.

Capítulo 4

Allie

Toda la noche tuve sueños confusos sobre un gato negro sentado en el alféizar de mi ventana, observándome con ojos verdes brillantes. Aunque sabía que era un sueño, los ojos se me quedaron grabados en la retina.

Cuando me desperté, miré por la ventana y sólo encontré el aire acondicionado. Se suponía que los gatos negros traían mala suerte, y un mal presagio era lo último que necesitaba en mi primera mañana de prácticas.

Salté de la cama y corrí hacia mi humilde armario. Tenía unos cuantos pares de leggings y algunos vaqueros, pero la mayor parte de mi armario estaba lleno de ropa que se consideraba lo bastante sensata como para llevarla por Harmony y Gold.

Intenté elegir la ropa más elegante y sofisticada que tenía, pero todo palidecía en comparación con la moda de diseño que había visto en las mujeres que paseaban por la ciudad, incluso aquí, en Washington Heights. Iban vestidas con trajes grises a medida y zapatos Louboutin de cuero y gabardinas Burberry.

La mayoría de mi ropa, en cambio, eran trajes de falda comprados en tiendas de segunda mano o blusas con grandes descuentos un poco holgadas por las axilas.

Pasé por delante de algunos conjuntos de falda y decidí que hoy quería ir lo más recatada posible. Lo último que quería era llamar la atención en mi primer día en la oficina.

Saqué un traje pantalón azul marino que había comprado a buen precio en la tienda de segunda mano. Miré la etiqueta y vi que en algún momento alguien lo había comprado en Gap. No era exactamente de diseño, pero de momento tendría que valer.

Podría probarme a mí misma, ganaría suficiente dinero para comprarme cualquier cosa de diseño que quisiera en el futuro. Todo dependía de mí, y me importaba más el panorama general que los pequeños detalles. Además, ¿para quién quería estar guapa?

El traje no era lujoso, pero combinado con una blusa blanca me quedaba como un guante. Me peiné rápidamente hacia atrás y me puse un poco de crema hidratante. Por un segundo me pareció ver los ojos verdes del gato en los míos, y aspiré con fuerza.

Me calcé un viejo par de zapatos Oxford marrones y me miré rápidamente en el espejito del interior del armario. Mi aspecto era sencillo, pero elegante, y seguramente les importaría más el trabajo que realizaba que lo maquillada que iba.

No podía creer que por fin fuera el gran día. Miré la hora en mi teléfono, que marcaba las 7:15 de la mañana. No tenía que estar allí hasta las nueve, y Malia me había asegurado que sólo era un viaje en tren A hasta Midtown, pero quería estar lo más preparada posible.

Cuando entré en el salón, parecía que Malia aún no se había levantado. Me lo imaginaba. No tenía que seguir un horario tan estricto como el mío.

Cogí tranquilamente las llaves del soporte que había junto a la puerta y bajé las escaleras.

Hoy iba a arrasar. El mundo era todo mío, y esa beca no sería para nadie más.

Mientras caminaba por la acera, abrí mi teléfono y busqué en Google cómo llegar a la estación de metro más cercana.

Me hubiera gustado estar más presente en mi entorno. Pero algo en aquel sueño me había conmovido. No creía en supersticiones, pero había algo en aquel gato negro que me asustaba.

¿Por qué se me había quedado mirando? Parecía que esperaba algo de mí, pero no sabía qué era.

Doblé la esquina y oí el parloteo de los hombres que descargaban la compra de los camiones en las bodegas.

"Esta semana va a hacer mucho calor", dijo uno de los tipos.

"Hola, guapa", dijo otro tipo con chaleco. "Oye, ¿por qué no te detienes aquí?".

Antes de darme cuenta, había hecho contacto visual con el hombre de cabeza rapada que me había llamado.

Joder. A esto se refería mi padre con lo de los tíos de la ciudad. Pensé en el silbato rosa antes de darme cuenta de que lo había dejado en mi habitación.

No iba a volver a dudar de mi viejo.

"Oye, ven aquí, ¿a dónde vas tan rápido?" Dijo el tipo con un marcado acento neoyorquino. Su chaleco blanco estaba manchado de sudor amarillo, y me dieron ganas de vomitar.

Miré delante de mí, y la estación de metro estaba justo delante, bajando un tramo de escaleras.

Perfecto.

Antes de que el tipo pudiera decir nada más, bajé corriendo las escaleras. Ya había cargado mi Metrocard ayer, así que estaba lista para salir. La suerte quiso que oyera el chirrido metálico de un metro entrando en la estación.

La gigantesca lata metálica entró rugiendo en el andén. Observé el círculo azul con una "A" inscrita en su interior y corrí para salvar mi vida.

Vaya. Estaba en el metro de Nueva York.

Me senté en uno de los pocos asientos naranjas libres y apoyé el bolso en las rodillas. Cuando el metro empezó a ponerse en marcha, respiré hondo varias veces y me centré.

Dios, qué idiota había sido.

Primer día en Nueva York y me asusto porque me están llamando.

Volví a pensar en lo que había dicho Malia. La ciudad era realmente una bestia, y mi trabajo era domarla.

Las cosas no serían tan sencillas aquí, y cada vez era más obvio para mí que si quería sobrevivir, tendría que ser valiente.

Así es. A partir de mañana no iba a aguantar ninguna mierda. Si algún tipo intentaba otra cosa como esa, simplemente lo mandaría a la mierda. Puede que la pequeña Allie Adams no estuviera acostumbrada a la ciudad, pero seguro que no tenía tiempo para ese tipo de cosas.

Mientras el tren se detenía en cada andén, observé cómo los números de las paradas ascendían lentamente. Seguramente el tren daría la vuelta en algún momento para llegar a la calle 44.

"Última parada, Inwood 207", dijo una voz por el interfono, y me quedé mirando por la ventanilla.

Mierda.

Había estado tan ocupada huyendo de aquel tipo que ni siquiera presté atención a la boca de metro que había cogido. Malia había dicho algo de que había varios trenes en distintos lados de la calle, pero mi mente estaba nublada por el miedo.

Sentí un sudor frío cuando me di cuenta de que había cogido el tren A hacia el centro de la ciudad.

Las puertas se abrieron y los últimos pasajeros empezaron a subir al andén. Me levanté y cogí el móvil del bolso para ver la hora.

Mierda. Ya eran las ocho.

Hice todo lo posible por no hiperventilar, pero no quería llegar tarde. No en mi primer día.
¿Por qué había soñado con ese gato negro? Tal vez fuera realmente un presagio de que las cosas no me iban bien hoy.

Una vez en el andén, miré hacia arriba y vi la señalización en dirección contraria.

A TRAIN DOWNTOWN, decía uno de los carteles, y tenía una flecha que apuntaba hacia las escaleras.

Como era hora punta, había hordas de gente en las escaleras, incluso en esta parte de la ciudad. Me abrí paso entre unas cuantas familias y algunos hombres trajeados.

"Eh", me dijo un tipo cuando pasé a su lado. "¿Qué demonios te crees que estás haciendo?".

"Lo siento, lo siento", murmuré, y traté de pasar entre los demás.

Sentía que se me empezaban a formar manchas de sudor en las axilas. No era una buena situación, en absoluto.

Seguí las señales hacia la derecha y encontré un hueco entre los grupos de gente de la estación. Desde allí, divisé otra señal para el tren A al centro que apuntaba hacia abajo por otro tramo de escaleras.

"Vamos", murmuré en voz baja, pero seguí corriendo. Giré bruscamente a la derecha y finalmente empecé a bajar hacia el andén correcto.

Justo cuando el tren salía.

"¡No!" grité en voz alta, y mis pies tocaron el andén justo cuando el tren ganaba velocidad. Miré a mi alrededor y vi a algunos pasajeros que también estaban esperando el tren.

"¿Qué pasa, señora?", me preguntó un hombre bajito con una sucia camiseta blanca y una gorra roja de baloncesto. "¿Nunca había perdido un tren?".

"No", dije con sinceridad, y me dirigí al otro lado del andén para averiguar cuándo salía el siguiente.

Cuando levanté la vista, en el cartel sólo se leía:

Tren A Centro: 15 minutos.

Me entraron ganas de gritar, pero ya había llamado bastante la atención en aquel andén por el momento. Además, mi traje empezaba a apestar a sudor y me preocupaba que mi aspecto limpio y arreglado se estropeará por completo.

Respiré hondo varias veces y me apoyé en una de las grandes columnas metálicas de la estación de metro. Luego rebusqué en el bolso y saqué el móvil. Tenía varias notificaciones de texto que no debían de haber llegado desde el metro.

"¡Buena suerte, nueva mejor amiga! Malia xxxx".

"Cariño, sé que vas a arrasarlo. Avísame si necesitas algo. Con amor, papá".

Me juré que no volvería a cometer un error tan estúpido en toda mi carrera, y traté de disipar cualquier pensamiento sobre lo decepcionada que estaba conmigo misma cuando me venía a la cabeza. Al fin y al cabo, estaba aquí para ganar y, por muy mal que hubiera empezado el día, no tenía por qué seguir así.

Finalmente, otro tren de hojalata llegó a la parada y el corazón me dio un vuelco. Cuando se abrieron las puertas, entré volando en el fresco compartimento con aire acondicionado y me senté en otra silla naranja.

Por suerte, como estábamos al final de la línea, no había tanta gente en el tren. Eso me permitió reflexionar con cierta tranquilidad durante el resto del viaje, aunque seguía teniendo ganas de darme una patada por haber cometido un error tan tonto.

El tren se detuvo en una de las paradas y vi subir a una anciana con cuatro gallinas vivas en

jaulas. Eso era lo que me esperaba en la Vermont rural, pero ¿en Nueva York? Ninguna posibilidad.

Miré a mi alrededor, a una madre con dos niños perfectamente coordinados y a unos cuantos hombres de negocios. Ninguno de ellos levantó la vista de lo que estaba haciendo, ya fuera limpiarle la cara a un niño o intentar encontrar cobertura para una llamada de negocios.

Qué ciudad más rara. Pero, aun así, solo podía pensar en una cosa, y era en llegar a mis prácticas. Miré fijamente al suelo y observé cómo más y más gente subía al vagón hasta que por fin llegué a la estación deseada.

"Times Sq- 42 St" dijo la voz del interfono.

No era la calle exacta en la que tenía que estar, pero estaba cerca. Me levanté de un salto y seguí a la multitud que salía del tren y atravesaba la estación.

Maldije a Dios, o a quienquiera que hubiera diseñado el plano del metro de Nueva York, por situar mi pasantía junto a la estación de metro más concurrida de toda la ciudad.

Tuve que levantar aún más la cabeza para intentar respirar en la abarrotada estación. Seguí a la muchedumbre por las escaleras del metro y me metí de lleno en...

Times Square.

A mi izquierda había un hombre pintado de dorado con una multitud de gente a su alrededor haciéndole fotos. A mi derecha, había un vaquero en calzoncillos tocando canciones con su guitarra para que todo el mundo lo viera.

Saqué el móvil y lo primero que vi fue que eran las nueve en punto.

Oh no. Ohhhh no no no.

Tenía que estar allí ahora mismo.

Vale, Allie, respira. Estaba a solo dos manzanas y, aunque estaba rodeada de gente bailando un lunes por la mañana, podía encontrar el camino.

Introduje la dirección en Google y me indicó que llegaría en exactamente diez minutos si corría hacia la derecha.

Y eso es exactamente lo que hice.

Me abrí paso entre la multitud, con la bolsa cerca de mí. Lo último que necesitaba era que me quitaran algo y, a juzgar por la suerte que había tenido durante la primera parte del día, no parecía tan improbable.

Mantuve los ojos pegados al teléfono y seguí la línea azul hasta que por fin la multitud empezó a despejarse un poco. Levanté la vista y, por fin, la 44ª y la 6ª me saludaron.

"Sí", dije sin aliento, enganché a la derecha y seguí corriendo calle abajo.

El edificio Harmony & Gold era más o menos exactamente como me lo esperaba. Me encontré corriendo hacia un rascacielos resplandeciente que parecía ascender directamente hacia el cielo. Las ventanas brillaban a la luz del sol matutino, y me sentí como si estuviera contemplando todo mi futuro frente a mí.

Había llegado hasta aquí y no iba a dejar que un pequeño retraso me arruinara el día.

Justo cuando estaba a punto de llegar a la puerta, sentí una salpicadura de algo frío en la espalda y vi un gran todoterreno negro rodar detrás de mí.

El agua se abrió paso por mi blusa blanca y bajó por mi espalda. Pero no olía a agua fría. No, olía a asfalto y a cigarrillos viejos.

Dios mío. Me había salpicado justo delante de la puerta. Justo cuando estaba a punto de estar a salvo, y ahora todo mi atuendo estaba arruinado. Sería el hazmerreír de los internos.

Miré al todoterreno detrás de mí. No me importaba si el presidente literal estaba allí, alguien se

había atrevido a arruinar uno de los días más importantes de mi vida.

La puerta se abrió y salió un zapato negro impecablemente pulido.

El zapato pertenecía a una pierna vestida con unos pantalones perfectamente entallados que se abrochaban justo por encima de las caderas. Y por encima había un pecho ancho y un par de hombros anchos.

Oh, no. Hoy no.

El hombre que salió de la parte trasera del coche llevaba unas Ray Ban que le cubrían los ojos. Se pasó las manos por el espeso pelo oscuro y se rascó la mandíbula perfectamente cincelada. Era alto, medía un metro ochenta, y por un segundo me dio un vuelco el corazón.

Podría haber sido la gota que colmó el vaso de la peor mañana de mi vida, pero me detuvo en seco.

"Oh, no. Está bueno".

"Gracias", dijo a su espalda, cogió un maletín y cerró la puerta de un portazo.

Sin siquiera mirarme, se deslizó sin esfuerzo a través de las puertas giratorias.

El día no podía ir peor. No eran ni las diez de la mañana y yo llegaba tarde, nerviosa y literalmente cubierta de agua.

Corrí hacia las puertas giratorias, que no iban lo bastante rápido para mi gusto, y un portero barbudo me tendió una mano enguantada en cuero.

"Espere, espere", me dijo, mirándome. "¿Qué hace aquí, señora?".

"Soy una becaria", dije. "Llego tarde a mis prácticas. Me equivoqué de tren y ahora llego diez minutos tarde".

"Mira, cálmate", dijo. "Recógete el pelo. No querrás entrar ahí y parecer que acabas de correr una maratón, ¿verdad? Tranquilízate un poco".

Asentí y tomé aire antes de alisarme el pelo. No sé por qué estaba escuchando a este portero cualquiera, pero tenía una voz muy sabia y algo especial.

"Gracias", dije, y pude oír mi propia voz volver a mí. "Ha sido muy útil".

"Soy Vronsky", dijo. "Conozco a todos y todo lo que pertenece a este edificio. Ahora sube y tranquilízate, ¿vale?".

Abrió la puerta y me hizo pasar. Saludé con la cabeza al amable portero y entré en el vestíbulo.

Bien, ahora sólo tenía que llegar al piso correcto. No podía ser tan difícil, ¿verdad?

Estaba a punto de ir al ascensor cuando vi a un grupo de jóvenes como yo que parecían tener más o menos mi edad en la esquina del vestíbulo.

Sí. Aquello parecía la central de internos, y supongo que estaba a punto de unirme a ellos.

Me acerqué al pequeño círculo de gente que se había agrupado alrededor de la recepción. Había otros cuatro, y supuse que serían mi competencia durante mi periodo de prácticas. Estos tipos no tenían ni idea de lo que se les venía encima.

"¿Es usted Allie Adams?", retumbó una voz segura, y el grupo de becarios dio un paso atrás para revelar a una de las mujeres más intimidantes que había visto en mi vida.

Debía de medir un metro ochenta, pero llevaba unos tacones de quince centímetros que prácticamente la impulsaban hacia las estrellas. Llevaba un traje de falda azul oscuro ceñido a la cadera que acentuaba sus curvas y su pecho, y me sentí como en presencia de una auténtica diosa griega.

Su piel era morena pero pecosa, y parecía una mezcla de varias nacionalidades. Tenía el pelo oscuro y rizado, que le daba aún más volumen.

"S-sí", tartamudeé, y me incorporé al grupo. "Lo siento mucho, es la primera vez que vengo a

Nueva York y..."

"Y parece que has tenido toda una aventura hasta aquí", dijo. "No te preocupes, siempre y cuando no vuelva a ocurrir. Bienvenida a Harmony & Gold. Soy Carol, la directora de la oficina".

"Encantada de conocerte", dije amablemente, y oí a otro de los becarios reírse entre dientes. No sabría decir cuál era, ni si alguien más lo había oído.

Los tres internos tenían el aspecto que yo esperaba. Camisas frescas de colores pastel con pantalones chinos y chalecos de jersey, y cortes de pelo cortos. No tardé en darme cuenta de que la risita provenía de la única chica entre nosotros cinco.

Era la joven más perfectamente arreglada que había visto en mi vida. Llevaba un traje de falda color crema con medias transparentes, tacones Louboutin y un cinturón de Gucci. Alrededor del cuello llevaba un collar de perlas blancas y en las orejas unos pendientes de diamantes.

Llevaba el pelo peinado con unos elegantes reflejos rubios que parecían rebotar en perfecta consonancia con la forma en que inclinaba la cabeza. Me sorprendió lo brillantes que eran sus ojos azules, y parecía que la hubiera maquillado una maquilladora profesional.

Por un segundo, me quedé hipnotizada. No quería ni pensar en mi aspecto con el traje mojado y rebajado de Gap al lado de la belleza que tenía delante.

"H-hola", dije al grupo.

Los chicos levantaron las manos y fruncieron los labios, obviamente intentando no llamar la atención sobre lo tremendamente estúpida que debía parecer, y les agradecí que se apiadaran de mí en ese momento.

"Hola", dijo la chica inmaculada, y me tendió la mano, manicurada con uñas rosa bebé, y yo estiré la mano y la agarré con la mía ligeramente húmeda.

"Un placer", dije con un movimiento de cabeza, y ella retiró la mano con la misma rapidez con la que me la había ofrecido.

"El placer es todo mío", respondió con la voz menos sincera que jamás había oído. "Me llamo Gina. Gina Prince. Me alegro mucho de que vayamos a trabajar juntas".

Bueno, por supuesto que lo estaba. Si yo pareciera una princesa y mi competencia fuera una rata de alcantarilla de las colinas de Vermont, no me importaría nada.

"Yo me llamo...", pero su atención se centró inmediatamente en alguien detrás de mí, a quien saludó con entusiasmo.

"Marcus", dijo con una sonrisa. "Marcus Higgins, ¿eres tú?".

Oí el ruido de unos zapatos elegantes contra el suelo de mármol y otro abogado se acercó a nosotros.

"Hola, Gina", respondió el abogado alto, desgarbado y rubio. "¿Empiezas hoy las prácticas?".

"Todos", dijo Gina, nos hizo un gesto y le guiñó un ojo a su amiga.

"Bueno", nos dijo Marcus riendo. "Tened cuidado con ésta. Es una auténtica zorra, no se le escapa nada. Hasta luego, Gina".

"Hasta luego, Marcus", dijo ella, y el abogado desapareció.

"Qué bien", intervino Carol, y puso las manos en sus imponentes caderas. "Ya tienes un amigo aquí. Bueno, eso está muy bien para cuando necesites un compañero de almuerzo, pero no vas a hacer mucha vida social en estas prácticas. La semana que viene se te asignará un abogado de cada especialidad, y entonces podrás relacionarte y aprender de cerca. Por ahora, voy a enseñarte los sistemas de archivo y cómo funciona la oficina. Voy a decirte a quién tienes que decirle las cosas correctas. ¿Chicos, lo entendéis? Si alguno de ustedes hace enfadar a alguien, me lo dirá a

mí y se acabó el show. Y todos sabéis lo que está en juego".

Los cinco nos miramos de reojo. Yo había salido de casa tan segura como siempre, pero ahora que veía a los chicos de la competencia con chalecos y a la princesa que ya estaba al tanto de la empresa, ya no lo tenía tan claro. Respiré hondo y pensé en mi madre. En mi padre. En el atractivo desconocido que había visto en la puerta.

Les demostraría a todos de qué estaba hecha.

Capítulo 5

Edward

Escribí una viñeta en mi diario con tinta roja, y la seguí con las palabras "despide a Meghan".

El trabajo de una secretaria consistía en anticiparse a las necesidades de su jefe, y esto era realmente irrisorio. Las nueve y cuarto no era una hora razonable para tomar un café cuando el día empezaba a las nueve. Ya había ido al gimnasio, había revisado la fusión y, para cuando llegué a la oficina, debería haber habido una taza humeante de café negro sobre mi escritorio.

El día empezaba fatal, y apuesto a que se debía a mi adquisición de un gato negro.

Oí que llamaban a la puerta y levanté la vista. Por un segundo, un escalofrío me recorrió la espalda. Me recordé a mí mismo que Jade probablemente estaría tomando una piña colada en la piscina de algún tío y que no tendría que preocuparme por ella.

"Adelante", grité, y la puerta se abrió hacia mí.

Por desgracia, la visita no era de Meghan con mi café, sino del bueno de Brendan Waltz. Al maldito multimillonario no le faltaba de nada en la vida y nunca le había faltado, pero aun así se levantaba cada mañana y ejercía la defensa criminal por alguna extraña razón que le hacía odiarse a sí mismo.

"Buenos días, Edward", dijo jocoso el pelirrojo. "Algo pasa. Prácticamente podía olerlo desde la puerta de al lado. Estás enfadado".

"Estoy esperando el café", dije, y enarqué una ceja. "Ya son las 9:15".

"No, es otra cosa", dijo, y se paseó por mi despacho. "Te conozco desde siempre, hermano. No te vas a esconder de mí".

"Bien", respondí lentamente. "Estoy de muy mal humor".

"Se nota", replicó Brendan, y puso los ojos en blanco. "Pero Dios mío, tío, ¿por qué?".

Antes de que pudiera responder, Cameron West, del otro despacho de al lado, entró y dejó un montón de expedientes sobre la mesa. Aunque ejercía de abogado fiscal, los despachos estaban organizados por antigüedad, y debido a que nos contrataron a todos al mismo tiempo prácticamente vivíamos, comíamos y dormíamos en esa planta.

"Para ti", dijo asintiendo con la cabeza, y se apartó el pelo castaño arenoso de la cara. "¿No es bonito?".

"Eres muy amable", dije, y acerqué las carpetas a mí.

"Edward está cabreado", dijo Brendan. "Y estoy intentando averiguar por qué".

Me eché hacia atrás y Brendan se cruzó de brazos conmigo. Sí. Este tipo no iba a dejar de molestarme hasta que hablara.

"Porque anoche Jade me dejó", admití. "Dijo que era un adicto al trabajo y que había conseguido un contrato en Los Ángeles".

"Uf", se rió Brendan, y sacudió la cabeza. "Eso es matador. Da igual, hay al menos quince Jades ahí fuera. Yo digo que vayas a buscar culos".

"Eso apesta, Edward", dijo Cameron. "¿Quieres programar algo para esta noche?".

"De ninguna manera", respondió Brendan. "Malcolm incluso tiene permiso de su esposa. Pero tal vez podríamos adaptar la noche... ¿ir a un club de striptease en su lugar?".

"Absolutamente no", respondí. "No quiero que me adulen un par de señoras que no conozco, sin ánimo de ofenderlas. Vamos a jugar al póquer en mi casa esta semana, todo sigue normal,

como si nada. ¿De acuerdo?"

Los dos chicos se miraron y asintieron, y Brendan volvió a su cotilleo habitual.

"Los becarios de verano están aquí hoy", dijo. "¿Vamos a hacer la apuesta este año?"

"Claro que sí", respondí. "Es la tradición. Además, me encanta ganar".

"Somos conscientes, Edward", replicó Cameron, pero antes de que pudiera darle una bofetada, la buena de Carol irrumpió por mi puerta.

"¿Habéis olvidado cómo se llama a la puerta o algo?". le pregunté a la escultural jefa de oficina. "¿Qué demonios pasa esta mañana?"

"Tengo tu café", dijo Carol, y se inclinó para colocar una taza humeante de café negro sobre mi escritorio. "De nada".

Los dos hombres miraron a Carol, que sobresalía por encima de ellos con sus enormes tacones. Qué poderosa.

"Gracias", murmuró Cameron. Parecía un ratón en comparación con Carol.

"¿Dónde está Meghan?" Le pregunté. "Esperaba poder despedirla esta mañana".

"Se te ha adelantado", dijo Carol con los ojos en blanco, y se cruzó de brazos. "Renunció el fin de semana".

Brendan soltó una risita y yo puse los ojos en blanco.

"Un grano en el culo", murmuré.

"No tengas esa actitud conmigo, Edward", dijo Carol con una sonrisa burlona. "Es la tercera secretaria que renuncia este año. ¿Intentas batir un récord o algo así?"

"Conociendo a este tipo, apuesto a que es eso", respondió Cameron, y yo lo fulminé con la mirada.

"Muy bien, salid todos", dije. "Carol, eres un ángel y la única razón por la que esta oficina funciona. ¿Pero vosotros dos, bufones? Hasta luego".

Los tres desaparecieron de mi despacho y acerqué los expedientes a mí.

Ahora por fin podría terminar algún maldito trabajo.

Allie

"¿Dónde encontró ese horrible traje pantalón?" La voz de Gina llegó desde el otro lado de la habitación. "¿Es de Old Navy o algo así?"

Los cinco estábamos ordenando archivos en una larga mesa de una habitación con paredes de cristal. Debíamos de estar a unos cincuenta pisos por encima del nivel de la calle, y podía ver a otras personas en sus oficinas al otro lado de la calle haciendo exactamente lo mismo que nosotros. Era estimulante, la sala era enorme y estaba llena de luz.

Pero no podía negar que, en medio de la belleza de nuestro entorno y de los suaves murmullos de los internos, ella estaba cotilleando sobre mí.

"Randy, estoy deseando que llegue la fiesta de tu padre", dijo el que estaba a mi izquierda. "Si es algo tan salvaje como el año pasado, creo que será el evento del año".

"¿Te has enterado de que la revista *New York Magazine* lo va a cubrir?". preguntó Randy, y giró su silla. "La última fue tan buena que ahora la prensa quiere participar. Mamá está eufórica".

"Seguro que sí", dijo Gina, y me lanzó una mirada fría y azul antes de volverse hacia Randy. "Oh mira, ya es la una. Hora de comer, todos".

"¿No crees que deberíamos esperar hasta que alguien venga a buscarnos?". Me oí decir.

La mirada de Gina pasó de ser de leve diversión a pura crueldad mientras miraba a los demás en busca de confirmación de mi estupidez.

"Dijeron que el almuerzo es a la una, Andy", dijo. "Puede que seamos becarios, pero tenemos libre albedrío. No es un trabajo de atención al cliente".

Podía sentir que mi cara se ponía roja, pero traté de no romper el contacto visual con ella. Podría haberme preguntado qué era lo que tenía contra mí, pero sabía exactamente lo que era, y yo sentía lo mismo.

Las dos queríamos ganar esa beca y haríamos cualquier cosa por conseguirla.

Tras un incómodo silencio, los cinco nos miramos antes de levantarnos y dirigirnos hacia la puerta.

Seguí a los demás becarios por la oficina, que bullía de actividad. Hombres con trajes caros se pasaban expedientes unos a otros, y pude ver a algunos de ellos echando un vistazo a Gina. Nadie quería mirar a la chica del traje económico manchado de lodo y agua. Podía vivir con eso, a duras penas.

"Reparto de café", oí decir a una voz, y cuando miré, una de las secretarias sostenía un portavasos de cuatro tazas lleno de Starbucks.

Llevaba una impecable falda lápiz blanca con una blusa blanca y un cinturón de cuero marrón que ceñía su cintura perfectamente estrecha. Todas las mujeres de la oficina parecían llevar tacones de al menos cinco centímetros. Yo apenas podía andar con tacones, y mucho menos pasearme por una oficina tan concurrida.

Las otras cuatro pasantes pasaron junto a la secretaria, que enarcó una ceja y levantó la vista de su mesa, llena de papeles.

Parecía necesitar ayuda. Y como había llegado tarde esta mañana, estaba deseando echar una mano a alguien de la oficina.

"Disculpe", dije, y la secretaria me miró desde su escultural altura.

"¿Es usted becaria?".

"Eh, sí", dije, y asentí frenéticamente.

"Perfecto", dijo, y cogió el portacafés y me lo puso en las manos. "Tengo que llevar estos archivos a una reunión para comer, pero acabo de recogerlos. Llévalos a ese despacho de la esquina, y date prisa, porque ya llego tarde".

Sujeté con fuerza los portafolios de cartón y divisé el despacho de la esquina al final del estrecho despacho de la izquierda.

"Hasta luego, Annie", oí la voz de Gina detrás de mí, pero no le di la satisfacción de darme la vuelta. Estoy segura de que le haría más bromas a Randy acerca de que yo era la zorra del café, pero tal vez era tan ilusa como para pensar que mi falta de derechos me convertía en mejor trabajadora.

Mientras caminaba, eché un vistazo a los pedidos de café por curiosidad. Matcha de coco con un chorrito de vainilla. Black Pike Roast. Chai latte. Volví a levantar la vista y descubrí que la puerta del despacho de la esquina se había abierto, y a quince centímetros delante de mí estaba el mismo tipo guapo cuyo lujoso coche me había salpicado en la calle.

Por alguna razón, mis pies no dejaron de avanzar y, antes de que me diera cuenta, el tapón había volado del matcha de coco y una erupción de pringue verde chorreaba por la camisa perfectamente planchada del guapo.

"Mierda", dijo una voz grave, y supe que había metido la pata hasta el fondo.

Oh, Dios. Por favor, no. Por favor, no. Por favor, dime que esto no está pasando.

Extendí la mano mojada e intenté quitarme la mugre verde instintivamente, pero él me apartó la mano y sentí una descarga de adrenalina desde la punta de los dedos hasta la parte superior del brazo.

"Lo siento mucho", dije, y di un paso atrás.

El hombre que tenía delante enarcó una ceja severa y apretó la mandíbula perfectamente esculpida. Lo último que necesitaba hacer ahora era desmayarme tras un hombre que parecía que acababa de cabrearle irremediabilmente, pero me quedé completamente sin palabras.

"Allie", dijo una voz familiar, y cuando me giré a mi izquierda vi a la aún más aterradora Carol prácticamente deslizándose sobre mí. ¿Qué le pasaba a todo el mundo en esta oficina con ser tan alto? Parecía un gigante.

"Yo... estoy tan..."

"Déjalo", dijo el hombre, se desabrochó el cuello de la camisa blanca y me fulminó con la mirada.

Sentí una sacudida de calor en la base del estómago, como si su mirada me hubiera dejado sin aliento. Aunque era evidente que estaba enfadado conmigo, su mirada me hipnotizó.

"Sr. Macintosh", empezó Carol. "No podría estar más avergonzada por esto..."

"Carol, no te preocupes", dijo él. "Tengo una muda en mi despacho".

Sin decir nada más, se dio la vuelta y me cerró la puerta del despacho en las narices con tal fuerza que unos mechones de pelo volaron hacia atrás.

"Allie", murmuró Carol con una voz aterradoramente calmada, y levanté la vista hacia la directora de la oficina.

"¿Sí, Carol?" chillé, y bajé los portacafés que tenía en la mano.

"¿Tienes idea de quién es?". preguntó.

"No", respondí.

"Es Edward Macintosh", respondió Carol, y enarcó una ceja. "¿Recuerdas que te dije que esta semana se trataba sobre todo de no cabrear a la gente equivocada?"

Hice una mueca. "Sí, señora.

Suspiró. "Bueno, definitivamente es alguien a quien no querías cabrear".

"Entendido, Carol", susurré, pensando en la ira que ardía en los ojos oscuros del hombre.

Por un segundo, consideré la beca Bedford. Todo el asunto parecía una enorme broma en este momento. La ciudad era realmente una bestia, y me estaban comiendo viva.

Capítulo 6

Edward

Abrí los ojos y parpadeé varias veces para acabar con mi momento de meditación. Todo estaba listo para otra noche de copas con los chicos.

Menudo puto día. Esta vez no sólo necesitaba un poco de magia del bienestar para salir del día de locos que había tenido. Necesitaba que me fumigaran el cerebro con una partida de póquer y una cerveza bien fría.

Respiré hondo por la nariz y miré el cuadro de Degas que había en la pared. Todos mis compañeros de trabajo me decían que la copia de *L'Absinthe* era desagradable y nefasta. Pero a mí me pareció que añadía humor a la sala de póquer.

La mujer parecía que preferiría estar en cualquier parte del mundo menos en aquel café, y el hombre que estaba a su lado estaba destrozado por la bebida y el juego. Servía como una especie de divertida advertencia de lo que ocurriría si pasaba demasiado tiempo jugando duro en lugar de trabajando duro.

De repente, algo extremadamente suave me rozó el brazo y un peso se posó en mi regazo. Cuando bajé la vista, Midnight me miraba con sus penetrantes ojos verdes y soltó un pequeño maullido.

"¿Quién demonios te ha dejado bajar aquí?". pregunté. "Se supone que sólo debes permanecer en los suelos de madera".

El gato me miró como diciendo que no lo sabía o que no le importaba. Pero, ¿qué podía hacer yo? Hoy estaba a merced del destino, y ninguno parecía especialmente bueno.

"Oh Edward," oí una voz. "¿Está el joven Edward Macintosh aquí abajo?".

"Baja", gemí, y oí a Brendan, Cameron, Malcolm y Patrick bajar las escaleras con sus bonitos zapatos de cuero. Midnight se dispersó, y me alegré de ver que el pequeño incordio se había ido, aunque fuera guapo. Este momento estaba reservado para los viejos amigos.

"¿Estáis preparados para que os patee el culo?". Llamé a los demás, que se dirigieron a la mesa de póquer.

"Eh, colega, estás hecho una mierda", dijo Malcolm Blayne, que se quedó mirando extrañado mi ropa de gimnasia. "¿Por qué vas vestido con ropa de deporte?".

No sabía por qué tenía que explicarle a un hombre casado por qué me sentía cómodo en mi propia casa, pero que así fuera.

"Porque no tengo nada que demostraros, payasos", dije, y puse los ojos en blanco.

"Vale, vale", murmuró Malcolm, y acercó una silla a mi izquierda y se sentó en mi mesa de póquer. "Sabes, Melinda está haciendo un gran trabajo manteniendo el fuerte, pero me maravilla que no tengas un chef".

"Te lo estás perdiendo", dijo Patrick Raleigh. "Ahórrate el esfuerzo".

Patrick Raleigh no solía pensar en cuidarse de esa manera, porque su mujer, que era una cocinera fabulosa, se estaba divorciando de él.

"Cuando me compre mi propia casa, lo haré", dije, y empecé a repartir las cartas a los jugadores.

"No sé por qué sigues esperando", dijo Malcolm con un suspiro. "Te hará sentir mejor".

"Todavía no es el momento", repliqué.

"Ni siquiera veo por qué es para tanto", añadió Brendan. "No tiene sentido que hayas alquilado tanto tiempo...".

"Quizá no todos nacemos con un Rolex en la muñeca, Brendan", dije, y recogí mi mano de cartas.

Era una mano particularmente decepcionante, y estaba bastante seguro de que los chicos percibían mi tensión. A medida que avanzaba la partida, sentía que una especie de miedo me subía por el cuello y acababa convirtiéndose en excitación. Tuve la sensación de que podía sacarle mucho dinero a Malcolm y puse la mayor parte de mis fichas por delante.

"Eso es mucho dinero, Edward", dijo Patrick, y me miró. "Y no estoy recibiendo las mejores vibraciones de ti esta noche. Creo que podrías arrepentirte".

Le miré a los ojos y enarqué una ceja. Podía percibir algo en su espalda. Normalmente tenía suerte con los grandes riesgos, y aunque hoy había estado lleno de mala suerte, sentí que la adrenalina me recorría la espina dorsal y supe que quería intentarlo.

"Voy a hacerlo", dije.

Los otros dos contuvieron la respiración e intercambiaron una mirada.

"Muy bien, todo el mundo", dijo Malcolm. "Enfrentamiento".

Puse mis dos cartas sobre la mesa y, para disgusto de todos, lo había conseguido una vez más. Veinticinco de los grandes en el bote eran míos.

"Eso es una mierda, tío", dijo Malcolm, y casi tiró su vaso de whisky al suelo. "Una gilipollez total. Estabas sudando, ¿podía verte!".

"Y sin embargo aquí estoy", dije. "Un millón de veces mejor que tú en estrategia".

"Bueno, no me lo restriegues", gimió, y yo sólo le sonreí.

"Ahora tráeme una cerveza", le dije, y él golpeó la mesa con las manos y se levantó enfadado.

"Realmente lo irritaste", dijo Patrick, y él sacudió la cabeza y miró a lo lejos. "Espera, ¿qué demonios es eso?".

Seguí su mirada y vi a Midnight posada en una de las escaleras.

"Es un gato", dije. "Imbécil".

"Soy consciente de ello", dijo, y jugueteó con el Cartier que llevaba en la muñeca. "Lo que me pregunto es por qué tienes un gato".

"¿Quién es el pequeñín?" dijo Malcolm, dándome una lata fría de IPA y volvió a sentarse.

"El gato de Jade", suspiré. "Me lo dejó como regalo de despedida".

"Menudo regalo", contestó Brendan. "Yo lo habría puesto en la calle. No quiero una bola peluda merodeando por mi casa".

"Pero entonces podría haber muerto, Brendan", dijo Cameron. "Eso no sería muy agradable ahora, ¿verdad?".

"Como si me importara una mierda", dijo Brendan.

"Eh, colega", dijo Cameron, levantó una ceja y miró fijamente a Brendan. "¿Quién coño te ha hecho tanto daño como para que seas como eres?".

"Ni idea", respondió Brendan con una sonrisa de satisfacción. "Pero estoy bastante seguro de que esa pregunta pagó la casa del lago de mi terapeuta".

Qué bufón. Puse los ojos en blanco y abrí la cerveza cuando Brendan volvió a abrir la boca para soltar una nueva sarta de tonterías.

"Pasemos a la siguiente parte más importante de nuestra reunión", dijo, y sacó un gorro naranja de su maletín.

"Muy elegante", replicó Malcolm. "¿Es el Carhartt de esta temporada?".

Ahogué una risita y miré a Brendan para ver qué demonios se traía entre manos.

"No", respondió. "Son los internos de esta temporada".

"Ah, sí, claro", contestó Cameron. "Creo que una de ellas también llevaba el Chanel de esta temporada".

"¿Qué, la chica Prince?" preguntó Malcolm. "Sí. Parece una mujer con estilo".

"Acabemos con esto de una vez", suspiré. Era agradable pasar el rato con los chicos, pero incluso yo tenía que admitir que estaba cansado de pensar en la oficina hoy.

"Hora de la mejor apuesta del año", murmuró Patrick, que sacudió la cabeza y se rio. "No puedo esperar a ver cómo sale esta".

"Te voy a ganar, Edward", replicó Cameron, y me levantó una ceja. "Espera. Despídete de ese dinero".

"Siento discrepar", dije, y di otro sorbo a la cerveza. "Me gustó bastante tener 500.000\$ en el bolsillo el año pasado, y estoy deseando otra ronda de compras".

Era esencial, pero no quería decírselo a los demás. Con los 100k que habíamos puesto cada uno, había usado los 500k de paga para igualar sus impecables armarios y poner un poco de dinero en la decoración del apartamento. No era mucho, pero me había dado la confianza que necesitaba para esforzarme aún más por convertirme en socio. Nunca está de más tener buen aspecto.

Pero este año se acabó la frivolidad. Ese dinero iba a ir a parar a un sitio mucho más importante, y no veía la hora de ponerle las manos encima.

"Cabrón engreído", dijo Cameron, pero su voz era tan elegante que supe que no podía ser un insulto. "Venga, vamos. Quiero saber a quién tengo".

Brendan sostuvo el sombrero naranja en el centro de la mesa.

"Yo soy el que se acordó, así que voy primero", dijo, y metió la mano dentro y sacó una tarjeta de visita.

"¿Escribiste los nombres en tus propias tarjetas de visita?" preguntó Cameron. "Eres un hijo de puta muy raro".

"Cállate y saca un nombre", dijo Brendan, y Cameron puso los ojos en blanco y obedeció.

Malcolm y Patrick sacaron obedientemente sus nombres, y yo acabé metiendo la mano en el sombrero naranja. Mi segundo gran proyecto de ese año se decidiría en ese momento.

"Eres muy lento para todo", dijo Cameron, y me miró de arriba abajo.

"No, no lo soy", respondí. "Es una apuesta al azar. El primero en llegar no va a ayudar aquí".

"Listillo", dijo Brendan en voz baja, y yo saqué la tarjeta de visita del sombrero.

"Muy bien", dijo Cameron. "Hora de la segunda gran revelación de la noche, después de la partida de póquer".

"Vamos", murmuré en voz baja, y di la vuelta a la tarjeta y leí el nombre que tenía delante.

Allie Adams.

"Oh, joder, sí", se mofó Brendan. "Gina Prince es mía, chicos".

"Muy maduro", dijo Cameron, pero me di cuenta de que estaba cabreado por no haber conseguido a la chica del legado de aspecto excitante.

Allie Adams. Interna. Chica. Me devané los sesos para ver si sabía quién demonios era, y entonces se me ocurrió.

La chica del café.

"Vale, ¿quién tiene a la otra chica?" Malcolm preguntó.

"Yo, obviamente", dije.

"No sé si realmente tienes mucha suerte con esa", dijo Malcolm. "Parecía un poco tosca. Creo que estaba cubierta de agua cuando la vi".

"Todas parecen un poco toscas comparadas con Gina", dijo Brendan asintiendo.

"Capullo engreído", replicó Malcolm.

"Sí, antes me ha tirado el café por encima", murmuré, y recordé su cara.

Pelo color miel, ojos color avellana y flequillo espeso. Vale, era un poco torpe, pero debajo de todo eso, sin duda era guapa.

Por un segundo sentí que una sensación de ardor me subía por la espalda, pero no quise entretenerme. Ni siquiera había conocido a la maldita chica, y esto no era un bar en la zona residencial. Esto era trabajo, y hasta ahora había demostrado ser una completa incompetente.

Parece que tenía mucho trabajo por delante.

Allie

"Mátame", gemí, y golpeé la almohada de IKEA con forma de estrella hasta someterla. "Este apartamento es bastante alto. Puedes escenificarlo como un accidente".

"Te quiero cariño, pero tómate este té y tómate un segundo", dijo Malia, y salió corriendo de nuestra pequeña cocina al salón. "Si no te calma, al menos te hará callar".

"Gracias", gemí, y cogí la taza del MoMA ligeramente agrietada. Cuando me la llevé a los labios, percibí el aroma de la menta y, por primera vez en el día, me sentí un poco más tranquila.

"Sólo ha sido tu primer día, Allie. ¿De acuerdo? Primer día. Los bebés nacen dando patadas y gritando. Los internos aparecen en el lugar de trabajo mojados y torpes. Así es el mundo".

"Pero estaba tan bueno", gemí. "Parecía una estatua griega con un traje de Brooks Brothers".

"Perdón, ¿quién?" preguntó Malia, que se cruzó de brazos y dio unos golpecitos con el pie.

"El tipo sobre el que derramé el café". Suspiré y di otro sorbo. "El que me miró con sus terribles, devastadores y preciosos ojos...".

Sentí un ardor en el pecho. Era el hombre más hermoso que había visto de cerca en mi vida, y yo había dejado mi marca derramando líquido caliente sobre su camisa perfecta.

"Chica, contrólate", dijo Malia, y soltó una leve risita. "Ya dijiste que este verano era para no tener chicos y tener confianza en tu trabajo. ¿Qué te pasa?".

"La terrible realidad de mi posición", dije con un suspiro. "Creo que sería mejor que dejara la ciudad y volviera a las colinas a las que pertenezco para no molestar más a nadie".

"Me parece bien", dijo Malia encogiéndose de hombros. "A mí personalmente tu empresa me parece insoportable, y viendo que ni siquiera te han despedido ni nada, deberías hacerles el trabajo. No creo que sea humanamente posible que tu vida mejore después de este único caso en una nueva ciudad en un nuevo trabajo. La vida no funciona así, ¿verdad?".

Suspiré profundamente y miré a mi amiga, que tenía una sonrisa traviesa en la cara.

"Bien, supongo que me quedaré", dije.

"No eres de las que se rinden, Allie", dijo Malia. "Eso se nota en ti".

"Tienes razón", respondí. "No puedo renunciar".

"Ajá", dijo Malia asintiendo. "Sé que la tengo".

Solté una risita y bebí un buen trago de té. Las cosas parecían un poco más bonitas con mi amiga a mi lado, y agradecí no estar sola en la ciudad.

Mañana volvería a intentarlo. Me pondría un traje más impresionante y cogería el tren correcto. Y, lo más importante, evitaría a toda costa a aquel abogado increíblemente guapo.

Capítulo 7

Edward

"¡Hoy es el día!" dijo Brendan, y se paseó nervioso de un lado a otro de mi despacho. "Es hora de poner en marcha esta apuesta".

"Pareces un imbécil paseándote así", dije con rotundidad, y él se detuvo en seco, con la cara de un color rosado brillante que resaltaba sobre su pelo castaño.

"Y no deberías estar tan excitado", dijo Cameron. "No después de lo que le hiciste a Emily".

"Había olvidado su nombre", murmuró Brendan para sí mismo.

"Eso fue un puto desastre, hermano", dijo Malcolm.

"Por eso creo que deberíamos volver a repasar las reglas de la apuesta", dije. "Sólo para recordar a todos lo que está en juego y lo que podemos y no podemos hacer. Porque no quiero otra universitaria angustiada destrozando el octavo piso otra vez".

"250.000 dólares por daños y perjuicios", reiteró Malcolm. "Jodiste a esa chica".

"Así de bueno soy en la cama, por decirlo de alguna manera", dijo Brendan.

"Dios mío Brendan, ¿puedes dejar de ser un animal durante cinco minutos de tu puta vida remilgada?". pregunté.

Toda la habitación se quedó en silencio y Cameron abrió la aplicación de notas de su teléfono.

"Reglas para la apuesta", dijo con un tono de voz muy amable y oficial.

"Oh, mira, Cameron, ha vuelto el orador público", dijo Brendan con una risita.

"Se me permite ser un buen orador, ¿vale?". replicó Cameron. "Estuve en el equipo de debate. Dios, sois unos sabuesos del dinero".

"Sólo lee las malditas reglas", repliqué. "Necesito volver al trabajo".

"Reglas para la apuesta", dijo Cameron de nuevo, y se aclaró la garganta. "Regla número uno, nada de copular con los internos".

"Tranquilo", dijo Patrick.

Por un segundo, imaginé a la torpe becaria, Allie, rozando con su lengua el lóbulo de mi oreja. Le cogía la coleta y se la soltaba, y le besaba el cuello hasta que gritaba. Le rodeaba la cintura con las manos y la acercaba a mí mientras gemía en mi oído. Cerraba las puertas, sacudía las interminables carpetas de mi escritorio y la apretaba contra...

"Edward, deja de pensar en expedientes", oí decir a Patrick, y volví a la realidad.

"Lo siento", dije. "Continúa".

"Regla número dos", continuó Cameron, y me miró ligeramente. "Los internos no pueden saber que forman parte de un plan".

"Obviamente", añadió Malcolm.

"Tres, ningún sabotaje intencionado", dijo Cameron.

"Desde luego, espero que no", dije. Odiaba la forma en que algunos de los chicos ultra privilegiados sólo querían jugar sucio.

"Y por último, nada ilegal", dijo Cameron.

"¿Eso incluye soplar?" preguntó Brendan.

"Brendan, te voy a echar de aquí, pagano", dije en voz baja.

"100k no es nada para mí en este momento. Sé que Mabel va a tratar de desplumarme por todo lo que tengo en pensión alimenticia", dijo Patrick con un suspiro.

"Lo siento, amigo", dijo Cameron, y ofreció una sonrisa. "Si te sirve de ayuda, odio jugar a estos juegos, aunque siga jugándolos".

"Entonces eso nos deja a nosotros tres que tenemos la resistencia para competir", les dije a Brendan y Malcolm. "¿Que gane el mejor?".

"Que gane el mejor", dijo Brendan.

Estreché la mano de todos los chicos antes de acompañarlos fuera de mi despacho. Ya era hora de volver al trabajo, y si iba a poner a esa chica en forma, estaba seguro de que tenía mucho trabajo por delante.

Allie

"Allison Adams, ven aquí, por favor", dijo Carol en cuanto llegué al despacho.

Bueno, eso era todo. Sabía que ayer metí la pata hasta el fondo y ahora me hacían el favor de dejarme marchar. Siempre podría conseguir un trabajo en mi tranquila ciudad; tenía buena reputación. Quién sabe, a lo mejor hasta podía entrar en la policía como mi padre.

Hoy Carol llevaba otro traje de falda, pero este era rosa fuerte. Era absolutamente aterradora, e hice todo lo que pude para no estremecerme ante su inusualmente glamurosa presencia.

"Buenos días, Carol", le dije.

"Buenos días, cariño", dijo ella. "Te ves un poco mejor que ayer. Y llegas a tiempo, lo cual es una mejora. De cualquier manera, tengo algunas noticias para ti. Edward Macintosh ha pedido que seas su asistente personal".

Parpadeé varias veces, intentando comprender lo que decía. No sonaban las palabras "estás despedida", así que obviamente estaba un poco confusa.

"Umm, lo siento", dije. "¿Qué... qué significa eso?".

"¿Sr. Macintosh? Abogado corporativo", dijo. "Lo conociste ayer. Bueno, en realidad, trataste de enviarlo a la sala de quemados. ¿Te suena?".

Se me heló la sangre en las venas.

Oh, no. El abogado sexy. El que estaba intentando evitar.

"¿Es una broma?" no pude evitar decir, e inmediatamente me tapé la boca avergonzada.

"¿Una broma?", preguntó riendo. "No, esto no es una broma, cariño. De hecho, es un gran honor. No sé qué pasó, pero debes haber impresionado a Edward Macintosh de alguna manera".

"¿Qué?" Pregunté de nuevo.

"Cariño, no tengo tiempo para estar aquí todo el día", dijo Carol. "Y a mí también me choca. Pero chop-chop. No le gustan los retrasos. Ahora a trabajar".

"Gracias", murmuré.

Ignoré su comentario de que no sabía por qué me habían ofrecido un puesto así y me di la vuelta sobre mis talones.

De vuelta al despacho de la esquina. De vuelta al lugar que juré evitar a toda costa después de mi primer día infernal. Cuando llegué a la gran puerta de madera, sentí que el corazón se me aceleraba.

Pero podía hacerlo. Vamos, Allie, llama a la puerta.

Levanté las manos hacia la puerta e hice exactamente eso.

Después de tres golpes cortos, esperé y contuve la respiración. Entonces, la voz de ayer sonó de nuevo.

"Adelante".

Capítulo 8

Edward

La puerta se abrió y entró la chica de ayer.

Recordé mentalmente su nombre.

Allison. Allison Adams. Quizá había empezado con mal pie, porque tenía mucho mejor aspecto que el que supuse que había sido su desastroso primer día. Llevaba una elegante falda azul marino y una blusa blanca con cuello Peter Pan. Por encima llevaba un favorecedor jersey azul.

Llevaba los mismos mocasines que mi abuela. No pude evitar reírme para mis adentros, por lo lejos que estaban de los tacones de diez centímetros con los que se paseaban la mayoría de abogadas. Pero, aun así, tenía algo de serena y elegante que me tranquilizó de inmediato, aunque el día anterior hubiera llevado a la tintorería uno de mis trajes favoritos.

La nueva interna se apartó el pelo castaño claro de la cara y pude ver sus ojos color avellana. Era guapa, incluso muy guapa, pero los zapatos de abuela y el flequillo desaliñado tenían que desaparecer.

Espera, espera. ¿Quién demonios era yo para decir todo esto? Sonaba como Jade cuando hablaba de otras modelos. Tal vez había aprendido suficiente jerga de chicas en los últimos seis meses como para saber cómo debía ser un cambio de imagen, aunque los otros chicos se burlaran de mí.

Y pensándolo bien, era casi un alivio estar cerca de alguien que no fuera tan intocablemente guapa. Tan dura e inaccesible. Jade usaba su belleza como un arma. Era su mercancía, su fuente de ingresos, y tenía derecho al infierno por ello. Sus pómulos podían cortarte como navajas, y su cuerpo estaba prácticamente asegurado por miles de dólares.

Pero esta chica no parecía engreída en absoluto. Por primera vez en mi práctica jurídica, sentí que me enfrentaba a un ser humano y no a alguien que quería parecer de una determinada manera. Alguien que vestía el papel antes de adquirir los conocimientos necesarios para el papel.

"Hola, Allie", dije, y los ojos color avellana de la becaria se encontraron con los míos.

Eran tan grandes, tan inocentes. Nadie que llevara diez minutos en Nueva York tenía unos ojos así. No intentaba ocultar nada, ni demostrar nada.

"Umm, hola", dijo la becaria, y se apartó el pelo color miel de la cara.

Era realmente guapa. Pero las reglas de la apuesta resonaban en mi mente: nada de sexo con los internos. Una pena, la verdad.

Rara vez me encontraba con chicas que no parecieran estar en una audición matrimonial o escalando despiadadamente en la escala social. Por otra parte, ella también estaba subiendo la escalera de la carrera.

"De acuerdo", dije, y me levanté de la silla. Más valía darle una bienvenida adecuada y profesional para que supiera cómo estaban las cosas.

Me acerqué a mi mesa y me di cuenta de que la superaba en altura. Aun así, le tendí la mano y me la estrechó con firmeza. Por un momento me sorprendió lo suaves que eran sus manos, como los pétalos de la salvia que el jardinero de mi madre cultivaba en nuestra casa de verano. Pero aparté ese pensamiento de mi mente.

Ya no podía pensar en lo guapa que era. Iba a convertirse en la mejor becaria que este lugar hubiera visto jamás, y yo iba a asegurarme de ello.

Belleza aparte, íbamos a ganar esta apuesta limpiamente.

Allie

Ay, caray. No me di cuenta de que estaba aguantando la respiración hasta que de repente empecé a sentir que se me entumecían los dedos de los pies.

Este tío estaba buenísimo.

Desde el momento en que lo vi sentado en su escritorio, quedé prácticamente hipnotizada. Sus hombros eran anchos y autoritarios, y su traje azul marino no tenía nada que envidiar al mío. Cuando me miró a los ojos, sentí una oleada de calor desde la parte superior de la cabeza hasta la planta de los pies.

No podía creer que tuviera que trabajar con ese tipo durante el resto de mis prácticas. ¿Cómo demonios iba a concentrarme?

Dejé que la puerta se cerrara tras de mí. Estábamos solos en su despacho.

Era como si el tiempo se alargara y yo ni siquiera pudiera reunir las palabras para decírselo. Finalmente, echó la silla hacia atrás y murmuró las primeras palabras que me había dicho directamente.

"Hola, Allie", dijo con voz profunda y suave.

"Umm, hola", respondí, y me aparté nerviosamente un poco de pelo de la cara.

Cuando empezó a levantarse de la silla, se me cayó el estómago. Todo en él era de una belleza sobrehumana. Tenía la mandíbula ancha y afilada y, aunque estaba afeitado, aún le quedaban restos de una barba oscura.

Se cepillaba la americana con manos anchas que parecían bien cuidadas. Cuando se acercó a mí, percibí el aroma del almizcle que llevaba. Era algo natural, algo profundo. Me atrajo de inmediato.

Me tendió la mano y la cogí con nerviosismo. Una descarga eléctrica me subió por el brazo y aspiré con fuerza.

Mierda. Nunca había tenido problemas para comportarme como una profesional.

¿Y ahora? Todo eso se había esfumado. ¿Cómo iba a concentrarme en hacer el mejor trabajo posible cuando sólo podía pensar en sus preciosos ojos, en su rostro surrealístamente bello, en el cuerpo prácticamente griego que se veía halagado por el corte de su traje?

"Creo que vamos a hacer un gran trabajo juntos", dijo mirándome a los ojos.

Pude ver cómo se formaban las palabras, cómo salían de su boca. Pero era como si no pudiera oírlas. Todo lo que podía asimilar era lo bien que se le veía diciéndolas.

Esto no podía ser verdad. Esto era prácticamente una responsabilidad. ¿Cómo alguien tan atractivo podía ser abogado? Seguramente las personas que se veían tan bien sólo se suponía que fueran actores o algo así.

Ya sabes, empleados por los que desmayarnos en la comodidad del cine, o en la comodidad de nuestras propias casas. Yo no podía trabajar en esas condiciones. Era prácticamente imposible, inhóspito, inconcebible...

"Tengo muchas ganas de aprender", me oí decir.

"¿En serio?", dijo en tono incrédulo.

De repente, todo cobró sentido.

"Porque tu belleza... quiero decir, tus ojos están un poco vidriosos. Espero que anoche durmieras lo suficiente, Allie. Nueva York es un lugar divertido, pero espero el máximo

compromiso de mis internos".

Oh, mierda. ¿Estaba a punto de decir que mis ojos eran hermosos?

"Lo siento Sr. Macintosh," dije. "Yo... hay mucha información que asimilar, y soy muy nueva en este ritmo. Soy... soy de fuera de la ciudad, un pequeño pueblo en las montañas. Pero te prometo que no estaré de fiesta en fiesta, nunca he sido así y desde luego no pretendo serlo ahora".

"Eso está bien", contestó con brusquedad, y me levantó una ceja. "No esperaba menos. Ya te acostumbrarás a cómo funcionan las cosas por aquí. Tendrás que hacerlo, porque espero lo mejor en todo momento. ¿Lo entiendes?".

"Absolutamente", respondí. "Lo entiendo perfectamente".

Vale, estaba trabajando con el espécimen humano más hermoso que había visto en mi vida. Pero tal vez esto era sólo otro desafío para mí. Uno inesperado, sí, pero ser abogada no era fácil, e iba a demostrar mi valía fueran cuales fueran las distracciones.

"¿Crees que estás preparada?" preguntó Edward, y se cruzó de brazos.

"Por supuesto que lo estoy", dije. "Estoy impaciente".

Capítulo 9

Allie

Tocaba furiosamente el portátil, intentando tomar notas de todos los detalles que Edward me iba contando. Era la primera reunión legal que presenciaba en persona a tal escala, y las tensiones estaban a flor de piel.

Un hombre entró con un montón de papeles y Edward le indicó que se sentara al otro lado del cliente. Edward estaba en el extremo de la larga mesa de madera, y su cliente se sentó a su lado. Yo estaba al otro lado tomando notas, y su oposición se sentó al otro lado de la mesa.

"Allie, este es Cameron West", dijo Edward sin levantar la vista, y el hombre se sentó junto al cliente. Me miró con los ojos entrecerrados y sentí como si me estuviera echando un vistazo por una razón que no supe discernir.

"Encantada de conocerle", murmuré, y Edward asintió.

"Gracias por llamarme, Edward", dijo Cameron. "Soy especialista fiscal aquí en Harmony and Gold, y esas son las partes del caso que voy a cubrir".

"Encantada de conocerte, Cameron", dijo una mujer elegantemente vestida desde el lado opuesto de la habitación. "Soy Mercedes Rodríguez, y representaré a Simon y Sandy Langford en el debate de hoy".

Un hombre de pelo castaño y gafas redondas y su hermana, obviamente gemela, nos saludaron con la cabeza, y Edward les devolvió una solemne pero intimidatoria inclinación de cabeza. No tenía ni idea de qué esperar, pero a juzgar por la actitud de Edward, no creía que las cosas fueran a ir fáciles para los Langford.

"De acuerdo", dijo, y nos miró. "Creo que aquí tenemos todo lo que necesitamos para empezar".

"Yo también", dijo Mercedes Rodríguez. Me di cuenta de que ya estaba intentando seguir el ritmo de Edward, pero tuve la sensación de que no serviría de nada. Parecía el tipo de hombre que llevaba las de ganar fueran cuales fueran las circunstancias.

"Mi cliente ha volado desde Bruselas esta mañana para estar con todos ustedes", dijo Edward sin levantar la vista de sus papeles. "Así que agradecería que en esta reunión pudiéramos lograr lo máximo posible".

"Por supuesto", respondió Mercedes, y me di cuenta de que Edward ya tenía la sartén por el mango sin siquiera intentarlo. "Hemos estudiado la oferta de su cliente por la antigua fábrica Langford Enterprise de Boston. Como sabe, el edificio pertenece a la familia desde hace casi ciento cincuenta años".

"Somos conscientes, señorita Rodríguez", respondió Edward con frialdad. "Continúe".

"Aunque los hermanos Langford han tenido que ceder a la venta todos los negocios relacionados con el lugar de producción, así como la propiedad en sí, hay que tener en cuenta algunas cosas".

"Por supuesto", dijo el cliente de Edward, y vislumbré al rubio alto y delgado sentado junto a Edward.

"Hay trabajos importantes que deben completarse en el lugar para la seguridad de su uso posterior", continuó Mercedes Rodríguez. "Y esto se añadirá al coste total".

"¿Tiene un desglose de los costes que supondrá?". preguntó Edward, y miró a los ojos de la

abogada.

Pude ver que ella estaba tan asombrada por su belleza física como yo, y sentí una punzada de celos surgir en mi pecho.

¿En qué demonios estaba pensando? Este tipo era mi jefe, y yo sólo estaba tratando de obtener toda la información que pudiera.

"Todavía no hemos llegado a una conclusión en cuanto al coste", continuó Mercedes. "Sin embargo...".

"Entonces esto es una pérdida de tiempo", dijo Edward. "A menos que tenga las cifras exactas para mi cliente, entonces pasaremos al siguiente punto sin contemplaciones".

Simon y Sandy Langford se dirigieron una mirada de búsqueda, e incluso yo sentí una punzada de simpatía por el dúo de hermanos.

"Disculpas por nuestra falta de preparación", murmuró Mercedes. "Por favor, presente su siguiente punto".

"Mi cliente René Smitt ha estipulado en este contrato que los actuales trabajadores de la fábrica Langford serán despedidos en el momento de su incorporación a Industrias Intek", dijo Edward, y miró a Mercedes".

"Pero", empezó Simon Langford. "Eso no formaba parte de nuestro acuerdo".

"Tenemos permiso explícito", continuó Edward, "en nombre de tu tío, Morris Langford, que es actualmente el heredero de facto de la propiedad, para seguir haciéndolo como queramos".

"Pero no es justo", suspiró Sandy Langford. "Él fue quien quiso vender la fábrica en primer lugar. Somos los representantes que participamos en el traspaso, ¿no deberían importar nuestras decisiones?".

"Desgraciadamente no", dijo Edward, y me lanzó una mirada antes de barajar unos papeles. "Esto es la ley, no un tribunal de simpatía".

"¿Cuántos trabajadores serán despedidos?" pregunté.

Toda la sala se quedó en silencio.

Edward me miró con tal desdén que parecía casi tranquilo. Pero, por su mandíbula rígida y sus cejas levantadas, me di cuenta de que me había metido en un buen lío.

"Quinientos empleados", respondió el cliente europeo de Edward con un acento irremplazable.

Me sentí mal por las familias que estaban siendo despedidas de la fábrica. Como persona de origen humilde, me molestaba ver con qué facilidad se tomaban estas decisiones. Tal vez para estos tipos las personas fueran un montón de números, pero perder un empleo podía significar que algunas de estas personas no podrían poner comida en la mesa para sus familias.

Sin embargo, una cosa no se puede negar. Edward Macintosh consiguió lo que quería, y ni siquiera tuvo que esforzarse demasiado. Era un abogado condenadamente bueno, y parecía que podía ganar cualquier caso con hechos fríos y duros.

"¿Era necesario, señorita Adams?" preguntó Edward casi susurrando.

"Sólo necesitaba los números para las notas", me atraganté.

"Qué meticulosa eres", gruñó en respuesta.

Joder, aunque no estuviera contento conmigo, todo en él era tan ardiente. Tomó un sorbo de café solo y se aclaró la garganta antes de decirle algo a Simon Langford, y luego a otra persona.

Hice clic en el portátil antes de darme cuenta de lo que había pasado.

Mierda. Me había dicho algo a mí.

"Dios mío", dije, y miré a Edward, que se había vuelto hacia Cameron.

"Cam", dijo. "¿Sabes el porcentaje de impuestos de los ingresos del año pasado?".

"Están aquí, Edward", dijo, y me pasó una hoja.

Edward me lanzó una mirada y me pasó el papel.

"No sé si no me has oído o si no te ha llegado la información del informe, pero ¿podrías anotar estas cifras para que podamos plantearlas en la próxima reunión?", dijo, se inclinó sobre la mesa y se volvió para decirle algo al cliente.

Me alegré de que estuviera de espaldas a mí, porque en ese momento me puse de color rosa remolacha. Y una mierda. No podía creer que hubiera estado tan concentrada en lo bien que se veía tomando café que en realidad había escuchado mal algo que él estaba diciendo.

¿Dónde demonios tenía el cerebro?

Anoté los números e intenté borrar todos los pensamientos sobre lo bueno que estaba Edward durante la reunión. No dije ni una palabra más y apenas levanté la vista del teclado. Si tenía que ponerme un antifaz para poder trabajar aquí, que así fuera. Edward y su estúpida cara de buenorro y su precioso cuerpo no iban a impedirme seguir con la beca de Bedford.

Nada iba a impedirlo.

Cuando levanté la vista del teclado, la habitación brillaba con una luz amarilla. Miré a mi izquierda por la gran pared de cristal y el sol se había puesto por completo.

Eché un vistazo a mi reloj y vi que eran nada menos que las nueve de la noche. Llevábamos horas así. Si podía ignorar a Edward durante tanto tiempo, tal vez tuviera alguna esperanza de superar este período de prácticas sin ponerme en ridículo.

"Se levanta la sesión", murmuró Edward a su cliente. "Por así decirlo. Siento que los demás no tuvieran cifras adecuadas para que las tuvieras en cuenta, pero si te soy sincero, no dejaremos que se salgan con la suya haciéndote pagar cualquier construcción en la propiedad. Tienen suerte de que les compres, y haré todo lo que esté en mi mano para recordárselo en todo momento".

"Le creo, señor Macintosh", dijo René, y los dos se dieron la mano. "Ahora me voy al JFK, pero volveremos a reunirnos dentro de unos días en Zoom".

"Perfecto", dijo Edward.

Me levanté y me alisé la falda azul, ahora arrugada, antes de seguir a los demás fuera de la sala de reuniones. La oposición salió por una puerta diferente, lo cual supuse que se debía a lo incómodo que sería que todos tuviéramos que salir por la misma salida después de una gran pelea. Tomé nota de la pericia del diseño antes de cerrar de golpe el portátil y salir al pasillo.

Estaba lista para ir a buscar mi bolso cuando una voz familiar me detuvo.

"Allie", dijo Edward, y me di la vuelta.

Tenía una gota de sudor cayéndole de la frente, que se limpió con el dorso de la mano. Era una mano preciosa, tan fuerte y tan bien pulida.

"Se las enviaré en cuanto las edite, señor Macintosh", murmuré, y miré al suelo. "Iba a ir a buscar mi...".

"Por favor, llámeme Edward", dijo, y miró de arriba abajo, sin duda intentando discernir hasta qué punto era posible ser tan imbécil como yo.

"¿Necesitas algo más, Edward?" pregunté, y miré sus ojos profundos y perspicaces.

"Me preguntaba si necesitabas una copa", dijo, para mi sorpresa. "Desde luego que sí, después de todo esto".

Recordé lo que me había dicho antes y, por alguna razón, me lo tomé como una especie de prueba. Pero de ninguna manera iba a meter la pata una vez más, por mucho que hubiera matado por estar a solas en una habitación con él.

"No, gracias", decliné cortésmente. "Tengo que irme a casa".

"Parecías sentimental ahí dentro", dijo de repente, y se aclaró la garganta. "No me refiero a las preguntas, aunque eran innecesarias. Noté algo en ti".

Sentí una punzada de excitación cuando pareció sostener mi mirada en la suya. Ay, caramba. ¿Cómo iba a responder?

"Lo siento mucho", dije. "Creo que la mención del..."

"Mira, no me importa", dijo. "Y a ti tampoco debería importarte. ¿De acuerdo? Deja de disculparte. Y recuerda, no estamos aquí para proteger los sentimientos de la gente. Estamos aquí para ganar. No hay sentimientos en la ley, son hechos fríos y duros. ¿Entiendes?"

"Por supuesto", dije. "No volverá a ocurrir".

"Ahora vete a casa y trabaja", dijo.

"Me reí nerviosamente, antes de asentir y girar sobre mis talones.

Caminé por el pasillo para coger mi bolso y marcharme a casa. Pero cuanto más me alejaba de él, más sentía su mirada en mi espalda. Era como si se clavara en mí.

Me alegré de que no pudiera verme el frente. Mis pezones estaban duros para él, y mi corazón se aceleraba. Sentía como si toda la sangre de mi cuerpo se hubiera hundido en mis partes, que ardían de deseo. Nunca me había excitado el castigo, pero la forma en que me gruñía era irresistible.

No, Allie. Vete a casa y haz tu trabajo.

Capítulo 10

Edward

Hacía tiempo que no me escandalizaba tanto como entonces. ¿Una copa? ¿Con una becaria? ¿Porque parecía estresada?

El fuego me recorrió el pecho. ¿Qué demonios era yo, un blando o algo así? Ni siquiera esos tontos ayudantes que merodeaban por mi despacho habían recibido nunca una oferta de Edward Macintosh para tomar una copa. Así que, ¿por qué iba a recibirla esta becaria tímida que aún intentaba alejar sus emociones en su primera semana de trabajo?

Volví a mi despacho y me arrepentí de haberla regañado por pedir esas cifras. La oposición debería habérselas facilitado, y yo no le había dado un informe completo antes de la reunión. Ella mostró iniciativa, y yo estaba demasiado distraído con mi discusión despiadada para darme cuenta.

Abrí la puerta de mi despacho de la esquina e intenté ignorar a Mercedes Rodríguez y a sus clientes que se dirigían al ascensor. Luego, me dirigí a la bandeja de bebidas que tenía a mi izquierda y me serví un buen vaso de whisky.

La vista desde la oficina era la misma de siempre a esas horas de la noche. Las bocinas a todo volumen, el resplandor de Times Square llegando prácticamente hasta aquí. Sorbí mi whisky en el resplandor de la ciudad.

Era por esa mirada en sus ojos. La que la diferenciaba de todos esos chicos de ciudad despiadados e hiperprivilegiados. Tenía una dulzura que yo había sentido incluso en sus manos.

El whisky era amargo e implacable. O eso, o la certeza de que tendría que arrancarle esa ingenuidad si quería convertirse en una abogada de talla mundial. Este mundo no era amable, y no tenía sentido apostar a perro perdedor.

Volví a sorber el whisky y sacudí ligeramente la cabeza mientras bajaba el ardor.

Sí. Tendría que apagar esa inocencia de sus preciosos ojos. Aunque no pudiera quitármelos de la cabeza.

Allie

Después de aquel largo y arduo día, fue muy reconfortante volver a ver a mi viejo. Aunque sólo fuera en la pantalla de mi portátil.

"Hola Allie-gator", dijo mi padre, e incluso su sonrisa pixelada me llenó de alegría. Podía ver la colcha familiar que mi madre había hecho colgando en la parte posterior del marco, y sabía que estaba sentado en el viejo sofá de cuero en el que había pasado tanto tiempo viendo dibujos animados cuando era niña.

"Hola, papá", suspiré. "¿Qué tal tu día en el cuerpo?"

"Cariño, sabes muy bien cómo es un día en el cuerpo", dijo riendo. "Quiero que me hables de ti. ¿Qué tal tu primer día como abogada?"

No quería contarle lo avergonzada que estaba, y sabía que no podía contarle algunos de los detalles más sutiles del caso debido al acuerdo de confidencialidad que había firmado. Así que me encogí de hombros y fingí sonreír.

"No fue tan fácil como pensaba", empecé. "Hay ciertos retos que no me esperaba, ¿sabes? Hoy

nos enfrentamos a estos clientes, y sé que van a perderlo todo. Y resulta que eso forma parte del trabajo".

Mi padre levantó una ceja preocupado.

"¿Todo?" preguntó. "Seguro que se puede llegar a un acuerdo entre dos partes..."

"No en este mundo", suspiré. "Sólo estamos para que una persona luche por salirse con la suya, y es triste. Como que no puedo creerlo, pero supongo que es algo a lo que tengo que acostumbrarme".

"Así es, Allie-gator", dijo. "Mira, obviamente tengo mi parte justa de tratos con abogados. Leyes de zonificación y casos de rescate de animales, todo eso. Así que sé que puede ser realmente blanco o negro. Por suerte, en mi línea de trabajo intento servir a la justicia en lugar de estafar a la gente, pero habrá casos en los que te sientas más seguro del trabajo que estás haciendo. Y esos serán los que te hagan amarlo".

"Gracias", dije con una sonrisa. "Eso realmente significa mucho".

"¿Y sabes qué?", preguntó. "Puede que la ley sea en blanco o negro, pero seguro que las personas no lo son, ¿verdad?".

"Me gustaría pensar que sí", dije. "Pero ganar es lo único que importa, tanto si perjudica a la gente como si no".

"No creo eso", dijo. "Creo que quizá más adelante te sorprendas. Y tampoco creo que tú lo creas".

Me di cuenta de que estaba regurgitando la ética de Edward sobre cómo salir adelante en la ley. No era precisamente bonito, pero ahora trabajaba para Edward. Si quería triunfar en su mundo, tenía que pensar, actuar y hablar como él.

"De todos modos", dijo. "¿Qué tal tu nuevo jefe? ¿Es simpático? ¿Están haciendo un buen trabajo enseñándote los caminos?".

"No sé si diría agradable", dije con una risa nerviosa. "Pero es muy profesional, muy trabajador".

Ni siquiera quería decirle su nombre a mi padre. Cada vez que la palabra "Edward" flotaba en mis pensamientos, volvía ese cosquilleo en mi espalda. La sensación de que me observaba y de que nunca escaparía a sus miradas.

Me preguntaba hasta qué punto me observaba.

Edward

Hoy no había nadie en el apartamento. Había excusado a todo el personal de limpieza para tener un poco de paz y tranquilidad, pero por suerte mi amigo Cameron estaba disponible para hablar de los detalles.

"Ha sido duro, tío", me dijo a través de la cámara de vídeo. Pude ver a su labrador negro Rufus merodeando al fondo de la toma y no pude evitar enarcar una ceja. A veces, después de un día de trajes y jerga jurídica, resultaba extraño recordar que, después de todo, mis compañeros de trabajo eran personas.

"¿Por qué duro?" pregunté. "Creía que habíamos hecho progresos significativos. Y la oposición estaba mucho menos preparada de lo que suponía. Ahora están pagando el viaje de vuelta de nuestro cliente debido a su negligencia. ¿No te parece un éxito por nuestra parte?".

"Soy abogado fiscalista, hermano", dijo, y negó con la cabeza. "No busco sangre como tú. La cara de esa pobre familia... Me sentí tan mal por ellos. Lo siento, sé que soy blando, pero no

pude evitarlo. Lo están perdiendo todo".

"Esto es objetivo, Cameron", suspiré. "Los números no mienten. Y pronto estas personas también serán números, y no tendrás que preocuparte por la expresión de sus caras, porque para ti sólo serán un tramo impositivo. Mira, no voy a sentirme mal por ser bueno en mi trabajo".

"Y no deberías", dijo, y su perro trotó hacia él. "Deberías estar muy orgulloso de ti mismo".

"Mira", le dije. "Este caso es un paso esencial para que me hagan socio al final del verano. Sé que tenemos la apuesta en marcha y todo eso, pero yo también persigo mis propios objetivos".

"Lo sé, lo sé", dijo Cameron. "Mira, me alegraré cuando termine".

"Necesitas engrosar tu piel", dije con un suspiro. "No sé cómo has durado tanto".

"Porque no soy una persona sociable", dijo riendo. "Soy el tipo de atrás con un ábaco. De todas formas, hay una cosa por la que te tengo envidia".

"¿Y qué es eso?" pregunté. "¿Mi aspecto o mi caso?".

"Por ninguna de las dos cosas", dijo. "De tu becaria".

Sentí que algo me tocaba la pierna y di un respingo. Cuando bajé la vista, Midnight me miraba con ojos verdes y brillantes, como si quisiera algo.

"Un momento, Cameron", suspiré, cogí al gato por la barriga y me levanté de la silla.

Dejé caer a Midnight ante la puerta de mi despacho y me aseguré de cerrarla para que el gato no pudiera interrumpir otra de mis reuniones. Mientras caminaba de vuelta al portátil, fruncí el ceño.

"Lo siento", dije mientras volvía a sentarme. "Continúa, por favor".

"Ah, sí", dijo. "Bueno, Allie parecía una chica muy agradable. ¿Conoces a mi interno, John Lemmon?"

"¿Por qué diablos lo haría?".

"Bueno, eso es bueno, porque parece tener la impresión de que todo el mundo sabe quién es", dijo Cameron con un suspiro. "O su padre, al menos. Tipo de escuela preparatoria. Habla como si ya hubiera ganado las prácticas de Bedford".

"Oh, hermano", dije con una mueca. "Conozco bien a ese tipo".

"Cree que ganará por su apellido, pero ambos sabemos que el señor Harmony no trabaja así".

"Gracias a Dios", dije. "Con la cantidad de imbéciles incompetentes con nepotismo que hay en este mundo".

"Sinceramente", empezó Cameron, "no me importaría perder los cien mil con tal de borrar esa estúpida sonrisa de la cara de ese chico".

"Oye, ahí tienes tu vena mezquina", dije riendo. "Pero nunca renunciaría a mis ganancias sólo para demostrar algo. Además, ya tengo planes para mi lote".

"¿Ah, sí?" preguntó Cameron. "Y dime, ¿cuáles son exactamente?".

"He estado ahorrando para mi propia casa", dije. "Una casa de lujo en el Upper West Side".

"Clásico", dijo. "Muy neoyorquino por tu parte".

"Me gusta lo clásico", dije encogiéndome de hombros. "Este alquiler está bien, pero es un poco intenso para mi gusto. Casi del lado horterita".

"Bueno, cada uno a lo suyo", suspiró Cameron. "Buena suerte ganando con Allie. Parece agradable estar con ella, pero parecía un ciervo delante de unos faros. Y este año, la competencia es fuerte".

"Tendré trabajo que hacer", admití. "Pero siempre hago mi trabajo, y lo hago bien".

"No puedo discutir eso", dijo Cameron. "De todos modos, me voy a dormir. Ha sido un día

muy diferente para mí. Nos vemos mañana".

La pantalla se apagó y cerré el portátil de golpe.

De repente, oí un chirrido detrás de mí. No había nadie más que yo en la casa, y que me aspen si alguien va a intentar robarme.

Me di la vuelta y vi a Midnight en el marco de la puerta.

"Perdona", le dije. "¿Te he dado permiso para estar aquí? Creo que no".

Alcé una ceja hacia el gato, que trotó hacia mí y empezó a acariciarme la pierna otra vez.

"Vale, vale", dije poniendo los ojos en blanco. "Pero sólo porque ahora estoy fuera de una reunión. Si siguiera ahí, estarías frito".

Me levanté y me dirigí al bar, donde me esperaba una buena copa de celebración. Tomé mi whisky y me senté en uno de los sillones color crema de la esquina de mi despacho para contemplar la noche.

Me dejé caer en el sillón y bebí un sorbo. Qué manera tan perfecta de terminar un día de éxitos. No me gustaba dormirme por la noche hasta que sentía que me lo había ganado, y esta vez sin duda me lo había ganado.

Cerré los ojos y recordé los pormenores del caso. Aquella tonta abogada Mercedes que no tenía las cifras, Cameron a mi lado... y Allie.

Podía sentir cómo los músculos de mi cuerpo se ablandaban y mis ojos se agitaban mientras entraba en una especie de estado de ensoñación. Y Allie también estaba allí...

Le arrancaba el jersey azul oscuro del cuerpo y le mordía el cuello. Quería sentir cómo se estremecía debajo de mí mientras le lamía el lóbulo de la oreja y bajaba hasta sus pechos. Le pasaba la lengua por los pezones hasta que no podía más y jadeaba de placer. Su cintura era tan pequeña que apostaba a que podría agarrarla con mis dos manos. Y desde allí le levantaría la falda y pasaría mis manos por encima de sus bragas, luego hundiría mis dedos para ver lo mojada que estaba para mí...

De repente, algo pesado cayó sobre mi regazo y me levanté de un salto.

"Joder", grité, y Midnight saltó inmediatamente de encima de mí y empezó a alejarse trotando. Podía ver el contorno de mi erección a través de los pantalones y suspiré frustrado.

¿De verdad? ¿Fantaseando con follarme a la interna con la que categóricamente no tenía permitido tener sexo? No eres muy disciplinado, Edward.

Me bebí lo que quedaba de whisky y me levanté. Era hora de irse a la cama y acallar para siempre esos débiles pensamientos.

Capítulo 11

Allie

"¡Sorpresa!" dijo Edward con una voz sorprendentemente bonachona mientras dejaba caer una gran caja de plástico llena de carpetas sobre el escritorio que tenía delante.

"¿Qué son? pregunté, antes de corregirme para sonar más profesional. "O... ¿a qué se refieren?"

"Muy bien", me dijo, y levantó una ceja de un modo que hizo que se me derritiera el cerebro. "Son algunos expedientes más para el caso de la fusión. También he seleccionado algunos libros de la biblioteca para que los leas. Quiero que hojees todos y cada uno de los reglamentos de la zona de Boston para encontrar algo que nos ayude en nuestro caso. ¿Crees que estás dispuesta?"

"Bueno, por supuesto", dije, y eché un vistazo a los expedientes. "Pero tenía la impresión de que todo era ya bastante hermético".

"Hasta cierto punto", dijo encogiéndose de hombros, "pero nada es seguro al cien por cien hasta que cae el martillo del juez. Además, puedes dejarlo cuando quieras".

Le miré fijamente a los ojos y asimilé la pausa antes de darme cuenta de lo que estaba ocurriendo. Esto era un reto, e iba a tener que asegurarme de darlo todo en lugar de flojear.

"Por supuesto", dije. "Iré a la biblioteca de Harmony & Gold".

"¿Sabes dónde está?" preguntó Edward, y me dedicó una sonrisa burlona.

Dios mío, hacía que se me derritiera el corazón. Pero ahora no podía concentrarme en eso.

"No", admití.

"Por el pasillo a la derecha", dijo, y se fue detrás de su escritorio y se sentó para ponerse a trabajar.

Así que parecía que ahora iba a estar relegada a la biblioteca durante el resto del día. No era el peor destino, al menos no podría avergonzarme entre las pilas de libros. Y tenía experiencia más que suficiente hojeando enormes volúmenes, así que al menos sabía lo que hacía.

Era capaz de hacer este tipo de cosas en un día si quisiera, y sabía que lo conseguiría.

Pasé junto a unas cuantas secretarias que parecían llevar trajes de Chanel, antes de llegar a una puerta transparente a la derecha que decía "Biblioteca Jurídica" en letras pequeñas.

Cuando empujé la puerta, me di cuenta de que el lugar era bastante cutre. De hecho, ni siquiera era tan grande como mi dormitorio en el apartamento, que era impresionantemente pequeño. Pero había pilas de volúmenes legales, así como una pila personal de libros que habían sido dejados sobre la mesa con una nota post-it en ellos.

"Para Allie", decía el post-it. Me di cuenta de que era la letra de una secretaria, porque era redondeada y no se parecía en nada a la de Edward.

De un golpe, dejé sobre la mesa el gran cubo de plástico de los expedientes jurídicos y empecé a rebuscar. El día iba a ser largo y tenía que ponerme las pilas.

Edward

Cuando volví a mi mesa después de comer, exactamente a la una y media, me di cuenta de que no había oído ni pío de la señorita Allison Adams desde que la había relegado a la biblioteca

jurídica esta mañana, hacía casi cinco horas.

¿Sigue ahí?

Pulsé el timbre de mi escritorio para llamar a una secretaria y esperé. Esperaba que no fuera nadie con ganas de ligar, porque hoy no estaba para eso.

Por suerte, la puerta se abrió y Carol entró. Hoy la belleza palaciega llevaba un traje color crema y tacones de aguja negros de Jimmy Choo.

"Ya conoces a Carol", le dije. "Eres la única persona de esta oficina a la que permito entrar sin llamar".

"Mmhm", dijo riendo por lo bajo. "En cierto modo yo dirijo el lugar".

"Y por eso nos parecemos tanto", dije con una sonrisa. "Porque yo también dirijo el lugar. De todas formas, mi nueva becaria lleva sudando en la biblioteca jurídica desde el desayuno. ¿Podrías llevarle un bocadillo?".

Carol enarcó una ceja y yo me crucé de brazos.

"¿Qué? pregunté. "Pareces conmocionada".

"Estoy sorprendida", dijo. "Es lo más cariñoso que he oído de ti en mucho tiempo".

"Oh, bueno, no te acostumbres", dije, sacudiendo la cabeza. "Tengo la intención de ganar este caso, y no quiero que un interno se desmaye de hambre en mi guardia. Muchas gracias".

Carol asintió y salió. En cuanto abrió la puerta, Brendan estaba allí de pie con una sonrisa tonta en la cara.

"Buenos días", dijo con un odioso acento irlandés falso, y le miré con los ojos entrecerrados.

"Es después de comer", respondí. "A menos que me esté perdiendo algo".

"Bueno, no te he visto esta mañana", añadió Brendan con un suspiro. "En fin, solo quería que supieras cómo va el departamento de defensa".

"¿Ah, sí?" pregunté, y me eché hacia atrás. "¿Cómo va exactamente?".

"Nadando", dijo. "Y Gina Prince terminó haciendo una importante contribución al caso de hoy".

"Ah." Le miré. "Así que has venido a regodearte. Lo comprendo".

"Oye, tío, es como si tuvieras visión de rayos X", dijo, obviamente avergonzado. "De todos modos, tengo que ir a hacer más... cosas".

"Apuesto a que sí", dije, y volví al trabajo.

Las horas pasaron como si nada. La mitad del tiempo ni siquiera me daba cuenta de dónde estaba. Era como si mi entorno desapareciera por completo cuando estaba en la zona. Y por suerte, ése era el billete que me iba a convertir en el socio más joven que Harmony & Gold había visto nunca.

Cuando por fin miré el reloj, eran más de las diez de la noche.

Jesús.

Me encantaban las horas tranquilas del bufete, cuando no había nadie. Era más fácil concentrarse sin secretarías que te preguntaran qué necesitabas, o Brendan irrumpiendo en mi despacho sólo para joder. Me gustaba ir a las reuniones de la tarde y desaparecer en mi mundo durante un rato.

Pero ya era tarde y había que irse.

Me levanté, cogí mi abrigo y mi maletín y salí por la puerta.

La oficina estaba en silencio y a oscuras. Me dirigí al ascensor antes de ver una luz encendida bajo una sola puerta.

La biblioteca jurídica.

Me asomé y vi a mi pequeña becaria, Allie, profundamente dormida sobre uno de los volúmenes.

Me froté la cara con la palma de la mano.

Vamos. Brendan consigue una becaria que hace comentarios ganadores en un caso, ¿y a mí me toca la bella durmiente?

Qué mala suerte. Tendré que adiestrarla bien.

Estaba a punto de abrir la puerta para darle otra lección de profesionalidad, cuando me detuve. Esta chica llevaba catorce horas seguidas trabajando y, por lo que yo sabía, Gina Prince probablemente estaba en la ciudad hablando de cócteles con sus amigas. Allie había hecho un turno, dos turnos de trabajo sólo para hacer el trabajo.

No podía culparla por trabajar duro. De hecho, había pocas cosas que pudiera reprocharle, aparte de ser ingenua y encantadora. Y algo de esa actitud era muy útil en el mundo hiperagresivo de la abogacía.

Abrí suavemente la puerta y la observé a la luz tenue de la lámpara del escritorio. Parecía uno de esos cuadros expresionistas iluminados sólo por la luz de las velas, y su piel era lechosa y suave. Una verdadera visión.

¿En qué demonios estaba pensando? Apoyé rápidamente la mano en su hombro y la sacudí ligeramente.

Ella movió las pestañas para revelar sus hermosos ojos color avellana.

"Mmmm", dijo somnolienta, y acunó mi mano entre sus brazos y procedió a usarla como almohada.

"Umm, Allie," dije bruscamente. "Srta. Adams, creo que ya ha hecho suficiente trabajo por hoy".

Abrió ligeramente los ojos y de repente se dio cuenta de lo que la rodeaba.

"¡Oh!" Se incorporó, sobresaltada. "Sr. Macintosh, lo siento mucho. Sólo han sido unos minutos, lo juro".

Rápidamente me devolvió la mano y se sacudió. Sus mejillas se sonrojaron de un tono rosado intenso, pero me pareció bonito.

"Deja que te lleve a casa", le dije, y le hice un gesto para que se levantara.

"¿Qué?", preguntó. "No, voy a coger el metro...".

"No", dije, y no pude evitar sonreír. "No voy a dejar que hagas eso. Venga, vamos".

Allie me siguió fuera del despacho hasta el ascensor, donde permanecimos en un incómodo silencio.

"A veces tengo chofer", dije. "Pero esta noche no. Aunque soy un buen conductor".

¿Por qué demonios he dicho algo así? ¿De repente estoy otra vez en el instituto?

"Qué bien", dijo bostezando. "Apuesto a que eres muy buen conductor".

El ascensor se detuvo en el aparcamiento, donde mi Audi plateado era el último coche que quedaba.

Abrí el coche y me senté al volante mientras Allie se dejaba caer en el asiento del copiloto y se alisaba el pelo.

"Pon tu dirección en el GPS", le dije, y señalé la pantalla del coche".

"Claro", dijo ella, y empezó a marcar algún lugar del norte de la ciudad. "La verdad es que hoy he acabado anotando un montón de ordenanzas".

"Qué bien", dije, mientras salía del garaje y me adentraba en la noche.

"Sí", respondió. "Básicamente, la zona donde está la familia Langford fue recalificada cinco veces. Y fue una parte muy pertinente de la comunidad a lo largo de la historia. Lo que significa..."

Me concentré en el GPS mientras Allie seguía hablando de su día ordenando archivos y leyendo sobre la propiedad de los Langford. Yo estaba medio interesado y agotado después de mi propio día de gestiones legales.

Estaba tan cerca que prácticamente podía olerla. Olía a los viejos tomos de la biblioteca jurídica y también a algo dulce que no podía precisar. Sabía que probablemente estaba diciendo algo interesante, algo que sin duda debía saber para el caso, pero me cautivó tanto la forma en que movía la boca, la manera en que sus ojos dulces e inocentes se iluminaban cuando tropezaba con algo que podía interesarle.

Nunca antes había llevado a una interna. Nunca le había ofrecido una bebida, un paseo, nunca había tenido accidentalmente un sueño sexual... nada.

Me quité la idea de la cabeza y me volví hacia Allie, que señalaba por la ventanilla.

"Justo aquí", dijo, y me sonrió amablemente.

Me detuve un segundo y miré fijamente sus hermosos ojos color avellana. Parecía casi sobresaltada e inhaló con fuerza.

"Sí", le dije. "Hasta mañana, Allie".

Saltó del coche. En cuanto oí el portazo, pisé el acelerador y me alejé a toda velocidad. Habría sido más caballeroso esperar a que ella estuviera dentro, pero había algo en mí que no podía controlar.

Y quería alejarme de ella lo más rápido posible.

Capítulo 12

Allie

Su deslumbrante Audi plateado desapareció en cuestión de segundos, y sentí que se me helaba la sangre.

Era como si el momento se hubiera acabado tan pronto como había empezado. ¿De verdad habíamos hecho juntos todo un viaje en coche desde el centro de la ciudad? ¿De verdad había balbuceado jerga jurídica todo el tiempo que estuve con él? Quiero decir, seguramente la jerga legal era importante para él. Es a lo que había dedicado su vida, después de todo.

Pero en cierto modo parecía como si no estuviera allí. Respiré un poco y me di cuenta de que deseaba que el momento hubiera sido más largo, que me hubiera hablado más, que me hubiera mirado a los ojos, y...

Me había mirado a los ojos. Y por un momento, sentí que era algo más que mi jefe. Se había ofrecido a llevarme después de todo. Pero luego se alejó en la noche sin siquiera una palabra de afecto, como si yo fuera una colega.

Me acerqué a la puerta y metí la llave en la cerradura.

Eres una compañera, Allie. Peor aún, una a la que tiene que dedicar energía para entrenar.

¿De verdad esperas un trato especial de uno de los abogados con más éxito y objetivamente más atractivos que has visto en tu vida?

Dejé que mis pies pisaran fuerte escaleras arriba. Era como si mi cuerpo estuviera ardiendo, como si hubiera algo en mí que no podía apagarse, y sabía que tenía que ver con él.

Cuando entré en el apartamento, todo estaba oscuro y silencioso. Malia había salido o estaba profundamente dormida.

La luz de la luna brillaba a través del ventanal y me dirigí a mi acogedor dormitorio. Después del día que había tenido, necesitaba un sueño tranquilo y sin sueños para borrar toda la información que había recibido hoy.

Me quité la ropa y la tiré al suelo de forma poco habitual. Normalmente me preocupaba por mantener el orden en mi casa, pero hoy estaba demasiado cansada.

Me tumbé en la cama sin ponerme el pijama. El fresco edredón me hacía sentir bien y, después de todo, la noche era bastante cálida. Me dejé llevar por el cansancio.

De repente, estaba de nuevo en su coche, pero esta vez sentada en la parte de atrás. Seguía sin llevar el pijama, ni ropa, pero no me preocupaba.

Edward estaba inclinado sobre mí y podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo. Sus ojos se clavaron en mi nuca y me mordí el labio en respuesta.

Empezó a tirarme del pelo y me besó el cuello. Luego arrastró los dientes por mi clavícula y respiró aire caliente sobre mis pechos.

"¡Edward!" Jadeé y, de repente, abrí los ojos.

Estaba en mi habitación y el sol empezaba a asomar por detrás de los rascacielos.

Tenía la piel húmeda y sudorosa, y no quería admitir que era por el sueño. No. Seguramente me había olvidado de poner el aire acondicionado.

Me arrastré hasta el aparato y lo encendí antes de volver a tumbarme en la cama.

Antes de volver a dormir, rogué a mi mente que me diera un respiro de Edward durante unas horas.

Las semanas siguientes transcurrieron entre noches en vela y horas pasadas en la oficina de Harmony & Gold. La distinción entre los días se estaba volviendo confusa y yo empezaba a medir mi tiempo en función de la cantidad de trabajo que conseguía hacer y no de la hora que era.

"Es sólo un enamoramiento", me decía cada mañana mientras me dirigía a la oficina y saludaba a Carol y a mis compañeros de prácticas. Llevaba las bolsas de los ojos como si fueran gafas de sol de diseño y, de un modo grotesco, por fin encajaba con algunos de los abogados más fabulosamente vestidos de aquel despacho.

"Allie, ¿puedes quedarte a revisar estos acuerdos de accionistas, por favor?". preguntó Edward una mañana, y me pasó una carpeta caricaturescamente gruesa. "A menos que tengas algo mejor que hacer esta noche, claro".

Era viernes, y Malia me había mandado un mensaje para ir a una fiesta pop-up. Pero de ninguna manera iba a perder el tiempo en frivolidades. Si iba a ser una abogada importante, tenía que actuar como tal.

O eso me decía a mí misma. No quería alejarme de Edward por mucho tiempo en ningún momento. Incluso el mero hecho de sentirle pasar a mi lado cuando estaba en la biblioteca jurídica me hacía palpar el corazón. Quería demostrarle lo mucho que me esforzaba porque quería impresionarle, quería que me mirara, que me prestara atención.

No había mejor sensación en el mundo que la de que él me mirara. Si era porque quería impresionarle o porque le deseaba, no importaba, mientras me estuviera mirando.

La semana siguiente, me senté detrás de él en el tribunal mientras se paseaba y clavaba el último clavo en el ataúd de una granja de judías ecológicas cuyo contrato de arrendamiento había vencido. La familia llevaba allí generaciones, pero no podían permitirse comprar las tierras y habían recurrido para quedarse en ellas.

"Es imposible", dijo Edward al tribunal, y enfatizó cada sílaba de cada palabra, hasta el punto de que parecía más un actor de Shakespeare que un abogado. Yo estaba completamente embelesada. "Las estipulaciones son claras, y si no tienen el capital entonces ni siquiera deberíamos estar aquí perdiendo el tiempo".

Se paseó por el tribunal antes de volver a sentarse en la silla y ocuparse de los expedientes que yo había organizado minuciosamente para él. Al otro lado de la sala, vi a una pareja abrazada, temblando en los brazos del otro. No iban vestidos demasiado elegantes y parecía que estaban conteniendo las lágrimas.

El olor a madera y papel de la sala y la tensión eran abrumadores. Crucé las piernas e intenté asimilar los hechos con objetividad.

Edward era muy buen abogado. Un experto. Quizá incluso un genio. Y parecía cruel, por eso era tan bueno. Tenía que ser despiadado para tener éxito.

Era la naturaleza de la bestia.

Durante las siguientes semanas, los otros internos comenzaron a ganar sus propias cicatrices de batalla. Yo había invertido en mi primer maquillaje de verdad, un corrector suave para ocultar las bolsas de los ojos de todas mis noches en vela. Pero cuando me encontré con Gina Prince en la sala de fotocopias, me di cuenta de que tenía la cara demacrada y de que una de sus preciosas faldas acolchadas de Chanel le colgaba un poco más torpemente de las caderas.

"Hola, Allie", me dijo secamente. "¿Estás usando esto?".

"Acabo de terminar", dije, y cogí una citación de la fotocopidora.

"Gracias", murmuró, y se colocó un mechón de pelo liso detrás de la oreja sin levantar la vista.

Aunque era mi competencia, no pude evitar sentir una punzada de lástima por la chica. Parecía que la profesión la estaba pisoteando.

Randy había desarrollado un tic permanente en el ojo por beber tanto Red Bull que le habían prohibido beberlo. Uno de los clientes se había preocupado al conocerlo; pensaban que había estado tomando cocaína, algo que, al parecer, algunos abogados solían hacer.

Cuando Carol reunía a todos los becarios, se percibía un ligero olor a desesperación y a ropa sucia. Cada uno se lo llevaba a su manera, y parecía un rito de iniciación. Nos estaban destrozando para construirnos a nosotros mismos, e incluso Carol lo sabía.

"Poneos guapos, chicos", dijo con una sonrisa socarrona. "Estamos aquí para llevaros a vuestros límites. Que os recuperéis y os hagáis más fuertes es decisión vuestra".

Volví al despacho de Edward y casi me enfadé cuando vi que había salido a comer. Habría pasado cada minuto con él, por las oportunidades que teníamos de estar solos y poder aprender más, aunque sólo estuviéramos hablando de estatutos y zonificación. Era como si hubiera entre nosotros una energía eléctrica que yo anhelaba y que nadie más podía proporcionarme.

Sentía que había burlado al mundo. ¿Y qué si tenía un jefe atractivo? ¿Y qué si estaba enamorada? Si me hacía querer dedicarle horas para ayudarme a alcanzar mi meta, eso era lo único que importaba.

Y aunque mis ojos estaban sombríos por las noches en vela y no había ido a ninguna de las fiestas de Malia en la galería, no me importaba. Puede que sólo fuera mi cerebro delirante y privado de sueño el que hablaba, pero iba a sobrevivir a estas prácticas, y luego iba a conseguir mi beca para Bedford. Después de esto, nada podría detenerme.

Edward

Los Langford estaban casi quebrantando nuestras condiciones, y hacía días que tenía los pelos de punta. Era esa parte del caso: Comía, dormía y respiraba argumentos. Soñaba con la fábrica de Langford en Boston. Soñaba con pasear por los años treinta, hablar con los lugareños, conocer a la primera familia que la montó. Soñaba con entregarles los papeles, las escrituras del terreno.

Mis nervios estaban a flor de piel, pero, sorprendentemente, tenía una ayudante a mi lado. Allie estaba en la oficina todos los días antes que yo con todos los campos ordenados y resaltados para un día de escudriñar la letra pequeña y las escrituras de las tierras.

Su ingenuo ojo había resultado tener un talento que yo nunca había encontrado en un becario. Era capaz de detectar un detalle que a mí nunca se me habría ocurrido mirar en una pila de cientos de papeles. Era como si pudiera encontrar literalmente una aguja en un pajar.

Sonreía de camino al trabajo por su agudeza visual y sus éxitos. ¿Qué iba a hacer hoy? ¿Qué se iba a poner?

Sabía que no debía fijarme en su ropa, pero no podía evitarlo. Cada vez estaba mejor presentada, aunque un poco cansada. Pero diablos, todos estábamos cansados a estas alturas del caso.

Quería saber qué pensaba de algo más que de la ley. Una vez mencionó que había ido con una amiga al Met el fin de semana y yo ansiaba saber qué pensaba de lo que había visto. Quería ver el mundo a través de sus ojos inocentes, ver la ciudad a través de alguien que no estuviera tan

cansado y hastiado como yo.

Pero ese no era mi trabajo. Mi trabajo era ser su jefe, su mentor profesional, y eso era todo. Mi mente podía divagar, pero eso no importaba. Tenía que ceñirme a mi trabajo.

Y por suerte, era bueno en mi trabajo.

Capítulo 13

Allie

"Allie, ponte elegante", dijo Edward en cuanto entró en su despacho.

Llevaba allí media hora y me había tomado dos tazas de café cuando entró.

Olía a Old Spice y a pasta de dientes mentolada en lugar de a colonia cara, y a estas alturas ya sabía que eso significaba que se había levantado con prisas esta mañana.

"¿Va todo bien?" le pregunté, y me levanté del sillón de cuero que había ocupado junto a su escritorio.

"Mejor que bien", dijo riendo, y me dedicó una sonrisa imposiblemente perfecta. "Hoy es el día de la reunión mensual con el Sr. Harmony".

"¿El señor Harmony?" pregunté, sintiendo que mis ojos prácticamente se abrían como platillos voladores. "Creía que Carol solía convocar la reunión mensual de recapitulación entre los departamentos".

"Lo hace, sí", dijo Edward. "Pero el señor Harmony está en la ciudad procedente de Londres y, como sabes, es el jefe a la hora de decidir el becario de Bedford. Así que es un buen momento para mostrar en qué hemos estado trabajando".

No podía esperar. Llevábamos semanas enterrados bajo este caso, y era la entrada perfecta para impresionar al señor Harmony. Tal vez, si se daba cuenta de lo mucho que había podido ayudar a uno de los mejores abogados del bufete, incluso me concedería la beca en el acto. Era un sueño tonto, sin duda, pero sabía que era mejor ir con un poco de optimismo.

Edward abrió la puerta de su despacho y me miró por detrás del hombro. Tenía algo casi infantil y traté de ignorar la hinchazón de mi corazón.

"Ya voy" dije, siguiéndole por el pasillo.

Intenté ignorar las miradas de las secretarias, como siempre hacía con Edward. Sabía cuánto deseaban tener algo de él, y estoy segura de que él también. Fue algo que sentí como celos, pero traté de olvidarlo. Probablemente sólo era mi competitividad. Quería que supiera que yo era la compañera más trabajadora en la que podía confiar, y que todos los demás palidecerían en comparación.

Al menos, eso me decía a mí misma.

Pasamos algunas puertas más antes de llegar a la sala de juntas de la derecha. Respiré hondo mientras seguía a Edward a través de la puerta y me acercaba a la larga mesa.

Era una mañana espléndida y la luz del sol entraba por la ventana. Los demás internos y sus respectivos abogados estaban sentados alrededor de la mesa murmurando entre ellos, pero yo sólo podía prestar atención a un hombre.

El Sr. Harmony.

Tenía el pelo blanco, pero espeso y rizado. Llevaba un traje azul marino con una sencilla camisa blanca y miraba unas carpetas.

"Señor Harmony", dijo Edward, y se acercó para estrechar la mano del socio mayoritario.

"Macintosh", respondió él sin estrecharla, y volvió a mirar las carpetas.

Algo parecía ir mal. Edward hizo un leve gesto de dolor cuando el señor Harmony no correspondió a su apretón de manos, pero apartó dos sillas y nos sentamos frente a Brendan y Gina.

Gina enarcó una ceja antes de sonreír con suficiencia para sí misma y susurrarle a Brendan. Me pareció un poco innecesario, pero técnicamente estábamos compitiendo entre nosotros y supongo que estas cosas eran necesarias en cierto modo.

Pero Edward y yo estábamos trabajando duro en el caso, y no sentía el deseo de intimidar a nadie con gestos tontos.

"Muy bien", dijo el señor Harmony. "Gracias a todos por reuniros aquí, y es maravilloso conocer a todos los internos. Estoy deseando escuchar todo el importante trabajo que habéis estado haciendo con Harmony & Gold. Pero, sobre todo, espero que hayáis podido aprender un par de cosas sobre la profesión jurídica que quizá no sabíais antes. No hay mejor manera de aprender que en el trabajo, y por eso tenemos este programa. De todos modos, Brendan, he oído que has hecho progresos significativos con tu defensa".

"Desde luego que sí", dijo Brendan, y revolvió unos papeles. "Y subrayo lo de hemos. La meticulosa atención de la señorita Prince al contrainterrogatorio de los Buchanan ha desenterrado pruebas que hacen que nuestro caso sea casi a prueba de balas".

"Bien", dijo Harmony asintiendo con la cabeza. "Eso es muy, muy bueno. ¿Sr. West?".

Cameron miró al señor Harmony y luego torpemente a Edward. Parecía que intercambiaban algo, pero no sabía qué.

"¿Sí, señor Harmony?" Preguntó amablemente.

"Tengo entendido que ha estado contribuyendo con algunos análisis fiscales al caso del señor Macintosh", dijo el señor Harmony, y su azul celeste brilló bajo el sol.

"Así es", dijo Cameron. "Aparte de mi carga de trabajo habitual".

"Eso está muy bien", dijo el señor Harmony. "Pero Macintosh, quería hablar con usted sobre el progreso de su caso".

"Perfecto", dijo Edward con su habitual estilo a prueba de balas. "Allie y yo hemos estado trabajando en los estatutos y en la historia de la ubicación de la fábrica Langford, y creemos...".

"¿Sabías", intervino el Sr. Harmony sin levantar la vista, "que tanto mi padre como mi abuelo eran íntimos amigos de la familia Langford? De hecho, de niño solía ir de vacaciones con ellos a Cape Cod. Nada menos que en los años setenta, si es que alguno de ustedes, los jóvenes, puede creerlo".

El resto de los abogados soltaron el tipo de risa forzada que normalmente se reservaba para los que estaban por encima de ti en la jerarquía del trabajo.

"Bueno, es una historia extraordinaria", murmuró Edward, y empezó a jugar con las manos y a alisarse los pantalones.

Nunca lo había visto tan nervioso. El Edward de antes, como un tiburón, que yo conocía de los juicios, había desaparecido. Seguro que a los otros internos les parecía que sólo estaba siendo deferente, pero yo ya lo conocía.

"Lo que me lleva al siguiente punto", dijo el señor Harmony. "Este es un caso grande e importante. Está teniendo cobertura mediática. Harmony & Gold se enfrenta a una empresa estadounidense de cuatro generaciones".

"Harmony & Gold no se enfrenta a ellos", dijo Edward, y levantó la vista. "Es a nuestro cliente al que nos pagan por representar".

"El duro trabajo de esa familia va a ser vendido a un conglomerado europeo sin rostro", dijo el señor Harmony en voz baja, pero con firmeza, y miró a Edward. "Bueno, a los americanos les van a quitar el trabajo. ¿Tiene las cifras exactas?".

La sala se sumió en un silencio incómodo, y mi estómago dio volteretas. Sabía que era mi

momento de hablar.

"Quinientas personas, señor Harmony", dije, y el director me hizo un gesto de simpatía con la cabeza.

"Gracias", dijo. "Allie, ¿verdad?".

"Sí", respondí secamente, y noté que Gina Prince me lanzaba una mirada de satisfacción.

"Pues gracias, Allie", dijo. "Quinientas personas. ¿Sabes cuántas personas se verán afectadas por eso, Edward? ¿Las familias de esas personas? ¿Los lugareños que necesitan llevar comida a la mesa? Esto no sólo es desastroso para los Langford, también afectará a la economía local".

"Con el debido respeto, señor Harmony, no soy economista", dijo Edward, y llamó la atención del director. "Y resulta que este conglomerado europeo sin rostro nos está pagando más de mil millones de dólares para asegurar este acuerdo".

"Lo entiendo", dijo el señor Harmony y negó con la cabeza. "Entiendo lo que le importa a la junta directiva, y estoy seguro de que obtendrá una gran estrella dorada al final de esto. Así que buen trabajo, Macintosh".

La tensión en la sala me hizo sentir como si me estuvieran apretando la cabeza en un torno. Fue el "jódete" más pasivo-agresivo que había oído en mi vida.

Puede que Edward fuera un tiburón, pero fue la reprimenda más educada que había visto en mi vida. Tenía un aire claramente de viejo rico que no necesitaba demostrar nada, que no necesitaba presionar demasiado, que no necesitaba luchar por nada.

Miré a mi izquierda. Edward estaba prácticamente radiante de malestar tras su reprimenda, y una gota de sudor le caía de la frente y se deslizaba por su mandíbula perfectamente afilada. Ninguno de los otros abogados se atrevía siquiera a respirar.

De repente, levantó la vista con una expresión de disgusto y angustia.

"Carol", dijo Edward de repente, y señaló a la encargada de la oficina, que estaba de pie en un rincón del despacho. Ella casi voló hacia él.

"Sr. Macintosh", dijo.

"Tráigame el resto de las cifras y llévelas a mi despacho", empezó, y hasta se le entrecortó un poco la voz. Se levantó bruscamente y golpeó la silla contra el escritorio. "Les echaré un vistazo allí".

Lo siguiente que supe fue que Edward había salido prácticamente volando de la habitación, y la puerta se cerró de golpe en su lugar.

"Bien", dijo el Sr. Harmony. "Allie, seguro que no te importa escuchar el resto de la presentación de tus compañeros".

"En absoluto, señor Harmony", me oí decir, pero sabía que no podría prestar atención a ninguno de ellos. Los planes de Edward se le habían echado en cara, y él era lo único en lo que pensaba.

Para animarme después de aquella reunión horriblemente tensa, decidí comer mi primer almuerzo en un puesto de perritos calientes de Nueva York, como había visto hacer a la gente en las películas. El bollo estaba impresionantemente seco, el ketchup demasiado dulce y el perrito caliente, en general, bastante decepcionante. Había comido algo mejor en una barbacoa, pero aun así disfruté de cada bocado, solo por la experiencia...

Después de comer subí a la oficina, donde Gina Prince fue la primera en saludarme al salir del

ascensor. Llevaba un precioso traje gris y, para mi sorpresa, unas deportivas blancas en lugar de sus tacones habituales.

Ella también había estado sufriendo a causa de las prácticas, pero algo al ver a mi equipo tan desaliñado debió de darle un nuevo soplo de vida. Sus ojos azules brillaron de satisfacción mientras se señalaba la comisura del labio.

"Oh, Allie", dijo dulcemente. "Tienes un poco de ketchup justo ahí".

"Gracias, Gina", dije rotundamente. "Me alegro de que tu caso vaya bien".

"¿Sabes qué?", preguntó mientras entrábamos en el ascensor. "Yo también".

Me dedicó una sonrisa malévola cuando la puerta del ascensor se cerró. Decidí dirigirme a la biblioteca jurídica.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo Edward, pero supuse que el hecho de que uno de los altos cargos le hubiera hecho volar su ego en pedazos significaba que probablemente no debía molestarle.

Curioseé por la biblioteca jurídica e intenté ojear algunos tomos que pudieran ayudarme con mis conocimientos generales para el caso.

Lo que estábamos haciendo no era ético, supongo, pero aun así tenía que hacerlo lo mejor posible.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué el móvil para ver la hora. Eran las 6:45, una hora bastante temprana para irme. Pero hoy no me habían pedido que me quedara hasta tarde, y le había prometido a mi padre que esta noche haríamos una videollamada, para ponerle al día de todo.

Y después de todo lo que había ocurrido hoy, había mucho que contarle.

Me levanté y estiré los brazos en el aire. Mi espalda chasqueó un par de veces y me estremecí con el sonido. Tenía que dejar de encorvarme sobre ordenadores portátiles y ordenanzas territoriales y salir, ir al gimnasio o al menos dar un paseo o algo. Este contratiempo era ligeramente desastroso, pero quizá tendríamos tiempo para reagruparnos.

Salí de la biblioteca jurídica y entré en un despacho casi vacío. Todas las secretarías se habían marchado, pero aún quedaban algunos abogados dando vueltas. Estaba a punto de salir del edificio hasta que me di cuenta de que había dejado mi bolso en el despacho de Edward desde que había llegado esa mañana.

Giré a la izquierda y me dirigí a su despacho, donde me sorprendió ver que todavía había una luz encendida.

Mierda. Había supuesto que querría el día para trabajar sus emociones, para ponerse en orden.

En un movimiento casi inconsciente, cogí el teléfono y envié un mensaje a mi padre. Ni siquiera lo había pensado, pero algo en mí me decía que esta noche podría quedarme un poco más.

ALLIE: Hola, papá. Me ha surgido algo de trabajo.

ALLIE: ¿Podemos hablar mañana? Hoy no tengo tiempo.

El icono de escribir apareció antes de que mi padre contestara.

PAPÁ: Ya lo hicimos la semana pasada, cariño.

PAPÁ: ¿Ya no tienes tiempo para tu padre?

Se me encogió el corazón. Le echaba de menos, pero también quería asegurarme de que todo iba bien.

ALLIE: Papá, sabes cuánto te echo de menos.

Me contestó con otro mensaje.

PAPÁ: Esa es mi Allie-gator. Ve por ellos. Estaré aquí mañana y todos los demás días.

No pude evitar sonreír ante el mensaje de mi padre. Sabía exactamente en qué sofá de cuero se sentaría, y era agradable saber que algunas cosas no cambiaban, a pesar del drama y la agitación constantes de la vida en la ciudad.

Respiré hondo. Luego, golpeé la puerta de Edward varias veces.

"¿Sr. Macintosh?".

Esperé una respuesta.

"Adelante", dijo su voz grave.

Sonaba hueca y vacía, y sentí una punzada en el corazón. Empujé la puerta y lo encontré, desplomado sobre su escritorio, con la mirada fija en un punto indeterminado frente a él.

Nunca le había visto así. El fuego había desaparecido. Era como si toda la energía que utilizaba para luchar y ganar hubiera sido expulsada de su cuerpo, y estuviera simplemente... vacío.

"Ummm", murmuré, y el abogado roto me miró.

"Bebidas", dijo, echó la silla hacia atrás y se acercó a la estantería. Sacó un vaso de whisky y colocó ruidosamente dos copas sobre su escritorio. Luego nos sirvió dos vasos de cristal del más fuerte, dos de los vasos más grandes que había visto en mi vida.

Estaba a punto de preguntarle por los Langford cuando cogió un vaso y me lo puso en la mano. Era frío y pesado, y sentí una sensación de sofisticación con sólo sostenerlo.

Bebí un sorbo y sentí que una especie de fuego polvoriento me picaba en la nariz. Pero no quería parecer inmadura a su lado, así que me lo bebí de un trago y volví a dejar el vaso sobre la mesa.

"Gracias" dije entre dientes.

Edward se bebió toda la copa de un trago y mis ojos se abrieron de sorpresa.

"Vaya", dije. "Mal día, desde luego".

"Y que lo digas", dijo.

Por un segundo ambos nos quedamos en silencio después del momento de informalidad que acabábamos de compartir.

"De todos modos", dije, y miré a Edward y traté de mantener un sentido de compostura profesional. "¿Qué pasa ahora? ¿Vas a salirte con la adquisición de Langford?".

"Ni hablar", espetó, y luego me miró como disculpándose por su dura respuesta. "Quiero decir... no. Eso no ocurrirá. Es demasiado tarde ya".

"¿Incluso después de lo que dijo el señor Harmony?". pregunté. "Parecía bastante opuesto a todo el asunto".

"Lo está", dijo Edward, y se dejó caer en el sillón de cuero en el que yo solía sentarme. Se deslizó un poco hacia abajo y se cruzó de brazos, y al verlo tan despreocupado sentí una oleada de calor desde el estómago hasta la entrepierna.

Debía de ser el whisky.

"Mira, respeto a Harmony", dijo. "Vio algo en mí, y evidentemente tenía razón sobre mi talento. Aunque me esté rompiendo las pelotas ahora mismo. Pero todo está en movimiento, y no puedo detenerlo ahora. Y hay un consejo de administración más grande en esta empresa. Al final

del día, los hechos son ellos. Aceptamos este cliente. Ellos aceptaron a este cliente, y Harmony es parte de eso. Todos tenemos gente a la que responder, le guste o no. Y ahora mismo, Harmony & Gold está envuelto en este caso con los Langford".

El talento de Edward para la ley no sólo tenía que ver con lo bueno que era investigando, o incluso planeando argumentos. Su forma de hablar, tan autoritaria, hacía que pareciera que su posición era completamente obvia. Cuando él hablaba, yo no quería escuchar a nadie más, y mucho menos lo que tenían que decir.

"Supongo que eso nos pone en una situación delicada", murmuré, y me esforcé por no poner mala cara mientras bebía otro sorbo de whisky.

"Sólo desde fuera", añadió. "A Harmony se le pasará cuando vea lo contentos que están con la junta con todo el dinero que les he hecho ganar. Si estuviera tan empeñado en hacer siempre lo correcto, no estaría en este negocio. No es como si le debiera algo a los Langford. Si algo he aprendido es que nadie se debe nada en esta vida, y no quiero malgastar mis energías en recuperarme de un enorme sentimiento de culpa por un caso que me encargaron".

Edward se acercó a la estantería y cogió de nuevo el vaso de whisky. Se sirvió otro vaso y se lo devolvió de un trago.

Era un peso ligero, y puede que sólo fuera la confianza líquida, pero por alguna razón no podía mantener la boca cerrada.

"No creo que eso sea cierto", dije. "Lo de que no nos debemos nada. Es sólo que... ¿cómo funcionaría el mundo si no mostráramos compasión los unos por los otros? La sociedad se derrumbaría. Tiene que haber algún tipo de sistema de confianza y apoyo..."

"Eres una ingenua idiota si crees eso, Allie", espetó Edward. "¿Qué hacemos aquí si no ganamos?"

De repente, todos mis huesos se sintieron como si estuvieran ardiendo. Se me hundió el corazón en los zapatos y fue como si me hubiera dejado completamente muda.

Respiré varias veces e intenté relajar el cuerpo, pero fue inútil. Empecé a sentir que se me llenaban los ojos de lágrimas como si fuera una niña pequeña.

Vamos, Allie, ¿hablas en serio?

Respiré varias veces, intentando recobrar el sentido, pero fue inútil. ¿Qué me importaba si pensaba que era idiota? Ni que le debiera algo.

Tenía que irme antes de que viera que realmente había herido mis sentimientos.

"Lo siento", susurré, y dejé mi vaso ligeramente sobre el escritorio frente a mí. "S-sólo vine a buscar mi bolso, me voy a casa".

"Allie, lo siento mucho" dijo Edward, levantándose del sillón de cuero. Tomó mi mano entre las suyas y fue como si hubiera revivido.

Le miré a sus profundos y hermosos ojos y sentí que todo mi cuerpo ardía. Durante un segundo me quedé allí de pie y el tiempo pareció detenerse.

¿Se iba a mover? ¿Me iba a mover yo? ¿Nos habíamos tocado así antes? La sensación de su piel sobre la mía era embriagadora y no podía pensar en nada más.

Sentí que estornudaba e instintivamente retiré la mano y me tapé la boca.

"Lo siento", dije, y Edward negó con la cabeza.

"No, no tienes que sentir nada", murmuró.

Cogí mi bolso lo más rápido que pude y me fui.

Capítulo 14

Allie

Me ajusté uno de los únicos conjuntos no profesionales que había traído a la ciudad. Era una camisa turquesa fluida estilo años sesenta con mangas de campana, lazos en la parte delantera y una mariposa con lentejuelas en el centro. La combiné con una falda vaquera corta y unas zapatillas blancas gruesas que había comprado con Malia un fin de semana en un almacén de segunda mano.

"Hola, nena", me dijo Malia y entró en mi habitación. Habíamos desarrollado una política de puertas bastante abiertas en nuestra casa. Básicamente, si la puerta estaba abierta, eras bienvenido. Era muy sencillo y, por suerte, a las dos nos gustaba estar solas tanto como pasar el rato juntas.

"¿Te gusta mi camiseta?" le pregunté, y me giré para mostrarle mi atuendo para salir.

"Claro que sí, nena", dijo asintiendo con la cabeza. Llevaba un vestido negro asimétrico ajustado con unos vaqueros anchos debajo y unas sandalias desaliñadas. Era una combinación muy rara, pero a ella le sentaba de maravilla.

"Lo tengo desde hace años", le dije. "Pero me hace sentir como una sirena".

"Pues a mí me hace ilusión ir a divertirme con una sirena en vez de con una bibliotecaria jurídica", dijo riendo. "No es que vosotros no seáis divertidos, claro".

"No pasa nada", respondí riendo. "Lo entiendo".

"Ah, y te he preparado esto", dijo Malia, y me tendió una bebida de color rosa claro con unos cubitos de hielo en forma de corazón.

"¿Qué es? pregunté, y olfateé. Olía dulce y ácido, como un brillo de labios que había probado cuando era pequeña.

"Vodka de fruta de la pasión y refresco de lichi", dijo, y enarcó una ceja. "Sé que suena raro, pero está buenísimo".

"No suena nada raro", dije, y di un sorbo.

Estaba delicioso, dulce y refrescante, la bebida perfecta para una tarde de verano. Y mil veces mejor que el whisky que había bebido con Edward. Aquello sabía a seriedad, mientras que esto sólo sabía a pasar un rato divertido con mi amiga.

"No puedo esperar a que conozcas a Caro", dijo Malia. "Ella es mi amor en este momento. Cuando la conozcas entenderás por qué. Me recuerda a un hada de la vida real...".

Me alegró ver lo feliz que estaba por su enamoramiento, porque el mío me estaba comiendo viva. Era bueno recordar que el amor a veces no podía ser más que divertido. Podía ser tonto y parecido a un hada, y saber a fruta de la pasión y lichis en lugar de a documentos legales polvorientos y whisky ardiente.

Oí el familiar sonido de mi teléfono y se me iluminaron los ojos.

"Un segundo, Malia", dije, y di otro sorbo a mi bebida antes de coger el teléfono.

"Es viernes", me llamó desde la otra habitación. "¿Tienes una cita caliente o algo así?".

Era Edward.

Descolgué. "Hola, Edward", dije en voz alta para que Malia supiera que tenía que bajar la voz. Dejé de dar vueltas y se tapó la boca para poder reprimir la risa.

"Hola, Allie", dijo Edward con su voz siempre seria. "Soy plenamente consciente de que es

viernes por la noche, así que me gustaría disculparme por adelantado".

"Ah", dije, y esperé a lo que tenía que decir a continuación.

"Tenemos un pequeño problema", empezó. "Mercedes Rodríguez, ¿te acuerdas de ella?".

"Por supuesto que sí", dije. "Abogada de los Langford".

"Exacto", dijo. "Bueno, ella ha hecho un truco sucio. Quiere los registros financieros de nuestro cliente de los últimos veinte años, y también está acosando a Cameron por ellos. Es completamente innecesario, y creo que lo está utilizando para ganar tiempo, pero no puedo estar seguro".

"Eso es sucio", dije. "¿Qué ha dicho el juez?".

"Se han puesto de acuerdo", contestó, y casi sonó un poco impresionado por el matiz de todo aquello. "Odio tener que decirte esto, pero no vamos a estar preparados en el juzgado como lo estamos con esta nueva llave inglesa".

"No, lo entiendo del todo", dije.

"Odio pedir favores", dijo Edward inexpresivamente, y tuve la sensación de que no me encontraría con el enamorado de Malia esta noche después de todo.

Malia me lanzó una mirada desde la otra habitación, y me di cuenta de que estaba enfadada, pero intentaba ocultarlo. Obviamente quería salir y pasar un rato divertido con sus amigos guays. Pero estaba en la ciudad por una razón, y esa razón no era relacionarme con un grupo de bohemios a los que nunca vería después del verano.

Era para ganar.

"No es un favor", le dije a Edward. "Es mi trabajo. ¿Nos vemos en la oficina?".

"No, no", dijo Edward con una leve risa. "No te haré pasar por eso. Voy a enviar ahora mismo a un chófer para que te recoja y te lleve a mi casa. Avisa al conserje cuando llegues y te hará subir".

Colgó y yo volví a dejar el teléfono sobre la cama.

"Así que", dijo Malia, y se cruzó de brazos. "¿Me estás abandonando otra vez?".

"Por favor, no te enfades", dije, y di un sorbo a la bebida de lichi. "Te compensaré de alguna manera. Te prepararé la cena o algo".

"No te preocupes, cariño, no estoy enfadada", dijo. "Sólo decepcionada porque no podremos bailar toda la noche. Pero también tengo a mi Caro, así que no estaré tan triste sin ti".

"Bueno, Caro es una mujer muy afortunada", respondí.

"No sé", dijo con un guiño. "Mira, tú también te mereces divertirte un poco. Sé que estás volcada en estas prácticas, pero tu vida no puede girar sólo en torno a tu carrera. También hay otras cosas ahí fuera".

"Lo sé, lo sé", dije. "Pero también quiero esa beca. Y mira, yo también puedo divertirme".

Me bebí el resto del cóctel y Malia me miró impresionada.

"Vale, vale", dijo con una risita. "¿Vas a trabajar en tu salsa? Me gusta".

"Oh, para", dije, y cogí mi bolso y metí mi teléfono dentro. "Estaba delicioso, y habría sido una pena que se desperdiciara. Además, entre tú y yo, muchos de esos tipos beben en el trabajo al final del día".

"Cuando seas una abogada importante, vas a cambiar todo eso", dijo ella. "Va a ser todo martinis de estrella porno y mocktails a todas horas. Nada de esas cosas de viejos aburridos".

"¿Debería cambiar?" Le pregunté. La bebida en realidad me había hecho sentir un poco más confiada, y por alguna razón no quería volver a ponerme mi antigua ropa de trabajo.

"¿Estás bromeando?" preguntó Malia. "Te ha pedido que trabajes de repente un viernes por la

noche. Podrías estar ya en el bar o algo así. ¿Por qué no aprovechar la oportunidad mientras puedas? Que ese abogado tan guapo sepa cómo eres fuera de tu horario laboral. O, siendo más realistas, de siete a once".

"No es tan guapo", dije, y puse los ojos en blanco. "Es más bien... tan guapo que ofende a todas las criaturas amantes de los hombres del mundo".

"Y ahora puedes ir a su casa y hablar de cosas jurídicas", soltó Malia con una risita. "Oh, Edward, Edward... ¿cuál es el e pluribus unum en eso? ¿Puedo ver tu citación?".

"Para", solté una risita, y oí un pitido fuera.

Malia corrió hacia la gran ventana del salón antes de que yo pudiera llegar y me saludó con la cabeza.

"Hay un enorme todoterreno negro fuera", dijo. "Y tengo la sensación de que es para ti".

"Adiós, Malia", dije. "Y espero que te lo pases muy bien con Caro".

"Lo haré", dijo.

Cogí mi bolso y me fui.

"Allie Adams, estoy aquí para ver a Edward Macintosh..." Le dije al tipo del mostrador metálico, elegante y moderno.

El vestíbulo de la casa de Edward era abrasivamente contemporáneo. Me sentía más como en un aeropuerto que en un edificio de apartamentos.

El hombre del mostrador chasqueó el ordenador e indicó un ascensor a la derecha.

"El ascensor le llevará a su casa", dijo.

"Lo sé", dije amablemente. "Pero, ¿a qué planta?".

El hombre alto y calvo me miró extrañado.

"Sólo tiene que entrar en el ascensor", dijo, y dudé en acercarme.

La puerta se abrió justo delante de mí y entré en el ascensor. Las puertas se cerraron de inmediato sin que yo tuviera que hacer nada, y me subieron al piso de arriba.

Vaya. ¿Qué clase de lugar es éste?

Cuando se abrió la puerta, me dieron la bienvenida a una sala de estar diáfana con suelo de mármol a la izquierda y moqueta a la derecha. Había sofás de cuero color crema y un escritorio en el otro extremo de la sala, así como una pequeña escalera de madera oscura al fondo que conducía a otro rellano.

Salí del ascensor, que se cerró tras de mí. De repente oí pasos a mi derecha y Edward salió de otra escalera.

Tenía un aspecto muy distinto al que le había visto antes. En lugar de su habitual traje perfectamente entallado de Brooks Brothers, llevaba una camiseta blanca que le cubría los anchos hombros. Siempre supe que su cuerpo debía de ser perfecto debajo del traje, pero la camiseta delineaba una "V" perfecta en su torso que descendía directamente hasta sus holgados pantalones de chándal marrones.

"Lo siento", dijo, y se rascó la nuca. "Estaba en la ducha.

Olía a jabón de ducha caro, algo parecido a la bergamota. Me fijé en que aún tenía el pelo ligeramente mojado y parecía una estrella de cine.

"Tranquilo", le dije.

Entrecerró los ojos y asintió ante mi aspecto. No sabía si lo desaprobaba mentalmente o no, y

no pude evitar sonrojarme.

"Parece que te arrastré lejos de algo divertido", dijo. "Lo siento".

"No te preocupes", le dije. "Siempre hay otras fiestas".

"Tal vez para algunos", dijo, y me acercó a uno de los sofás color crema. Me di cuenta de que había adquirido un montón de las conocidas papeleras de plástico llenas de expedientes, y supe que iba a estar rebuscando en ellas toda la noche.

"Ah", dije. "Siento que sé lo que viene a continuación".

"Me encanta cuando me lees la mente", dijo Edward antes de hacer una pausa y mirarme. "Es, uh, viene fenomenal, especialmente en un caso como este. Así que este es el historial financiero de Langford de los últimos veinte años".

"¿Y debo buscar algo que valga la pena señalar?"

"Eso es exactamente", dijo, y me acercó una caja de archivos.

Acerqué la caja de plástico y me senté en uno de los sofás. Edward hizo lo mismo y nos sentamos el uno frente al otro, ordenando archivos, subrayando papeles y tomando notas, hasta que empecé a marearme.

"Oh, tío", dije distraídamente, y estiré los brazos en el aire. Edward se dio cuenta de lo cansada que estaba, porque también se levantó de su asiento y sacudió la cabeza.

"Creo que pediré una pizza", dijo. "No quiero que te desmayes de hambre. ¿Comes carne? ¿Te gusta el pepperoni?"

"Por supuesto" Pidió la pizza y seguimos revisando archivos.

Incluso cuando llegó la pizza, comimos en silencio y seguimos ordenando expedientes. Había guardado el móvil y no tenía ni idea de la hora que era, pero sabía que seguro se me había pasado la hora de acostarme. Bueno, supongo que era viernes, aunque lo pasara así.

Las horas parecían pasar volando mientras un número tras otro se alojaba en mi cerebro. Me había dedicado a la abogacía porque me gustaba jugar con las palabras, pero ahora me parecía un sinfín de información.

A estas alturas estaba sentada en el suelo. Edward seguía esforzándose por examinar los expedientes y se pasaba las manos por el pelo. Estaba completamente hipnotizada por sus manos. Eran tan fuertes, tan bonitas y estaban tan bien cuidadas que no me di cuenta cuando me miró a los ojos.

"¿Allie?", preguntó.

Me sobresalté. "Oh, Dios", dije, y empecé a guardar algunos papeles. "Debo haberme... quedado dormida con los ojos abiertos".

"No pasa nada", dijo. "Es tan tarde que es temprano. Mira".

Miré a mi derecha y me di cuenta de que una luz empezaba a asomar por encima de los rascacielos, y no era una luz artificial. En su lugar, era el sol, y no quería ni saber cuánto tiempo llevábamos allí.

"Madre mía", dije. Juro que incluso pude oír algunas sirenas, que eran como el equivalente a los pájaros aquí en la ciudad.

"Sí", dijo él. "Esto es mucho. ¿Quieres una taza de café?"

"No, gracias", dije, y me estiré. "Creo que en realidad he acabado más tarde que si hubiera salido con los amigos. Pero no, creo que ahora me voy a casa".

"Muy sensato por tu parte", dijo, y se levantó. "Te acompaño a la puerta".

Me ofreció la mano y se la cogí. Inmediatamente, sentí que ya no quería ir a la cama. Me sentí como si flotara en una nube pura de adrenalina y calor, y que nada podría derribarme.

"Umm", tartamudeé mientras me levantaba. "Gracias".

Di un paso para ir hacia la puerta, pero su mano se quedó en la mía. No quería separarme de él ni un segundo, y tenía la sensación de que él sentía lo mismo.

Miré hacia atrás para ver si me guiaba hacia la puerta, pero su mirada me inmovilizó.

Su mirada se detuvo en mis labios y, antes de que me diera cuenta, me cogió por la nuca y acercó mi cara a la suya.

Por fin.

Ni siquiera quería admitir que eso era lo que había estado esperando, pero así fue. Todo se agolpó en mi interior. Las noches pasadas en la oficina, el anhelo de que me mirara, de que me encontrara guapa. Cada momento me había llevado a esto, y ya no sentía que controlara mi cuerpo.

Sus labios eran tan suaves y su cuerpo tan cálido contra el mío. Sentí que mis rodillas flaqueaban ante su fuerza. Me rodeó la cintura con otro brazo fuerte y me apretó más. Era tan cálido que quería empujar mi cuerpo contra el suyo y quedarme allí para siempre. Quería que nuestros cuerpos se fundieran en el mismo calor como oro fundido. Me excitaba su tacto.

Pasé las manos por su espeso y precioso pelo. Me acercó a él antes de inclinarse ligeramente y levantarme.

Rodeé sus caderas perfectas con las piernas y lo besé aún más fuerte. Separé ligeramente la boca y dejé que su lengua se encontrara con la mía. Su sabor me provocó escalofríos desde la boca hasta la entrepierna.

Al momento siguiente estaba de nuevo en el sofá color crema y él estaba inclinado sobre mí, besándome. Era como todos los sueños sucios que había tenido con él y que había intentado apartar de mi mente. Pasó sus fuertes manos por debajo de mi delicada camisa y la sensación de su piel contra la mía prácticamente envió ondas de choque por todo mi cuerpo.

Podría haber gritado de placer, pero no quería desconectarme de él ni un solo segundo. No llevaba sujetador y mis pezones estaban duros para él. Pasó sus manos desde mi espalda hasta mis pechos. Su mano se deslizó sobre mi pezón y una oleada de calor recorrió mi cuerpo.

No pude evitar gemir cuando empezó a besarme la mandíbula.

Estaba más mojada que nunca, y la sola sensación de su contacto con mi cuerpo me provocó una descarga eléctrica. Nunca me había sentido así con nadie. Era como si mi cuerpo estuviera completamente magnetizado al suyo, como si no pudiera detener la sensación aunque quisiera.

De repente, una bola negra de pelo se abalanzó sobre la espalda de Edward, que soltó un grito frustrado y se incorporó bruscamente.

"¡Midnight!".

Yo seguía prácticamente jadeando por su contacto con el mío, pero cuando vi que se nos había unido un pequeño gato negro con un cascabel alrededor del cuello, me sentí menos excitada y más divertida.

Entonces me invadió una sensación de horror.

"Oh", dije. "Oh... oh no".

"Joder", murmuró Edward en voz baja. "Ese gato es un grano en el culo".

"No, es mono", dije, y me apresuré a incorporarme.

Dios mío. Había ocurrido de verdad. Mi imaginación se había disparado estas últimas semanas, pero ahora se había hecho realidad.

"Debería irme", dije, y me levanté.

Por mucho que lo hubiera deseado, esto no podía suceder. Tenía que poner en orden mis

sentidos, aunque me parecía que Edward los controlaba todos.

¿Cómo demonios me permití hacer eso? Estaba aquí para ser abogada, no una especie de seductora. Creía que el flechazo sólo estaba en mi imaginación, pero ahora estaba aquí, en el mundo real.

Y tenía que volver a verlo el lunes.

"Allie", dijo Edward. "Allie, espera".

"Te veré el lunes", dije, y me dirigí hacia el ascensor.

Esta vez, ni siquiera saludé al conserje mientras salía. Necesitaba aire, y rápido.

Por suerte, la mañana era fresca y hasta podía oír el canto de algunos pájaros de verdad. Llamé a un taxi, a pesar de que no podía permitirme ese lujo, pero sólo pensaba en irme.

El taxi llegó y me subí a él, más consciente del olor a humedad y cuero. Me temblaban las rodillas y aún tenía la cara caliente.

No debería haberlo hecho.

Pero lo único que quería era volver a hacerlo.

Edward

Respiré hondo varias veces para intentar controlarme. Sentía como si toda la sangre de mi cuerpo hubiera ido a parar a mi polla, y prácticamente me temblaban las manos.

Dios mío. ¿Qué demonios acabo de hacer?

La imagen de Allie saliendo de mi apartamento se me quedó grabada en el cerebro. La forma en que su camisa turquesa ondeaba en el aire y la hermosa piel que había debajo.

Miré los ojos verde eléctrico de Midnight y por un momento nos quedamos mirándonos.

Allie se había ido. ¿Quién sabía si quería volver? Parecía que me había deseado tanto como yo a ella, pero ni siquiera recordaba quién había besado a quién primero. No podía resistirme a su cabello suave y hermoso, a la forma en que me miraba...

Esto era un desastre, y no había trabajado tan duro para que mi legado se arruinara después de una noche. Y nada menos que con una becaria.

¿Socio en Harmony & Gold? Quién lo iba a decir, ahora que Harmony quería partirme la cara por hacer mi trabajo. Y ahora que me había pasado de la raya, tendría suerte de conservar mi trabajo si alguien se enteraba.

No quería hacerle daño a la chica, pero tendría que mantenerla a distancia. Mi trabajo estaba en juego. Mi reputación.

Y la apuesta.

Si no ganaba esos 500 mil, no podría conseguir mi nueva casa. Esta chica representaba demasiado para mí como para joderlo todo. Y ella representaba demasiado para mí de todos modos. Cada mañana su sonrisa me sacaba de mis casillas. La forma en que hablaba, la forma en que me miraba...

Todo esto tendría que terminar. Tendría que ser disciplinado. Por suerte se me daba bien la disciplina.

O al menos, eso creía.

Capítulo 15

Allie

El lunes siguiente, la sala de reuniones estaba en completo silencio.

Carol vigilaba a los becarios y a sus respectivos abogados, que estaban examinando los expedientes de los miembros del consejo de Harmony & Gold y elaborando informes.

Se trataba de evaluar nuestras habilidades de comunicación entre los departamentos y el consejo, y ni siquiera los abogados lo disfrutaban especialmente.

Este mal necesario era como una condena de lo tensa que me sentía. Por suerte, me limité a ordenar documentos y tomar notas en lugar de comunicarme mucho con Edward, que estaba sentado al otro lado de la mesa.

Podía sentir su mirada clavada en mí, aquella por la que había suspirado todas aquellas semanas. Pero esta vez no la deseaba. Sólo quería liberarme de todo aquello, ser la abogada alegre y ambiciosa que creía ser cuando llegara a la ciudad.

De repente se abrió la puerta y entró el señor Harmony.

"Harmony", dijo Patrick, y levantó una mano para saludar al abogado.

Randy, el becario de Patrick, me miró y luego volvió a mirar al señor Harmony. Se pasó una mano por el pelo rubio y me miró enarcando una ceja.

"Allie", dijo de repente el señor Harmony, y levanté la vista hacia él.

"Para tu informe a la junta sobre la evolución del caso Langford, supongo que serán necesarias muchas lagunas para no hacernos quedar como los malos. ¿Has redactado tu posición?"

Lanzó una mirada a Edward, que me devolvió la mirada a mí y luego a Harmony.

"Lo siento", dije tensa, "¿podrías preguntarlo otra vez?"

"En realidad hemos estado pensando lo mismo", intervino de repente Randy. "He redactado un documento con los detalles que tendremos que dar a la junta", dijo Randy. Patrick y él intercambiaron una mirada.

Gina Prince se rio para sus adentros mientras seguía subrayando páginas con rotuladores azul pastel. Ni siquiera sabía que hicieran subrayadores azul pastel.

"Ummmm", balbuceé, y observé cómo Randy le presentaba una página al señor Harmony.

"Muy bien", dijo, y me lanzó una mirada.

Me di cuenta de que Edward me miraba fijamente, pero no quise sentirlo. Me ardía la cara por aquella breve pero terrible interacción con el señor Harmony.

¿Cómo se atrevía a hacerme sentir que no merecía estar allí? Yo también había elaborado una lista de detalles, pero aquí todos querían ganar más que nada.

¿Querían un pedazo de mí? De acuerdo. Si querían jugar sucio, yo jugaría igual de sucio.

Después de la reunión, me levanté y hui de la habitación. Me dirigí al ascensor, pero de repente sentí una mano en el hombro.

Levanté la vista y Edward estaba de pie junto a mí. Estaba tan guapo como ayer, pero algo en mí era incapaz de soportarlo. No quería mirar sus preciosos ojos ahora mismo, aunque en un mundo ideal quisiera perderme en ellos. Sólo quería irme a casa, desaparecer y dejar esta locura.

"Hola", dije casi sin aliento, y supe que aún me tenía agarrada.

"Mira", dijo. "Siento lo del viernes por la noche. No estuvo bien por mi parte, y prometo que no volverá a ocurrir".

Sentí que se me hundía el estómago. Lo único que deseaba era que volviera a ocurrir, pero durante más tiempo, para siempre, no quería que sus manos abandonaran mi cuerpo.

"De acuerdo", dije, y volví a encontrarme con sus ojos.

De repente, estaba de nuevo allí, y él se inclinaba sobre mí. La sensación de su mano en mi nuca había dejado una huella permanente que temía no olvidar jamás.

"¿Estás bien?" Preguntó, y yo asentí.

De repente, por el rabillo del ojo, apareció una figura familiar. Era Gina, y estaba de pie en el marco de la puerta de la sala de reuniones observándonos.

Gina se echó el pelo hacia atrás y se dirigió hacia el despacho de Brendan, pero no pude evitar la sensación de que nos estaban observando.

Edward

"Gracias por recibarnos de esta manera tan civilizada", dije a la oposición apretando los dientes.

Mercedes Rodríguez estaba sentada con suficiencia en el lado opuesto de la mesa. Estaba flanqueada por los dos gemelos Langford, que ponían sus habituales caras de lloriqueo. Iban todos vestidos de rojo, y no sé si era para intentar distraer o alguna idea que Rodríguez había sacado de El arte de la guerra. En cualquier caso, era una declaración de intenciones.

"Gracias por recibarnos", contestó Mercedes, y se apartó el pelo castaño rizado de la cara. Tuve que contenerme para no fruncir el ceño, teniendo en cuenta lo insistentes que habían sido todo este tiempo, pero se me daba bien mantener la calma. De hecho, era prácticamente el mejor.

"Me gustaría comenzar esta reunión ofreciéndole una oportunidad más", dije. "Una última oportunidad para aceptar las condiciones justas que hemos establecido para esta adquisición corporativa. Son las condiciones que creo que beneficiarán más a mi cliente y que ambos consideramos adecuadas al contexto. ¿Qué dicen ustedes?"

Sandra y Simon Langford miraron a Mercedes y negaron con la cabeza al unísono.

"No aceptaremos estas condiciones", dijo Mercedes. "A diferencia de ustedes, no las consideramos ni justas ni contextualmente apropiadas. De hecho, consideramos que esta adquisición corporativa es una injusticia atroz para una familia americana trabajadora".

"No hace falta que intente convencerme", dije, "conozco la historia de los Langford. Puede guardarse todo eso para el juez".

Algunas personas murmuraron. Sabía que era Cathy, pero hoy no teníamos tiempo para los discursos habituales.

"Muy bien, Edward", dijo Mercedes, y sacudió la cabeza. "¿Tiene tu equipo algo más que ofrecernos hoy aparte de esa mendicidad?"

No puedo creer que describiera mi oferta como un ruego. Mercedes era una listilla, utilizando terminología jurídica en un juego de palabras como ese. Pero por suerte yo tenía algo que les haría temblar en sus asientos.

"Tengo entendido que la familia Langford tiene una larga historia", dije. "Bastante influencia local en algunas circunstancias".

"No sé a qué te refieres", contestó Sandra, y Mercedes le lanzó una mirada como haciéndole saber que era a ella a quien le tocaba hablar.

"Según tengo entendido, tu tío abuelo, Barney Langford, causó bastante revuelo en su época", dije. "Tanto que sus padres, tus bisabuelos, insistieron en cambiarle el nombre. De Barney Langford a Arnold Butler".

Las caras de Simon y Sandra se pusieron blancas, y las miradas se lanzaron por toda la sala.

Este había sido mi carta de oro durante la última semana. En cuanto me enteré de que el legado de los Langford se había visto empañado por un intento de asesinato del senador local, tuve el presentimiento de que los Langford saldrían pintados en los medios de comunicación. Se acabó la bonita institución familiar americana. Si esto salía a la luz, tendrían tantas sospechas a su alrededor como los Kennedy.

Sentí que un par de ojos me miraban fijamente y miré a Cameron a mi derecha, que parecía no haber pestañeado en todo un minuto.

Miré a Allie, que se apartó el pelo color miel de la cara. Parecía interesada, pero tímida. En eso consistía ser un degollador. No siempre se trataba de cifras y hechos. Si alguien más se enteraba de esto, sería una pesadilla de relaciones públicas para el pobre Simon y Sandy Langford.

Una vez repasados el resto de detalles y preparativos para el juicio, llegó el momento de levantar la sesión, por así decirlo. Allie salió corriendo de la sala tan rápido como le fue humanamente posible y, mientras yo recogía mis cosas, Cameron se acercó y me susurró.

"Edward", dijo. "Eso va a ser un infierno de relaciones públicas para esa familia si sale a la luz".

"Por eso lo he dicho", respondí secamente, y me fijé en que Mercedes Rodríguez seguía organizando papeles al otro lado de la habitación.

"Perdona, Cam", dije, y me abrí paso junto a él para dirigirme a Mercedes.

"Hola", le dije a mi digna adversaria. "¿Te importa si te pregunto algo?"

Mercedes se aseguró de que sus clientes estaban fuera de la habitación antes de asentir.

"No quiero entrometerme", dije. "¿Pero cómo demonios pueden pagarte estos tíos? He visto todas las declaraciones de la renta de los últimos diez años y los números no cuadran".

"¿Qué, también vas a llevar esto a los tribunales?". Preguntó, y puso una mano en su cadera. "¿La familia Langford hace creer a su abogado defensor que la merecen?"

"No", dije. "Lo habría mencionado en la reunión si fuera a hacerlo".

"Lo sé, Edward", suspiró. "Te conozco desde hace tiempo. Pero estoy trabajando pro bono para ellos".

La frase pro bono no había aparecido en mi vocabulario desde mis primeros días en Bedford. Prácticamente tuve que levantar la mandíbula del suelo antes de volver a hablar con ella.

"¿En serio?" pregunté. "¿Te has vuelto loca?"

"No, todo lo contrario", dijo encogiéndose de hombros. "Los Langford son una institución desde los tiempos de mi abuelo. Sentí lástima por ellos cuando me enteré del caso. También son grandes figuras en su comunidad, y no lo di por sentado. No me parecía bien que se ahogaran solos".

"Pero esto no es un caso de caridad", dije mientras intentaba atar cabos sobre lo que me estaba contando. "Eres una profesional, Mercedes".

"Soy consciente", dijo. "Y de hecho creo que esto es un gran mérito para mi profesionalidad. Si te importara una mierda alguien o algo en lugar de limitarte a discutir, quizá entenderías de dónde vengo. Quizá algún día, cuando estés en el mundo real con el resto de nosotros, mirarás atrás y entenderás a qué me refiero. Nos vemos en el juzgado".

La abogada cogió su maletín y salió bailando de nuestro despacho.

Primero Harmony, luego todo con Allie, ahora esto. Todo en lo que había puesto todo mi esfuerzo parecía desmoronarse ante mis ojos. Había construido mi carrera a base de ganar todos los casos, fuera como fuera, y ahora, cuando estaba a centímetros del nuevo nivel de mi carrera,

¿todo el mundo dudaba de mí?

Capítulo 16

Allie

Esa misma tarde, cuando la sala de juntas principal quedó vacía, Carol nos dejó utilizarla para tomar notas y ordenar archivos. Estaba a punto de entrar con unos paquetes del caso Langford, pero oí voces dentro.

"Oye Jerome, ¿tengo muy mala pinta hoy?" Escuché al imbécil de Randy preguntarle al otro interno.

"Tu sombra de las cinco parece más bien la de las nueve", respondió con voz suave y divertida. "Es decir, tienes una pinta de mierda. ¿Trabajaste mucho anoche?"

"No tienes ni idea, tío", dijo Randy riendo por lo bajo. "Esas prácticas son mías. Estuve trabajando en la promoción inmobiliaria de Kroningen toda la noche y di con oro".

Decidí entrar de todos modos, sólo para dejar claro mi punto de vista. Como era de esperar, ninguno de los dos reconoció mi existencia, ni siquiera cuando bajé de golpe el sobre morado que contenía más historiales financieros de los que yo sabía qué hacer con ellos.

"Ese es el que Patrick dijo que le estaba rompiendo", dijo Jerome. "¿Verdad? Creo que me lo dijo en el bar de ostras el otro día".

"Exacto, tío", dijo Randy, y me lanzó una mirada antes de volver a Jerome.

"¿Y qué dijo Patrick cuando lo vio?" Preguntó Jerome. "¿Dio un lindo saltito en el aire?"

"De ninguna manera", dijo. "En realidad todavía está en mi mochila. Pero te avisaré cuando decida coronarme rey de Harmony & Gold".

"No estoy tan seguro de que tengas poder para hacer eso", dijo Jerome riendo por lo bajo. "Pero, en cualquier caso, enhorabuena".

"¿Cómo va tu caso?" preguntó Randy.

"Como si fuera a decirte algo", añadió Jerome con un guiño, y Randy volvió a sentarse y siguió a lo suyo.

Oí que llamaban a la puerta y Carol apareció con un precioso traje color melocotón y tacones negros.

"Buenos días, chicos", dijo. "Hay un catering abajo si tenéis hambre. Acaba de terminar un evento de empresa y han dejado un montón de cosas. Es de una gran calidad, así que yo me daría prisa".

Los chicos se lanzaron una mirada y se apresuraron a salir de la sala de juntas sin más demora.

No quería que se me pasara por la cabeza, pero se me pasó. Randy me había hecho sentir como una idiota el otro día, casi tan estúpida como me había sentido el primer día de prácticas.

Quería que sintiera esa vergüenza. Esa vergüenza que hervía la sangre y te paralizaba.

Al momento siguiente, fue como si mi cuerpo me arrastrara por los movimientos. Me levanté de donde estaba sentada.

No. De ninguna manera. Esta no podía ser la Allie que todos conocían. No la Allie que mi padre había criado.

Miré su mochila y supe que allí estaba la clave de su confianza. Lo pondría en ventaja para algo que yo quería, y había una parte de mí a la que no le importaba un carajo. Yo quería esas prácticas. Me merecía las prácticas. Si era lo bastante lista como para sabotearle, entonces era lo bastante lista como para ganar.

Cogí el sobre y cerré la bolsa. Luego salí con cuidado de la habitación y caminé hasta la sala que había junto al ascensor, donde estaban las taquillas. La taquilla de Randy llevaba su nombre.

A diferencia de él, yo solía dejar mis cosas en el despacho de Edward. Abrí la taquilla azul donde estaba la carpeta y se abrió de golpe.

Qué fácil. Demasiado fácil.

Eché un vistazo rápido para ver si Carol o alguno de los otros abogados estaban mirando. Pero parecía que todo el mundo estaba trabajando o distraído con la comida gratis, así que sonreí al ver el abrigo North Face y la mochila roja que tenía delante.

Abrí la cremallera de la mochila roja y encontré un sobre marrón de aspecto llamativo. Tenía que ser ése.

Edward no hacía prisioneros, y yo tampoco. Estaba perdiendo la paciencia con este mundo. Si tenía que aceptar el reto, lo haría.

Se lo merecía por dejar sus cosas en una taquilla sin cerrar.

Caminé tranquilamente desde los vestuarios hasta el despacho de Edward, sintiéndome más poderosa y serena de lo que me había sentido en toda mi pasantía. Era una sensación particularmente maligna, no una que me hiciera sentir bien, pero definitivamente una que me hacía sentir algo drogada.

Edward estaba en una reunión de la junta, así que me tomé la libertad de ir a uno de sus archivadores. Saqué el cajón de metal frío y saqué todos los papeles del sobre y los metí en unas declaraciones de la renta de hacía cinco años.

Le estaba bien empleado a Randy por intentar avergonzarme. Tenía la sensación de que pronto iba a probar de su propia medicina.

Volví a la sala de juntas y me ocupé de mis propios papeles durante un rato antes de empezar a oír que cundía el pánico.

"Juro que lo tenía", oí decir a Randy a través de la pared. Debían de estar en la biblioteca jurídica, que compartía pared con la sala de juntas principal.

"Esto es una pérdida de tiempo impresionante si no lo tienes, Randy", dijo Patrick. "Sé que se supone que debemos hacer sacrificios, pero prácticamente te estabas quedando dormido ahí abajo. ¿Estás seguro de que estaba en tu bolsa? ¿No lo dejaste en mi oficina, o algo así?"

"Te juro que no", dijo. "Esto es imposible. Absolutamente imposible".

"Deja de jurar, Randy", dijo Patrick con calma. "Mira, ese archivo era de los ochenta. Si tú no lo tienes, entonces te aseguro que no sé quién tiene una copia".

"Dios mío, Dios mío", oí a Randy empezar a hiperventilar.

Cada hueso de mi cuerpo me decía que entrara y le contara lo que había pasado. Confesar mis transgresiones y devolverle el sobre. Quería ser aquella chica de primer año que se quedó atrás y ayudó a su compañero en la carrera.

Pero ahora las cosas eran diferentes. Yo estaba en el mundo legal, y esto no era sólo una carrera del condado.

Esto era el resto de mi vida, y conseguir una beca para Bedford significaría todo.

Así que me senté y apreté la mandíbula mientras escuchaba a Randy convertirse progresivamente en un charco de preocupación.

"Randy, cálmate", dijo Patrick. "Aclara tus ideas".

"No puedo", dijo, y oí un ruido sordo. Dios mío. ¿Realmente había golpeado una pared de yeso?

"No quiero pasar el resto de mi vida despierto hasta el amanecer", dijo. "No puedo hacer esto."

Odio estar aquí. No me lo merezco. Renuncio. Renuncio".

De repente, la puerta se cerró de golpe y vi a Randy corriendo por el pasillo con la cabeza entre las manos.

No puede ser.

No pensé que realmente renunciaría. Es decir, sabía que tendría que esforzarse un poco más para impresionar a Patrick, pero absolutamente nada a esta escala.

Respiré un poco y traté de no culparme demasiado, aunque esto era categóricamente mi culpa.

Vamos, Allie. Si es tan estúpido como para comportarse así e intentar enemistarse contigo, ya sabía lo que se merecía.

Intenté escuchar la voz, pero por alguna razón ya no sonaba como la mía. No reconocí quién hablaba.

Capítulo 17

Edward

"El próximo miércoles es mi cumpleaños", murmuró Allie, y siguió recortando papeles para prepararse para el juicio.

"Qué emocionante", dije con rotundidad. Me costaba mostrarle alguna emoción desde que había decidido cortarla para siempre. Era demasiada tentación, y no era un momento en el que necesitara tentaciones.

"Soy Cáncer", dijo. "Un signo muy emocional".

"Yo no sigo esas cosas", dije, aunque aquello era ligeramente mentira. Sabía que era Capricornio, y mi madre me había dicho constantemente que actuaba como uno lo suficiente como para al menos tomármelo un poco a pecho.

"Me parece justo", dijo. "¿Te has enterado de que Randy se ha ido?".

Patrick me había contado que a su becario le había dado un ataque de nervios en la biblioteca jurídica y había abandonado el bufete. No podía creer que alguien pudiera hacer algo tan precipitado, pero, de nuevo, era una profesión dura. Y tampoco es que a Patrick le importara tanto La Apuesta de todos modos.

"Sí, me lo ha dicho Patrick", le dije. "Dice que tuvo un despertar religioso o algo así".

"No pudo encontrar un archivo", dijo Allie ligeramente vacilante, y por alguna razón se me ocurrió mirarla.

"¿En serio?" pregunté, repentinamente interesado. "¿Por qué?".

"Porque lo cogí de sus pertenencias y lo escondí", dijo con naturalidad.

Sentí una fría sacudida en la espalda. Conocía ese tono, esa insensibilidad.

Era mío y se lo había inculcado. Mi inocente becaria desaparecía y surgía una compañera curtida en el mundo de la abogacía.

En cierto modo, respetaba su franqueza. Pero en otros aspectos detestaba que empezara a parecerse a alguien que no era. Alguien como yo.

También había otro problema. En la apuesta se decía explícitamente que los becarios no podían sabotearse entre sí.

Pero, ¿qué iba a hacer yo ahora? Ella no sabía nada de la apuesta y yo no había participado en su sabotaje. Nos habíamos ocultado secretos, pero no iba a contarle los míos.

Allie

Como mi cumpleaños era durante las vacaciones de verano, normalmente podía pasarlo con amigos haciendo algo divertido.

Pero este año estaba de vuelta en la oficina, archivando papeles y cosas por el estilo. Me alisé la falda azul oscuro antes de entrar en el despacho de Edward.

"Buenos días", dijo él sin levantar la vista, y yo coloqué mi bolso a un lado y cogí mi portátil.

"Buenos días", dije. Había mencionado mi cumpleaños la semana pasada, pero no sabía si él se había acordado.

"Y feliz cumpleaños", dijo, y me miró.

Le miré a los ojos y de repente todo me vino a la memoria. El beso, su sofá, todo. Había estado

soñando con ello desde entonces, y era difícil de olvidar. De hecho, era casi más fácil olvidarlo mientras trabajábamos. Podía concentrarme en lo que estaba haciendo y hablábamos del caso. Éramos profesionales. Pero cuando estaba sola, sólo podía pensar en la sensación de su cálida piel contra la mía.

"Oh, gracias", dije, y sentí mis mejillas enrojecer. "Muchísimas gracias".

"Toma", dijo, y puso una cajita negra sobre la mesa.

Dios mío. Mi corazón empezó a hincharse y me sentí mareada.

"¿Eso es...?" Empecé, y mi mirada se desvió entre él y la caja.

"Es para ti", dijo, sonrió y apoyó la barbilla increíblemente afilada en las manos. Hoy llevaba una camisa blanca abotonada sin corbata; estaba increíblemente guapo, como salido de un anuncio o algo así.

Dudé si acercarme al mostrador, pero mis pies me llevaron de todos modos. Entonces cogí la caja muy despacio y la abrí.

Dentro de la caja había un diminuto alfiler de oro con una mariposa.

"Oh", dije. "Esto es tan...".

"Lo vi en una tienda de segunda mano", dijo. "Y recordé que la camisa que llevabas tenía una mariposa".

No recordaba ninguna de mis prendas de trabajo que tuviera mariposas hasta que de repente caí en la cuenta y me sonrojé. La camiseta turquesa de la noche que nos enrollamos.

Tuve que respirar hondo varias veces antes de volver a mirarle. Sus ojos no se habían separado de mí ni un segundo, y podía sentir su mirada clavada en mí.

"Muchas gracias", le dije. "Muchas gracias. Lo cuidaré muy bien".

"Estoy seguro de que lo harás", dijo, y sonrió levemente.

Me abroché el broche a mi top mariposa real para cenar con mi padre. Obviamente, no conocía ningún sitio de la ciudad, pero Malia me había recomendado un restaurante francés muy mono cerca de casa y mi padre estaba encantado de probar la sopa de cebolla.

Cuando llegó la comida, le hablé de mi trabajo.

"Básicamente, su empresa lleva años quebrándose", le dije entre patatas fritas, "si te lo puedes creer. Langford es un gran nombre, ¿verdad? De todos modos, estamos intentando hacerles una oferta... o, en realidad, se la está haciendo el cliente de Edward, que está llevando todo el caso. Estamos haciendo una oferta para toda la empresa. Pero es un coñazo, porque no ceden en nada, en nada".

Mi padre me miró sin comprender y asintió. Probablemente no le interesaban los aspectos empresariales, pero aun así quise compartir con él todo en lo que había estado trabajando.

"Entonces, ¿crees que te está gustando el derecho corporativo?", preguntó, y bebió un sorbo de agua.

"Sí", dije asintiendo con la cabeza. "Pero también hemos estado estudiando muchos otros aspectos de este caso. Hay leyes de zonificación, impuestos y todo tipo de cosas. He aprendido mucho de mi jefe, Edward, es genial en todo. Me ha dado una nueva visión del mundo legal".

Mi padre asintió lentamente y se encogió de hombros, lo que me puso un poco nerviosa. Pero seguí contándole los pormenores del caso entre bocados de patatas fritas hasta que miré hacia abajo y me di cuenta de que mi plato estaba vacío.

"Eso es mucho, Allie-gator", dijo mi padre. La camarera se llevó nuestros platos.

Aunque mi padre estaba igual que siempre, con su camisa de franela y sus vaqueros desteñidos, me dio una sensación rara.

"¿Pasa algo malo?" le pregunté. Me miró.

"Bueno...", dijo, "no, no pasa nada. Mira, sé que vivir en la ciudad requiere mucha energía, y estar en el mundo legal es realmente despiadado. Pero tú pareces muy... diferente". Se encogió de hombros.

Sentí que se me revolvía el estómago. "¿Cómo que diferente?" le pregunté. "¿En el buen sentido o en el malo?".

"Sólo diferente", dijo. "La Allie abogada es mucho más dura que la Allie con la que he pasado tanto tiempo en los últimos años. Y mira, el cambio es natural. Pero este caso Langford suena realmente intenso... así como tu jefe. Suena como un verdadero tipo duro".

"No es tan duro", protesté. "Sólo es genial en su trabajo...".

"Bueno, esa pobre familia está perdiendo su negocio", empezó. "Y en lugar de tener realmente en cuenta su humanidad, estás aquí sujetándoles la cabeza bajo el agua y esperando a que se rindan".

"Eso es un eufemismo horrible", dije. Podía sentir que algo me punzaba, pero él no entendía lo que significaba ganar en el mundo jurídico.

"Esto es lo que hace falta para triunfar en este mundo, papá", continué. "El cliente contrató a Harmony & Gold por miles de millones de dólares, nosotros sólo hacemos nuestro trabajo".

"Lo sé, lo sé", dijo. "Como he dicho, sé que es despiadado. Y paso todo mi tiempo en la naturaleza, así que entiendo que ahí fuera es la supervivencia del más fuerte. Pero no olvides quién eres, Allie. La vida es más grande que una pasantía. Y como dijiste, Langford es un gran nombre. No me gustaría que siguieras ciegamente algo en el calor del momento porque hay mucho dinero sobre la mesa y luego te arrepintieras en unos años. Incluso si tu jefe es bueno en su trabajo, hay ética implicada en todo esto".

"No me arrepentiré", me defendí.

¿Cómo iba a arrepentirme de lo que me iba a conseguir una beca para Bedford? Sabía que era un caso destacado, tenía que hacer sacrificios por mis sueños. Y si aceptar un trabajo que mis seres queridos no aprobaban formaba parte de ese sacrificio, también tenía que hacerlo.

O al menos, eso creía. ¿Pero tenía razón mi padre? Sentía que me había obsesionado tanto con Edward que había olvidado quién era yo.

Capítulo 18

Allie

Edward ya se había ido a la sala de juntas cuando llegué a la oficina de Harmony & Gold a las ocho y media. Entré en su despacho y dejé mi maletín en el sillón de cuero oscuro donde vivía casi todos los días, antes de coger algunos de mis expedientes jurídicos y unirme a él.

Eché un vistazo al despacho. El whisky en la estantería, los expedientes desparramados sobre la mesa. Había una taza vacía con manchas de café que debió de beberse justo antes de que yo llegara.

Este lugar no sólo era el centro de mi semana laboral, sino que también se había convertido en el centro de mi mente. Sabía que me esperaba una época intensa cuando vine a hacer las prácticas, pero ni siquiera eran las prácticas lo que me había obsesionado.

Era Edward.

Cada capricho, cada frase, cada movimiento de su mano se había convertido en mi *razón de ser*. Incluso ahora que habíamos decidido dejar atrás nuestro beso, seguía sin poder olvidarlo.

Cuando llegué a estas prácticas sabía que habría retos inesperados, pero no esperaba algo así. Finalmente tuve que admitirlo.

Edward se había apoderado de todo mi mundo.

Por un momento respiré hondo y me quedé de pie en su despacho. Cerré los ojos e intenté imaginarme lejos de Nueva York. Ahogué el sonido de las sirenas en el exterior y el tintineo de los teclados en el pasillo. Intenté olvidar los olores a cuero y café viejo que rondaban el despacho de Edward.

Recordé los árboles del jardín donde crecí. La forma en que se volvían naranjas en otoño y mi padre decía que estaban ardiendo. Me acordé de mí cuando tenía trece años, la chica que se había detenido en mitad de una carrera para ayudar a un amigo que lo necesitaba.

Esa era la Allie que mi padre recordaba. Y en el fondo, esa era la Allie que yo seguía siendo. No esta abogada despiadada y obsesionada con ganar. Era ambiciosa, pero no buscaba sangre.

Había estado aprendiendo de Edward, pero también había dejado que su forma de pensar impregnara todo mi ser. Si quería tener éxito, tenía que aprender a hacerlo a mi manera.

Mercedes Rodríguez se sentó al otro lado de la mesa, como de costumbre, y alisó sus documentos. Hoy llevaba un traje color mandarina con bordes festoneados, y el sol irradiaba de su pelo salvaje y rizado. Aunque era nuestra oposición, era una abogada increíble y me quedé prendada de su belleza física.

"Confío en que hayáis reunido los registros fiscales para que los examinemos", preguntó, y lanzó una intensa mirada a Edward.

"Hemos revisado los últimos veinte años", dijo él, "y puedo asegurarle que la conducta de mi cliente está dentro de los términos establecidos en esta entrega".

"Hemos solicitado que los registros fiscales se refieran a todo el tiempo que su cliente fue accionista de su propia empresa", dijo Mercedes con frialdad. "Que creo que han sido más de veinte años. ¿Su informe no llega hasta ahí?".

"Bueno, creo que Cameron..." empezó Edward, y empezó a revolver algunos de los archivos que habíamos traído con nosotros.

"Disculpe", dije, mirando a la señora Rodríguez. "Pero los términos que usted estipuló eran

sobre los últimos veinte años. Tengo la solicitud registrada, y aunque usted declaró un interés personal en los archivos personales de nuestro cliente durante su época como accionista de la empresa, esto no formaba parte de su solicitud explícita".

De repente, mi cara se puso rosa.

Mierda. ¿De verdad acababa de soltar eso? ¿Yo, la humilde becaria, en lugar del verdadero abogado de la empresa?

Edward me miró y empecé a esperar una reprimenda proverbial cuando volviera a su despacho.

Sin embargo, su expresión era suave. Por alguna razón, hoy tenía un aspecto ligeramente diferente. No estaba tan meticulosamente afeitado, y podía ver la sombra de su barba de unos días. Su pelo, habitualmente peinado, le colgaba ligeramente sobre los ojos y tenía un aspecto un poco rudo.

No me dijo nada, pero su mirada parecía clavarse en mi nuca. No pude evitar contener la respiración cuando se mordió el labio y asintió con la cabeza.

Mierda. No podía apartar la mirada. Era como si mis ojos estuvieran imantados a él, como si no hubiera nada más en el mundo que él mirándome fijamente.

Respiré hondo y aparté la mirada. Mis ojos se posaron en Cameron, que se limitó a mirarme extrañado y luego lanzó una mirada a Edward.

"Señorita Rodríguez", empezó Edward. Sacudió la cabeza. "Mi ayudante tiene razón. Si no recuerdo mal, la solicitud por correo electrónico que se nos remitió sólo estipulaba los últimos veinte años. Eso es lo que le hemos proporcionado, y esas son las pruebas que se utilizarán en el juicio".

La abogada nos miró a Edward y a mí y dudó un segundo antes de rebuscar entre unos papeles. Asintió para sí y se encogió de hombros mientras fruncía los labios.

Tuve la impresión de que tal vez sabía algo, pero no quería llegar tan lejos.

Me había prometido a mí misma centrarme en mi trabajo y respetar mi ambición, pero por un segundo fue como si volviera a la oficina aquel primer día. Sólo podía pensar en la forma en que Edward movía la boca con intención mientras miraba los documentos legales. La forma en que su rostro se contorsionaba por la concentración y la intensidad cuando hablaba de algo que amaba.

Era demasiado. Respiré hondo y me quedé mirando el portátil durante el resto de la reunión.

Edward

"Vale, ven a ver esto", dije, acercándome a una ordenanza del suelo de los años ochenta.

Los Langford habían introducido cambios significativos en el trazado de su fábrica desde su creación, y este era el tipo de cosas que teníamos que estudiar en detalle.

Allie se inclinó a mi lado. Estábamos escudriñando hasta el último detalle de la historia de la fábrica Langford antes de comparecer ante el tribunal.

Miré a mi derecha. Allie no había estado tan cerca de mí desde aquella noche, la noche en que todo cambió. Todavía no podía apartarla de mi memoria. Su cercanía me hacía sudar la nuca.

La noche anterior había soñado con el beso y me había despertado sudando. Tenía miedo de volver a dormir, por si soñaba otra vez con la chica que me habían prohibido tener.

Podía trabajar sin dormir, eso estaba bien.

Se acercó a mí y me miró a los ojos.

Contuve la respiración. Los dos teníamos que mirar esta ordenanza de la tierra, no se podía

mentir sobre eso. Pero su olor me hizo recordar todo lo que había pasado aquella noche. Al rozar mi cabeza con la suya, no me di cuenta de que estábamos prácticamente sentados mejilla con mejilla.

De repente, llamaron a la puerta y Cameron entró.

"Buenos días a los dos", dijo sin levantar la vista.

Intenté enderezarme, pero ya era demasiado tarde. Allie y yo nos sobresaltamos y miramos a Cameron, que estaba allí de pie con un discreto traje gris y un chaleco rojo de jersey.

"Umm", dije, haciendo rodar mi silla hacia un lado. "Hola, Cameron".

"Lo siento, no quería interrumpir", dijo, y se apartó unos mechones de pelo de la cara.

"No lo hacías", dijo Allie. Apartó su silla de mi escritorio y cerró de golpe el portátil. "Sólo estábamos mirando algunas de las ordenanzas territoriales para el caso".

"Por supuesto", dijo Cameron. "¿Le importa si hablo un momento con el señor Macintosh?".

Asentí a Allie, que sonrió y salió de la habitación.

Mierda. Cameron era muy listo y emocionalmente inteligente. Sus ojos siguieron a Allie mientras ella recogía unos cuantos expedientes más y se marchaba cortésmente a la biblioteca jurídica.

Miró al suelo hasta que la puerta se cerró con un clic. Sabía que estaba esperando a que Allie desapareciera, pero no quería sacar el tema.

"Entonces", dije, mirando a mi perspicaz compañero. Mi cara se estiró en la sonrisa que usaba cuando estaba a punto de lanzar algo inesperado a un cliente. No podía evitarlo, pero sabía que debía de parecer un capullo mentiroso,

"Entonces". Cameron se cruzó de brazos y me miró fijamente.

"Esto es por esas declaraciones de la renta, ¿no?". murmuré, y empecé a recoger cosas de mi escritorio. "Me alegro de que Allie pudiera meterse ahí detrás. Ha estado trabajando en esos asuntos del caso, ya sabes el tipo de trabajo de becario".

"No he venido a hablar de eso", dijo Cameron. Dio unos pasos hacia mí antes de detenerse. "O al menos, no de esa parte".

"¿Ah, sí? ¿Hay algo que necesites que te aclare?".

"¿Cómo de tonto te crees que soy, Edward?". Cameron suspiró, sacudiendo la cabeza. "Está pasando algo entre vosotros dos".

"No lo hay", dije, demasiado rápido.

"Estás mintiendo".

"¿Qué te hace pensar eso?".

"La energía palpable entre vosotros dos", dijo. "Y tu disposición a ser corregido delante de un cliente. Eso es algo que nunca había visto en ti, Edward".

"Estoy tratando de ser más abierto de mente", le respondí.

"¿¿Teniendo una aventura con tu interna?!".

"No hay ninguna aventura", dije.

Cameron levantó una ceja en señal de duda. "Entonces, ¿qué fue eso? Esa mirada. Sentí que podía cortar el aire de la habitación con un cuchillo".

"Yo..." Sacudí la cabeza y miré al suelo.

"¿Tú qué?" Dejó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia mí. "Esto es serio, Edward. Sé que normalmente eres tú el que hace las preguntas, pero algo pasa. Estás blando. Y no digo que sea malo, pero este es tu lugar de trabajo, y esa es tu interna, y...".

"La besé", admití. "Eso es todo".

Al principio mi confesión me sentó bien, pero luego una sensación de pavor eléctrico empezó a recorrer mi cuerpo. Mi carrera. Mi becaria.

Miré a Cameron, que se limitó a asentir.

"¿La besaste?" Sus ojos se encontraron con los míos. Aunque me di cuenta de que estaba sorprendido por mi comportamiento, denotaba cierta amabilidad.

"Sí", dije. "Fue sólo un beso, nada más".

"Mira, en realidad no he venido aquí a echarte la bronca", murmuró. "Pero contrólate. No vale la pena correr este riesgo".

"Lo sé", dije. Empecé a recordar la apuesta. "Pero un beso no es exactamente follar con los internos, es...".

"¡No estoy hablando de la estúpida apuesta!". Al oír la palabra "apuesta" un pequeño trozo de saliva voló de su boca a mi frente. Me la limpié y le miré.

"Sabes que estás en los libros malos de Harmony ahora mismo con todo este asunto de Langford", dijo en voz muy baja.

"Pues no debería", protesté. "Sólo hago mi trabajo".

"Oh, no lo niegues", replicó Cameron, poniendo los ojos en blanco. "No importa si el cliente contrató a nuestra empresa, Harmony es un ser humano y los humanos no siempre son racionales".

"Soy muy consciente", dije, y miré a mi compañero.

"No te hagas el tonto conmigo, Edward", dijo Cameron. "Ahora mismo te estoy haciendo un favor. Si te estás metiendo con esa chica, entonces, en primer lugar, puedes despedirte de tu casa de lujo. Y si Harmony se entera, entonces puedes despedirte de tu querido trabajo, por no hablar de tus sueños de convertirte en socio antes de los treinta".

"Yo..." Empecé. Pero por primera vez en mi vida no tenía defensa posible.

"No", dijo él. "No, Edward. A este paso estarás buscando alojamiento en Roosevelt Island. No más de esta mierda. Contrólate".

"Estoy tranquilo", dije, pero mi voz se quebró. "Todo está bajo control".

Capítulo 19

Edward

"Sr. Macintosh". Carol cruzó la puerta y entró en mi despacho. Hoy llevaba un elegante traje pantalón vaporoso y sandalias de tacón de aguja. Como de costumbre, parecía que iba a presentarse a las elecciones presidenciales en lugar de engatusar a todos los imbéciles arrogantes de aquí para que llegaran a tiempo a sus reuniones.

No pude evitar sonreír. "Carol, ¿qué sentido tiene que me llames señor Macintosh si ya tienes privilegios de no llamar?".

"No lo sé", dijo encogiéndose de hombros. "Es bueno mantener cierto decoro. ¿Cómo te encuentras esta mañana?".

"Estoy, umm...".

Aquella mañana me había despertado al alba con un gran peso en el pecho. Cuando levanté la vista, los ojos verdes de Midnight me brillaban, y grité tan fuerte y me revolví tanto que me golpeé la cabeza con la esquina de la mesilla de noche.

Me había pasado dos horas con un paquete de guisantes congelados en la cabeza, esperando a que se me bajara la hinchazón del tamaño de una pelota de golf antes de ponerme a trabajar.

Midnight, en cambio, se acurrucó en mi almohada aún caliente y volvió a dormirse de inmediato.

"Umm está bien", logré decir finalmente. "Un día más. ¿Y tú?".

"Tengo trabajo que hacer", dijo. "Para ir al grano, Harmony quiere verte. Ahora mismo".

"De acuerdo, sargento", dije. Sacudí la cabeza y me levanté.

El despacho de Harmony estaba un piso más arriba del nuestro, y todo en él parecía más lujoso. La luz brillaba en su jardín zen de rocas mientras me sentaba en uno de los sofás de cuero blanco frente a su escritorio. Intenté tragarme la culpa cuando pensé en cómo reaccionaría ante mi relación con Allie.

Mantén la calma, Edward.

"Hola, señor Harmony", dije.

El anciano socio no levantó la vista de su cuaderno por un momento, sólo se ajustó sus gruesas gafas de montura roja. Me fijé en que el foco izquierdo de sus gafas era un círculo y el derecho un cuadrado.

"Hola, señor Macintosh", murmuró sin levantar la vista. "Los Langford han pedido cenar pasado mañana".

"¿Qué?" pregunté. Esto no era normalmente una parte del protocolo antes de una cita de la corte, a menos que hubiera alguna manipulación seria en los trabajos. "¿Por qué? ¿Están dando largas?".

"Eso parece", dijo encogiéndose de hombros. "Y parece que están utilizando influencias políticas como escudo".

"Genial", dije, poniendo los ojos en blanco. "Así que van a intimidarme con sus contactos".

"Creo que tu escepticismo está justificado", replicó, y volvió a bajar la vista hacia los archivos que había estado examinando. "Pero los estás hundiendo, merecen tu tiempo y tu atención".

"De acuerdo", dije. "Entonces, ¿a quién están sacando de la nada?".

"No seas tan superior. ¿Conoces a alguien llamado Timothy Harbour?". Preguntó sin levantar

la vista.

Timothy Harbour era un senador demócrata de Nueva York. Me ofendió un poco que Harmony tuviera siquiera que preguntar eso, pero empezaba a darme la impresión de que intentaba irritarme un poco, o al menos hacerme saber que seguía desaprobando todo lo que yo hacía.

"Claro que sí", le dije. "No vivo debajo de una piedra".

"No se haga el listo conmigo, señor Macintosh", suspiró, y me miró. "Aunque usted es muy, muy listo. Mire. Pasado mañana por la noche, va a ponerse guapo, lo cual no debería ser muy difícil para usted, teniendo en cuenta lo evidente. Va a buscar una buena cita y va a ir a cenar con los Langford, Timothy Harbour y el resto. ¿Entiende?".

Me senté y le observé mientras su mirada se dirigía de nuevo a su cuaderno. No podía creer que uno de mis mentores más queridos me estuviera dando la espalda de esa manera, pero supongo que este tipo de desacuerdos ocurren.

Aun así, iba a reunirme con un senador. Sabía que intentaban engatusarme para que abandonara el caso, pero esas estrategias me resultaban familiares.

Me preocupaba más seguir del lado de Harmony que hacerme amigo de un senador.

"Bueno, supongo que sí", empecé.

"Excelente", dijo Harmony. "Sé que te gusta mucho hacer tu trabajo, así que esto debería ser pan comido. Hazme saber cómo va".

Harmony ni siquiera lanzó una mirada o hizo un gesto con la mano, pero supe que estaba despedido.

Era su último intento de impresionarme, y yo ya estaba harto. Pero todo formaba parte del juego, y si pensaban que engatusarme con un senador funcionaría, que así fuera.

La única parte de la proposición que me desconcertaba era la necesidad de una cita. Suspiré. Sólo se me ocurría una chica a la que llevar, y sabía que Cameron se volvería loco si supiera lo que había entre nosotros.

Pero Allie tenía que aprender las reglas de este juego de una forma u otra, y era la oportunidad perfecta.

Allie

"No", dije, a pesar de que el corazón me iba a mil millones de kilómetros por hora. "No, creo que no quiero hacerlo".

"No es tan desalentador", dijo Edward, pero su voz tenía un tono ligeramente suplicante que me hizo pensar que se estaba desesperando.

Estaba sentado en el sillón de cuero que yo ocupaba habitualmente y yo permanecía de pie, educadamente, junto a su escritorio. No recordaba ningún otro momento en el que me sintiera tan claramente en ventaja.

Pero, aunque era una buena sensación, no me deleitaba en ella. Porque de ninguna manera iba a ir a cenar con un senador.

"No eres mi cita, si eso es lo que estás pensando", insistió. Sus grandes ojos marrones se encontraron con los míos. "Te lo prometo. Eres mi ayudante y a veces hay que hacer sacrificios por el trabajo, ya sabes".

"Por supuesto", respondí. "He estado trabajando doce horas diarias hasta este momento".

Edward no rompió el contacto visual conmigo, pero vi que se mordía la lengua para no decir algo más.

"Vale, vale", murmuró con un suspiro. "Tienes que entender lo importante que es esto para el caso".

"Pero no sé cómo actuar delante de un senador". Sentí que mis mejillas empezaban a arder como un horno. "Ni siquiera sé cómo actuar ante el señor Harmony".

"Como tú misma", dijo Edward encogiéndose de hombros. "Sólo sé inteligente, elocuente y elegante como siempre eres".

"Bueno, gracias", dije riendo antes de darme cuenta de lo íntimo que era el sentimiento.

Una ligera incomodidad flotaba en el aire entre nosotros. Miré a mi alrededor.

"Lo digo en serio", dijo. "Puedes hacerlo".

"No tengo nada que ponerme para una cena con un senador", dije, todavía reacia.

"Oh vamos, Allie, no es como si fuera el senador de Vogue", dijo Edward. De repente se levantó y se elevó sobre mí.

Le miré y se me hundió el estómago en la suela de los zapatos. Sentí que se me endurecían los pezones y fue como si todo mi cuerpo estallara en llamas. En el momento en que me miró así, me sentí completamente impotente ante sus caricias, sus palabras, todo.

"YO, YO..." Le dije. "No puedo".

"Sí que puedes, Allie", murmuró, y su mirada volvió a pasar de mis labios a la parte superior de mi cabeza. "Sé a ciencia cierta que puedes. Eres increíble".

Levantó la mano y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

No me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que por fin exhalé.

"Yo...", balbuceé.

"Por favor, Allie", dijo. "Sería un gran favor para mí". "Ya viste cómo estuve en la reunión del otro día, no siempre tengo los hechos en la punta de la lengua. Pero creo que serás una valiosa aportación profesional a la reunión...".

"Iré", dije, forzando una sonrisa.

"Bien", dijo con una sonrisa cortés y un movimiento de cabeza. "Te recojo a las siete".

"Genial".

Respira, Allie. Esto no es una cita. Sólo estarás allí como asistente.

Pero aun así, no sabía qué me ponía más nerviosa. Ir a cenar con un senador, o tener que actuar normal con Edward vestido de etiqueta.

Capítulo 20

Allie

Nuestro pequeño cuarto de baño apestaba a productos para el pelo y perfume de jazmín. Malia ponía a todo volumen a Gwen Stefani en un pequeño altavoz que había en el lavabo para que resonara más en la habitación.

No me había sentido tan femenina desde el instituto.

"Me aprieta un poco en las axilas", dije, tirando ligeramente del vestido amarillo de una sola manga para realzar mis curvas. "Pero creo que funcionará".

"Cariño, creo que estás preciosa", dijo Malia. "Ahora vuelve a sentarte y deja que te quite ese flequillo de la cara".

Edward me había dejado salir temprano para prepararme para mi cena con el senador y los Langford. O mejor dicho, nuestra cena. Dejé escapar un profundo suspiro al mirarme en el espejo.

No esperaba ir a ningún evento elegante durante mi estancia en Nueva York, así que no me había traído ningún vestido.

Por suerte, Malia había estado a la altura y se las había arreglado para sacar un viejo vestido de etiqueta amarillo que había llevado a una barbacoa en casa de su madre hacía como un año. No me entusiasmaba, pero no había nada más en tan poco tiempo.

Vi cómo me apartaba el flequillo de la cara con delicadeza y me lo recogía con horquillas y un poco de laca. Me recogió el pelo castaño claro en un sofisticado moño bajo y me prestó unos pendientes largos de oro que también tenía.

"Tranquila", dije riendo por lo bajo. "No estoy segura de que me haya visto la cara entera antes".

"Oh, no seas tonta", dijo ella. "Esta noche no es una noche para esconderte detrás de tu flequillo".

"Esta noche sólo quiero estar presentable y dejar que Edward hable. No sé cómo comportarme en la alta sociedad".

"No te subestimes", me dijo Malia. "Eres una dama con clase y decidida, y no consentiré que te menosprecies. Y menos viniendo de una chica que trabaja unas quinientas horas a la semana".

"Eso no es posible", suspiré. "Sólo hay 168 horas en una semana".

"Lo sé", dijo, sujetándose la última horquilla en el pelo. "Por eso es tan chocante".

Solté una risita y me unté la cara con la crema hidratante que me había dado Malia. Era sutil, pero me daba un ligero brillo.

Malia cogió un colorete y una brocha grande y me dijo: "Querrás un poco de esto. Toma".

Me pasó el rosa por las mejillas y mi reflejo brilló en el espejo. Aunque el vestido no me quedaba perfecto, mi cara estaba fantástica.

De repente, unos tambores en la música parecieron un poco fuera de tiempo, y miré a Malia en el espejo.

"Suenan raro", dije. Ella detuvo la música.

Pero el golpeteo continuó, y los ojos de ambas se abrieron de par en par al darnos cuenta de lo que era.

Era la puerta.

"Mierda", susurré. "Creía que Edward no llegaría hasta dentro de cuarenta y cinco minutos".

"Tienes razón", dijo Malia, y comprobó la hora en su reloj. "Sólo son las seis y cuarto".

"Mierda, mierda, mierda", murmuré para mis adentros.

"Un segundo", dijo Malia, y salió corriendo del baño.

Me puse en modo velocidad. Me difuminé un poco de plata en el hueso de la ceja y un poco de lápiz de ojos negro cerca de los ojos para conseguir una mirada difuminada y sexy.

Estaba un poco más difuminado de lo que había planeado, pero tenía que servir.

Me puse un poco de rímel y abrí la puerta del baño para encontrarme a Malia con una bolsa gigante.

La expresión de su cara no tenía precio.

"¿Qué es eso? le pregunté. "¿Dónde está Edward?".

"No era Edward", dijo con una risita. "Era un mensajero. Pero creo que es de Edward".

"Dios mío", dije, y miré el bolso.

Dolce & Gabbana.

Santo cielo.

"¡Oh dios mío oh dios mío oh dios mío!" Chillé, y los dos empezamos a saltar.

"¡Bueno no te quedes ahí haciendo la tonta!" gritó. "¡Ve a probarte el vestido de Cenicienta ahora mismo!".

Le arrebaté la bolsa y corrí a mi habitación, donde la dejé sobre la cama. Saqué una caja blanca con un grueso lazo dorado. Debajo había una nota.

"¿Qué dice?", preguntó Malia, mirando por encima de mi hombro.

Abrí la tarjeta blanca doblada.

Querida Allie,

No sabía si habías metido en la maleta un vestido apropiado para este tipo de cosas.

Edward Macintosh

"Te quiere", dijo Malia. "Está enamorado de ti".

"Cállate", mis mejillas se encendieron "Él no lo hace. Esto es puramente profesional".

"¿Estás loca?" Malia preguntó. "¿Crees que el señor Harmonica o como se llame envía vestidos de Dolce & Gabbana a sus empleados?".

"La mayoría de los chicos de la oficina no llevan vestidos", bromeé.

Los dos contuvimos la respiración mientras quitaba el lazo y abría con cuidado la gran caja de cartón blanco.

Dentro había un vestido plateado con una elegante capa de encaje negro. Era la prenda más hermosa que había visto en toda mi vida.

"Dios mío", dijo Malia, y me miró mientras sacaba el vestido y los zapatos.

El vestido se completaba con un par de preciosos Mary-Janes plateados de tiras. Y por si fuera poco, había un pequeño bolso de cuero negro en cuyo interior no cabían más que la cartera, las llaves, el móvil y un pintalabios.

En pocos minutos me había puesto el conjunto completo. Malia había tirado con entusiasmo su viejo vestido amarillo en algún lugar de la sala de estar, y en su lugar lo había sustituido por un vestido plateado de cuello redondo mucho más favorecedor y cómodo que me abrazaba las caderas y me subía los pechos muy ligeramente. Me llegaba justo por encima de las rodillas y se balanceaba ligeramente alrededor de mis piernas como el agua.

Tenía mangas cortas y, aunque era ajustado, resultaba increíblemente favorecedor. Podía moverme libremente con él, pero seguía pareciéndome una de esas preciosas estatuas griegas del Met por las que Malia y yo habíamos paseado un sábado.

"¿Sabes qué es lo mejor de todo esto?". Le pregunté a Malia, que parecía tener que levantar la mandíbula del suelo.

"¿Que pareces una mezcla entre Grace Kelly y una primera dama súper sexy?". preguntó.

"Iba a decir que no tengo que llevar sujetador", me reí.

"Pareces una loca", dijo ella. "Mírate".

Me puso delante del gran espejo redondo y tuve que admitir que tenía muy buen aspecto.

Me sentí un poco como Audrey Hepburn en Desayuno con diamantes, por la forma en que el vestido se ajustaba a mis curvas con tanta clase. Con el pelo hacia atrás y maquillada, parecía una mujer nueva.

De hecho, me veía incluso mejor que eso. Parecía una mujer que encajaría sin problemas en una cena con Edward Macintosh. Después de todo, era a él a quien quería impresionar.

Edward

Cerré la puerta de mi Audi de un portazo y me quedé fuera de su apartamento. Hacía una noche espléndida en Manhattan y ni siquiera el olor a pis caliente de la acera me impedía sonreír. Las luces brillaban y me sentí como en una de esas viejas películas en blanco y negro. Incluso la canción de Frank Sinatra bailaba en mi cabeza, y no pude evitar sentirme romántico.

Me coloqué las Ray Ban sobre la nariz y me eché la chaqueta gris al hombro. Entonces oí un portazo.

Miré hacia allí y sentí que las rodillas se me hacían gelatina. Madre mía. Sabía que Dolce & Gabbana sabía confeccionar un vestido, pero estoy seguro de que de ese apartamento salió un ángel.

Está bien, Edward. Mantén la calma. Eres bueno en esto. Tienes una cara de póquer ganadora. Haces esto en los juicios todo el tiempo. Esta chica no te va a pillar ahora.

Me toqué la cara, para comprobar que no tenía la boca abierta como un pez.

Era preciosa.

Su piel prácticamente resplandecía, y el vestido plateado brillante centelleaba a la luz del atardecer por debajo del encaje negro que se ceñía a cada una de sus curvas. No sabía cómo demonios iba a concentrarme en la cena con mi ayudante mirando aquello.

"Señorita Adams", dije, e incliné la cabeza y me quité las gafas de sol.

"Sr. Macintosh", dijo ella con una sonrisa.

Era la primera vez que la veía completamente maquillada. Acentuaba sus rasgos sin ocultar su belleza natural y resaltaba sus hermosos ojos.

"Estás preciosa", le dije.

El sol le daba en los ojos en un ángulo perfecto y, cuando me sonrió, me derretí.

"Gracias", me contestó de una manera tierna y tímida, abrió la puerta del coche y subió.

Harmony siempre celebraba las cenas formales de la empresa en Tavern on the Green, porque allí era donde todos los espectáculos de Broadway daban sus fiestas de inauguración. Siempre había albergado la secreta sospecha de que el Sr. Harmony había querido ser actor en sus tiempos de estudiante antes de que su anticuada familia le empujara a estudiar derecho.

"Por aquí, señor", dijo una camarera. Nos condujo a Allie y a mí a una mesa junto a una gran

cascada interior que se deslizaba sobre una hermosa losa de roca.

La mesa estaba llena de figuras que provocaban ansiedad.

En la cabecera de la mesa estaba el señor Harmony, solo. Era un encanto, sin duda, pero después de cuatro matrimonios prolijos había decidido tirar la toalla y quedarse soltero para siempre.

Simon y Sandra Langford estaban sentados a la derecha del Sr. Harmony. Ambos vestían polos azul claro y pantalones de color crema, y me pareció raro que se vistieran como gemelos que van al colegio en un ambiente como aquel. Mercedes estaba radiante con un vestido halter rojo con vuelo en la falda, mirando el menú del cóctel con Simon Langford.

Su tío, y el catalizador de todo este lío de la fusión, estaba sentado junto a ellos con otro hombre que supuse que era su abogado. Llevaba un traje gris e intentaba no llamar demasiado la atención.

Al otro lado de la mesa estaban el senador McKinley y su esposa Barbara. Los había reconocido por las noticias, pero parecían mucho más normales fuera del maquillaje de la tele. El senador McKinley llevaba una camisa blanca abotonada y una corbata sin americana. Me pareció una decisión atrevida, pero él podía hacer lo que quisiera.

Por último, uno de los representantes de nuestro cliente, René, estaba sentado en el extremo opuesto de la mesa, junto a una de las mujeres más maquilladas que había visto nunca, cuyos pronunciados labios postizos y largas extensiones hacían que algo en el sindicato me hiciera sentir un poco fuera de lugar.

No quería juzgar si había traído acompañante, pero me parecía innecesario en un momento así.

No vieron que Allie y yo nos acercábamos inmediatamente. Cuando miré, vi que tenía los ojos muy abiertos por el miedo, y rápidamente me agaché y apreté su mano perfectamente suave.

Espera, espera. ¿En qué estaba pensando? Casi había sido un gesto involuntario.

Me miró y asintió en señal de gratitud. Superaríamos esta cena y, con suerte, Allie podría ver cómo era la vida en la cima.

Habían pasado dos horas en compañía de los Langford y su equipo, y yo empezaba a estar hartito. Los hermanos se habían callado a mi alrededor, y Harmony me lanzaba miradas poco impresionadas desde el otro lado de la mesa. El senador McKinley parecía no querer estar allí, y todos estaban demasiado nerviosos para comer las escasas porciones de lujo que tenían en sus platos.

"Mire, no sé cuál es el equivalente de este tipo de empresa en su país", le dijo Sandra a René, el representante de mi cliente, lo más educadamente posible. Se apartó el pelo de la cara. "Pero esto es una institución americana. El senador McKinley puede decírselo".

"Bueno, es verdad", respondió el representante. Intentaba ser lo más diplomático posible entre los Langford y la oposición, pero las tensiones eran muy fuertes. Volvió a colocarse las gafas de montura azul en la cara y miró a su esposa Barbara, que le sonrió para darle apoyo.

"Parece que estáis logrando mucho", dijo suavemente, y miró entre él y Sandra.

"Bueno, no estamos logrando lo que nos gustaría", dijo Mercedes. Me dedicó una sonrisa incómoda y luego miró al señor Harmony.

Dejé escapar un profundo suspiro cuando la camarera se acercó con más bebidas, incluida una tercera copa de champán para la cita de René, que en aquel momento era claramente una

acompañante. Sin embargo, parecía haber abandonado todo deseo de estar allí debido a la tensión, y si yo fuera ella también habría querido emborracharme.

"Bueno, gracias a todos por asistir esta noche -dijo Sandra-. Especialmente a usted, senador".

"Gracias por invitarme", respondió él, pero no parecía muy impresionado. Lanzó una mirada a su mujer que parecía gritar: "Sácame de aquí", y no culpé al pobre hombre. Este caso era un lío y yo sabía que él no quería formar parte de él.

"Puede elogiar la institución de nuestra familia", dijo Simon al senador, y éste lanzó una mirada fulminante a su tío.

"Bueno, ciertamente merece un buen elogio", añadió Allie, y todos en la mesa la miraron.

Parecía sorprendida de haber dicho algo tan atrevido, pero golpeé su rodilla con la mía por debajo de la mesa para hacerle saber que me interesaba lo que tenía que decir.

"Lo siento", dijo. "No sé por qué me ha salido eso".

"Un elogio condenadamente bueno", repitió el senador McKinley con voz pensativa, y miró a Allie. "Sabes que es un libro de uno de mis autores favoritos sobre la guerra civil, el señor Horace Rockville. Es amigo de la familia, de hecho".

"Fue mi profesor de Historia Americana en la universidad", dijo Allie riendo. "Y nos asignó su propio libro. Era todo un personaje".

"Estás hablando de uno de mis mejores amigos", dijo el senador McKinley riendo. "Me alegro de que lo conozcas y de que su obra se te haya quedado grabada".

Miré a Allie y no pude evitar que una sonrisa se dibujara en mi cara. El ambiente en la mesa era mucho más ligero que antes, y sabía que se debía a esta pequeña y tonta interacción.

Respiré hondo. Esta cena era tensa, pero con Allie a mi lado, sentía que podía lograr cualquier cosa.

Capítulo 21

Allie

Edward se las había arreglado para mantenerse firme a pesar de todas las discusiones. Se limitaba a sonreír cuando era necesario, a asentir cuando había que darle la razón y siempre tenía la respuesta perfecta para todo.

Me sentía igual que cuando estaba con él en el tribunal, lo cual era seguro. Tenía una respuesta para todo, y también el aplomo perfecto. Aunque nunca podría ser exactamente como él, sin duda quería estar a su lado.

"Bueno, creo que hemos cubierto una buena cantidad de terreno hoy", dijo el senador McKinley, y me lanzó una sonrisa. "Allie, ha sido un verdadero placer conocerte. Me encanta ver lo que hacen los jóvenes, y si tú vas a formar parte de la próxima generación que cuide de nuestras leyes, entonces me alegro".

"Oh, gracias Senador McKinley," dije, y lancé una mirada a Edward mientras se levantaba.

"Es muy tarde", dijo. "Y mi asistente y yo todavía tenemos mucho que cubrir por la mañana".

"Ese es mi Edward", dijo el señor Harmony. Me sobresalté. Apenas se había dirigido a Edward en toda la cena. "Trabajador como siempre".

Edward le devolvió la mirada con los labios fruncidos. Ninguno de los dos podía decir si era una indirecta.

Pero aun así, era increíble probar ese estilo de vida. Algo que nunca habría experimentado de no ser por las prácticas y por Edward.

Nos despedimos por última vez y salimos del restaurante al aire libre. Empecé a sentir que mi estómago daba volteretas.

"Oh, tío", no pude evitar decir, y Edward me apretó la mano cuando nos perdimos de vista.

"Estuviste genial", dijo. "Aparte de cuando intentaste beberte el agua para limpiarte las manos. Pero ya sabes, seguro que sabía bien. ¿Como té con limón, tal vez?".

"Para", dije riendo. "Entonces, ¿funcionó?".

"¿Funcionó qué?" Preguntó, me miró y enarcó una ceja.

"Los Langford", respondí. "¿Se ganaron tu simpatía?".

"Sé que ese era su objetivo", dijo. "Pero yo soy el tipo equivocado. Si quieren mi simpatía, primero tienen que vencerme".

"Edward", dijo, y volvió a mirarme. "Me siento un poco mareada".

"No me sorprende", respondió, y casi me derrito cuando sonrió. "Creo que no hemos comido nada en toda la cena. Y Mercedes, obviamente, ha estado intentando atiborrarnos de vino blanco todo ese tiempo".

"Vale", solté una risita y le miré. "Así que no soy sólo yo".

"Claro que no", añadió. "Mira, conozco una buena pizzería por aquí cerca. Supongo que te gusta la pizza, a menos que seas una especie de psicópata".

"Eso sería algo divertido de aprender sobre mí, ¿no?". pregunté riendo. "Pero no, claro que me gusta la pizza".

"Bien", dijo, y nos condujo fuera de Central Park.

Unos minutos después, cogimos nuestros trozos de pizza en platos de papel y nos apoyamos en la pared del restaurante.

Nueva York empezaba a gustarme mucho. Aquí nunca me sentía sola. Aunque ya era de noche, la ciudad seguía bullendo de sirenas, taxis y cientos de personas viviendo sus propias pequeñas historias.

"Tengo la sensación de que vamos demasiado arreglados", bromeé, y le di otro mordisco a la pizza de pepperoni.

"Y una mierda", dijo Edward, y dobló su segundo trozo por la mitad. "Esta pizza está tan jodidamente buena que se merece una alfombra roja".

"Vale", dije riendo. "En eso te doy la razón".

Terminamos nuestras pizzas y tiramos los platos de papel.

"Voy al baño", le dije a Edward, que sólo me asintió y sonrió.

Me dirigí al baño de señoras, que estaba pintado de un nauseabundo tono rosa chicle.

El espejo ovalado me hacía sentir como en uno de esos cuadros del Met. Parecía un retrato extraño con mi precioso vestido plateado y negro sobre un fondo rosa brillante.

Había algo diferente en mí. Me incliné hacia el espejo y me miré la cara. Mis ojos brillaban con la sombra plateada que me había aplicado aquella noche. Pero no era el maquillaje lo que me hacía parecer diferente, era otra cosa.

Respiré hondo. Me ardía el estómago y sabía que no era por la pizza. Tenía ganas de algo, pero no quería admitir lo que era.

Apagué la luz y pasé por delante del expositor de pizza de cristal antes de salir al exterior, donde Edward me esperaba con un gran todoterreno negro.

"Me he tomado la libertad de coger un coche", dijo asintiendo con la cabeza, señalando el enorme todoterreno. "Te dejaré en casa".

"Estupendo", dije, siguiéndole hasta el asiento trasero de cuero blanco del coche.

Cerró la puerta de golpe y el coche se puso en marcha.

"Entonces", dijo. Me miró. Había algo diferente en su voz, como si le hubiera pillado desprevenido e intentara recuperar el aliento al mismo tiempo.

"Entonces", repetí. Le miré y sentí que se me entreabrían los labios.

"¿Cómo fue tu primera vez con un senador?", preguntó. Entonces su cara se sonrojó al darse cuenta de lo sucio que había sonado.

"Dios mío", solté una risita y me llevé las manos a la boca. "Edward, eso ha sonado completamente ridículo".

"Lo sé, lo sé", dijo riendo, respiró hondo unas cuantas veces y se apartó el precioso pelo oscuro de la cara.

"Ha sido genial, gracias", dije. De repente, volvió el ambiente incómodo.

El interior del coche estaba a oscuras, sólo iluminado por los taxis que pasaban y las brillantes luces de los escaparates del exterior.

Miré a Edward y sentí que se me caía el estómago, como si todo el aliento de mi cuerpo hubiera desaparecido. La parte interior de mis muslos empezó a ponerse caliente y sudorosa y era como si mis piernas estuvieran ancladas al asiento.

Vi cómo la mano de Edward se deslizaba desde su lado del asiento trasero hacia mí. La colocó nerviosamente sobre mi rodilla y sentí un torrente de electricidad en la parte superior de la cabeza.

Aunque apenas podía distinguirlo, sabía que me estaba mirando con sus profundos ojos castaños. De repente, el aroma almizclado de su colonia pareció amplificarse y aspiré con fuerza.

Su agarre alrededor de mi rodilla se hizo más fuerte, y lo siguiente que supe fue que estaba

apretando mis labios contra él como si fuera mi fuente de oxígeno, enrollando mis brazos alrededor de su cálido y suave cuello.

Todo el mundo a mi alrededor desapareció. Estaba flotando y la única persona que había allí era Edward. Quería fundirme con él, ser devorada completamente viva por las llamas que parecían aparecer entre nosotros.

Después de bromear con un senador, iba a hacer mi segundo modesto movimiento de la noche. No tenía sentido traer a Edward a mi pequeño local compartido en la parte alta de la ciudad, y tenía muy claro hacia dónde se dirigía esta noche.

De vuelta a lo suyo.

"Discúlpame." Me aparté de Edward un momento y me incliné hacia delante en mi asiento. "¿Le importaría hacer sólo la primera parada de su itinerario?". le pregunté al conductor.

"Por supuesto, señora", dijo el conductor, sin prestar atención a todo lo que ocurría detrás de él.

"¿Le parece bien?" susurré con su boca apretada contra la mía.

"Sí", respondí. Le pasé las manos por su espeso y precioso pelo y asentí. "Sí, perfecto".

Cuando por fin llegamos a su apartamento, Edward se agachó y me levantó con total facilidad, como si yo fuera tan ligera como el gato negro que había visto en su casa hacía unas semanas. Me llevó a través de la habitación y escaleras arriba mientras yo decoraba su oreja y su cuello con besos. No vi nada de su casa porque estaba demasiado ocupada besándole.

Empujó la puerta y lo siguiente que supe fue que me estaba tumbando en la mullida cama que olía a cítricos y a ropa recién lavada.

Entonces empezó a quitarse la corbata con sus manos fuertes y hermosas antes de que yo me arrodillara y lo detuviera.

"No hagas eso", susurré, y le quité la corbata. "Quiero desnudarte".

Sus manos se apartaron del cuello y empezaron a bajar por mi cintura hasta desabrocharme la cremallera de la espalda con un solo movimiento.

Esto ya era lo más excitante que había experimentado en mi vida. Ninguno de los hombres, o chicos debería decir, me había tratado nunca con tanto cuidado y facilidad. Me encantaba cada momento.

Arrojé su corbata al otro lado de la habitación cuando sentí que el vestido me caía por los hombros. Luego desabroché los botones de su camisa blanca.

"Llevaba tanto tiempo queriendo hacer esto", me dijo, se agarró a mis brazos y empezó a besarme el cuello. Sentí el calor de su cuerpo mezclarse con el mío, y fue eléctrico.

Por fin conseguí desabrochar el último botón y él se arrancó la camisa de su hermoso y bronceado cuerpo.

Por un momento sólo quise mirarle. Era más guapo que todas las estatuas del Met juntas. Su pecho fuerte y bronceado tenía un mechón de pelo rizado oscuro en la parte superior. Nunca había visto un cuerpo tan musculoso en la vida real. Sus abdominales formaban una v perfecta que se prolongaba hasta sus bóxers blancos Hugo Boss, que sobresalían de sus pantalones grises.

Alargué la mano y le cogí por la cintura, lo que le hizo levantar la vista y jadear.

"Allie", me dijo, me pasó las manos por el pelo y me acarició desde el cuello hasta los pezones. "Sé que no debería sentirme así, pero..."

"Eres tan... guapa", no pude evitar excitarme, y él me miró y sonrió.

"Llevo tanto tiempo pensando en esto", gruñó, empujándose ligeramente sobre la cama e inclinándose sobre mí con un cuidado y una precisión que nunca antes había encontrado.

"Sabes lo difícil que es para mí", dijo entre besos mientras bajaba desde mi cuello hasta mis

pechos. "Intento ignorar lo mucho que te deseo".

"Yo también", dije sin aliento, y por un segundo miré hacia abajo mientras la parte superior de su cabeza se abría paso por mi cuerpo.

Abrió su mandíbula perfecta y cincelada y empezó a dibujar remolinos alrededor de mis pezones con la lengua. La sensación del calor de su boca contra la mía me hizo jadear, y por un momento fue como si estuviera ardiendo.

Siguió besándome y lamiéndome el torso mientras me agarraba por la cintura y me apretaba.

"Mmmm..." murmuró, y me besó el ombligo. "Tu cuerpo es tan bonito".

Bajó hasta mis bragas blancas de algodón, que no eran exactamente lo más sexy del universo, pero sólo había comprado unas pocas prendas de valor antes de venir a Nueva York.

"Son bonitas". Me miró con ojos ardientes.

Tenía la cara más hermosa que había visto en mi vida. Sus pómulos parecían tan afilados como para cortar mantequilla y se mordió ligeramente el labio mientras me bajaba las bragas por las piernas.

"Jadeé cuando empezó a besarme la parte superior de los pliegues, con su aliento caliente sobre mi piel.

Me pasó las manos por debajo del culo y me apretó las mejillas antes de levantarme las piernas para que mis rodillas quedaran en el aire. Luego me agarró por la cintura y pasó la lengua por mi húmeda raja hacia delante y hacia atrás.

"Oh", por fin me permití gemir, y me agarré a la parte superior de su cabeza y me aferré a su pelo grueso y rizado. "Oh, Edward".

Empezó a lamerme suavemente, provocándome de tal forma que unos rayos de placer me recorrieron el cuerpo y me hicieron jadear. Me sentía como magnetizada a él, como si lo único que pudiera sentir fuera puro éxtasis.

"Mmm", le oí decir, y las vibraciones de su boca en mi coño me hicieron gemir aún más.

"Edward", jadeé, y empujé su boca más profundamente en mi entrepierna. "Joder, qué bien sienta".

Subió y bajó la lengua por mi raja antes de empezar a dibujar pequeños círculos alrededor de mi clitoris. Apenas podía aguantar más.

"¡Joder!" Jadeé, y él me apretó aún más mientras yo me estremecía de placer debajo de él.

Una cálida bola de placer empezó a formarse en el bajo vientre. Rechiné contra su boca con las caderas mientras él seguía lamiéndome.

Era pura felicidad. No tenía ni un solo pensamiento coherente en el mundo, sólo que quería ser envuelta por el placer caliente que estaba estallando entre nosotros.

"¡Edward!" gemí, mis gritos prácticamente rebotando en las paredes. Levantó la cabeza un momento y lo miré a los ojos.

"Me encanta oírte gritar mi nombre", gruñó, volvió a subir y se elevó sobre mí como un tigre a punto de abalanzarse.

"Me ha encantado", le dije. Sentía los pezones duros y la piel enrojecida. Mi cuerpo lo deseaba cada vez más, como si lo necesitara para funcionar.

Levanté la mano y empecé a sentir su bulto a través de sus pantalones.

Gimió, cerró los ojos y separó los labios. La sola visión de su mandíbula me volvió loca. Nunca me había excitado simplemente mirando a alguien, pero esta vez era diferente.

Tenía la polla muy dura debajo de la ropa y recorrí con las manos el contorno de su miembro antes de desabrocharle los pantalones.

"Joder", murmuró, y me apresuré a desabrochar la cremallera.

Edward se inclinó sobre mí con una mano y me miró fijamente a los ojos mientras se quitaba los pantalones y los calzoncillos. Se mordió ligeramente el labio y acercó tanto su cara a la mía que nos tocábamos.

"Allie", murmuró, y yo abrí la boca y le mordí el labio inferior. Su piel era rugosa contra la mía, y podía oler su sudor y su colonia mezclándose para formar el aroma masculino más perfecto. Me quedé sin aliento y miré fijamente sus ojos castaños oscuros.

"Sí", dije, y sentí que por fin se quitaba los calzoncillos.

"¿Quieres esto?" Me preguntó. "¿Seguro?"

Asentí con la cabeza. Sabía que no debería haberme acostado con él, pero era innegable. No había nada que deseara más desde hacía semanas y ahora que por fin estábamos aquí, cara a cara, no podía negarlo.

"Sí", dije.

Edward se inclinó y me besó con fuerza. Sentí su miembro duro y caliente palpar entre mis piernas mientras bajaba la mano.

Me miró a los ojos y respiró entrecortadamente, frotando la punta de su polla contra mi clítoris.

Se me escapó un gemido, pero mis ojos seguían clavados en los de Edward.

"¿Estás bien?", murmuró.

Asentí con la cabeza. "Sí", dije sin aliento. "Sí. Te deseo tanto".

Sentía que mis entrañas irradiaban placer. Su polla estaba caliente e insistente entre mis muslos, y no podía ignorarlo. Lo quería dentro de mí, ahora mismo.

"Yo también te deseo", dijo. "Tanto, joder".

Pasó su sexo por mis pliegues antes de acercarse a una mesilla de noche. Le oí desenvolver un preservativo, y en un abrir y cerrar de ojos regresó.

Se inclinó sobre mí y me besó ligeramente en la boca antes de introducirse profundamente en mi interior.

"Jadeé mientras mi cuerpo se adaptaba a la sensación de su grueso y largo miembro deslizándose dentro de mí. Le rodeé con las piernas y sentí mi cuerpo completamente eufórico mientras él flexionaba las caderas y se introducía dentro de mí.

"Allie", murmuró. Me rodeó la cintura con los brazos y me apretó aún más.

Escalofríos de placer me recorrieron desde el centro hasta la columna vertebral; me aferré a su espalda fuerte y suave.

"Edward", gemí en su oído mientras él dominaba por completo mi cuerpo y bombeaba con más fuerza y profundidad dentro de mí. "Me encantas".

"Mmmh", murmuró, y sentí cómo mis dedos se hundían en su espalda. Sentía cómo mis gritos escapaban de mi boca y rebotaban en las paredes.

No quería estar en ningún sitio más que aquí. Nuestro olor se entremezclaba; nuestros cabellos se humedecían y se enredaban. Podía saborearme en sus labios, así como su olor natural, y no me cansaba de sentir la sensación de nuestros sabores mezclándose en un todo.

Me envolví en él como si fuera mi fuente de vida y juntos estallamos en una bola de puro éxtasis.

"Edward", gemí, y empecé a sentir un cálido nudo de placer formándose en mi entrepierna. "Tómame más fuerte..."

Se apartó de mí un momento antes de voltearme ligeramente sobre el estómago y besarme el cuello. Luego me separó las piernas con delicadeza y me rodeó la cintura con el brazo. Volvió a

sumergirse en mi cuerpo y yo grité al sentirme completamente unida a él. Me apretó los pechos y me respiró en el cuello mientras me follaba con más fuerza.

"Mmmmh", gruñó, y me mordió la oreja mientras me apretaba.

"Joder", gemí mientras corrientes eléctricas me recorrían desde la oreja hasta la punta de los dedos de los pies. Le agarré con más fuerza cuando empecé a sentir el cálido nudo del placer que empezaba a desplegarse.

"Voy a correrme", grité.

Me acercó más y me mordió el cuello.

"Córrete", gruñó, besándome los pechos, el cuello y la cara antes de mirarme a los ojos.

Bombeó cada vez más fuerte dentro de mí hasta que, de repente, fue como si mi cuerpo se volviera completamente eléctrico. Unas sacudidas de placer me recorrieron la espina dorsal. Me aferré a él mientras me estremecía.

"¡Edward!" gemí, y él continuó bombeando dentro de mí.

"Oh, Allie", gimió en mi oído. Me penetró profundamente mientras ambos nos estremecíamos de éxtasis.

Por un momento, la habitación quedó en silencio, excepto por nuestra respiración agitada mientras nos aferrábamos el uno al otro como a una balsa salvavidas. Finalmente, salió de mi cuerpo y rodó sobre su espalda junto a mí.

"Oh, Dios mío", dije por fin. Levantó sus grandes y musculosos brazos por encima de la cabeza y se estiró.

"Madre mía", contestó mirando al techo. "Tengo que darme una ducha".

Se levantó y le eché un vistazo a su esculpido trasero mientras se dirigía al cuarto de baño. Nunca había pensado mucho en los culos de los hombres hasta que vi el suyo, pero era perfecto.

Me subí a la cama para apoyar la cabeza en la almohada y respiré hondo varias veces mientras miraba el techo sin rasgos.

Por fin me había acostado con Edward, después de tanto tiempo suspirando por él en secreto. Durante semanas, no había querido admitir lo que tan obviamente anhelaba.

Mi cuerpo brillaba de satisfacción, pero sabía que después de la risa venían las lágrimas. Sabía que siempre había un bajón después de un subidón, y la emoción de la persecución me había comido viva durante mucho tiempo, aunque hubiera intentado ignorarlo.

Edward me había deseado tanto como yo a él. Él también me deseaba. No podíamos mantenernos alejados el uno del otro. ¿Pero ahora qué?

Me había pasado las prácticas perdida en su mirada soñadora de color marrón oscuro. Recordaba estar de pie en su despacho y acordar que me convertiría en mi propia abogada sin él. No sería tan despiadada como él, tan obsesionada con ir a por sangre.

La vida iba a continuar más allá de estas prácticas. Pero había estado tan envuelta en la emoción de la ciudad y la sensación de deseo que había actuado como si no hubiera nada más que esperar.

El sudor de mi cuerpo empezó a enfriarse. Me rodeé con los brazos para entrar en calor. Intenté recordar a la Allie que llegó a la ciudad, decidida como siempre, que sólo quería confiar en sí misma, antes de dejarse envolver por Edward Macintosh.

Edward

El cuarto de baño estaba lleno de vapor, quité el vaho del espejo y me miré.

El mismo Edward de siempre me devolvía la mirada. Pelo oscuro, ojos oscuros. Necesitaba afeitarme, pero aparte de eso era el mismo de siempre.

Y, sin embargo, todo era completamente distinto.

Me apoyé en el lavabo y suspiré.

No podía creer que, después de tanto tiempo, por fin me hubiera rascado la comezón que llevaba tanto tiempo deseando. Después de eso, lo único que rondaba por mi cabeza en ese momento era la apuesta. Las reglas pasaron por mi cabeza de forma explícita. Nada de copular con los internos.

Pero lo que Allie y yo acabábamos de hacer no parecía tan burdo como copular. La forma en que su cuerpo se sentía contra el mío, el olor de nuestra piel mientras me hundía más y más dentro de ella...

Me aparté el pelo de la cara. Supongo que ya podía despedirme de aquella casa de lujo, maldita sea. Una nueva vida para mí frustrada por mis propios y estúpidos deseos primarios.

En algún lugar de mí sabía que no eran estúpidos ni primarios, pero tampoco me hacían ganar la apuesta.

Tenía que tomar una decisión. O seguía en la apuesta o renunciaba y les contaba a los otros lo que había pasado. Sería honesto y noble.

Pero al mirarme a los ojos en el espejo, reconocí algo. Una astucia, tal vez. No. No iba a contárselo a nadie. Esto iba a quedar entre Allie y yo. Y no sólo por la apuesta.

Porque no quería que ninguna otra persona se entrometiera en lo que teníamos, y en lo que acabábamos de hacer juntos. La había deseado durante tanto tiempo, pero ahora no podía sacármela de la cabeza. Parecía algo más grande que un enamoramiento de oficina, por mucho que no quisiera admitirlo.

Me envolví con la toalla y volví a mi dormitorio. La habitación sólo estaba iluminada por el resplandor eléctrico y colorido de la ciudad que teníamos debajo.

Mis ojos se desviaron hacia Allie, que estaba sentada en la cama, abrazada a su cuerpo. Era preciosa, su piel casi de porcelana, pero de repente parecía fría y pequeña.

"Hola", dije, me senté en la cama y la miré. Tenía el maquillaje corrido, pero su rostro irradiaba preocupación.

Su labio temblaba ligeramente, y había preocupación detrás de sus ojos.

"¿Estás bien?" le pregunté.

Ella frunció los labios antes de que yo decidiera acabar con las estúpidas formalidades. Me incliné y le besé la cara para que toda la preocupación desapareciera.

"Edward", murmuró, y me rodeó con sus brazos.

Capítulo 22

Allie

"Fuera, Midnight", dijo Edward, y le hizo señas al gato negro para que se alejara de la cama.

"¡No, es una monada!". me reí.

"Lo sé", murmuró Edward, "pero no quiero que mire".

"¿Que mire qué?".

Edward rodó encima de mí y empezó a besarme el cuello con dulces y delicados besos.

"Oh", murmuré. "Oh, Edward...".

"Mmmm... Me encanta oírte decir mi nombre", me gruñó al oído, y mi cuerpo empezó a calentarse rápidamente.

Todo el fin de semana había transcurrido así. Revolcándonos en la cama, intentando hacer algo práctico como preparar una taza de café o comer algo, y luego volviendo a sumergirnos en la felicidad de nuestros cuerpos. Sentía que no podía apartarme de él.

Le cogí la cabeza y le miré a los ojos un momento. Se mordió el labio y bajó la mirada antes de volver a mirarme.

"¿Qué?", preguntó riendo. Su piel era imposiblemente suave contra la mía, y lo único que pude hacer fue negar con la cabeza.

"Nada", murmuré. "Es que... no puedo creer que hayas pasado la mayor parte del fin de semana dentro de mí".

Se rio antes de morderme el lóbulo de la oreja, enviando otra cálida descarga de electricidad por todo mi cuerpo. Su mano bajó hasta mi pecho. "Yo tampoco".

Di gracias por haberme puesto el implante anticonceptivo (DIU) esta primavera. No pensé que lo necesitaría por lo poco que se suponía que me interesaban los hombres, pero sabía que no quería tener hijos pronto.

Seguimos haciendo el amor así durante horas. Perdí la cuenta de cuántas veces me estremecí entre sus brazos, o tiré de él más cerca para besarle. Era como si el tiempo hubiera desaparecido y no pudiera distinguir los días de las noches.

Lo único que conocía eran los momentos de sueño superficial que Edward y yo habíamos compartido, agarrándonos el uno al otro para salvar la vida. Luego nos despertábamos, en mitad de la noche o de la mañana o de la tarde, y necesitábamos volver a estar juntos.

Sólo sabía que era domingo por la noche por el reloj digital que había junto a la cama de Edward. Los números brillaban en verde igual que los ojos de Midnight, y suspiré cuando se vio obligada a abandonar el baile e irse a casa antes de que el reloj diera las doce.

"No puedo presentarme a trabajar vestida de Dolce y Gabbana", dije mientras Edward me besaba la clavícula. "Carol sabrá que pasa algo".

"Ya sabes", dijo distraídamente, y me señaló una peca en la clavícula derecha. "Esta peca es mi favorita. Tienes unas cuantas, pero esta realmente me atrapa de una manera que las otras no...".

"Edward." Rodé sobre él y me puse a horcajadas sobre su cintura para llamar su atención. "Lo digo en serio. Tengo que ponerme ropa de trabajo antes de ir mañana a la oficina".

"¿Por qué?", preguntó desde debajo de mí. Sus ojos recorrieron todo mi cuerpo con deleite. "Estoy seguro de que todas las secretarias se quedarían impresionadas si fueras a trabajar con ese vestido. ¿No he elegido bien?".

"Sospechosamente bien", dije, y le toqué uno de sus tirabuzones oscuros. "¿Estabas tomándome las medidas en secreto o algo así?".

"Tengo buen ojo para la belleza", dijo. Empezó a recorrerme el torso con los dedos hasta el cuello. "Pero debo admitir que fue más divertido arrancarte el vestido que otra cosa".

"Eres incorregible", dije, pero sabía que me encantaba. Respiré hondo, y nuestros ojos se encontraron con seriedad por primera vez aquel fin de semana.

"Vamos", dijo. "Si me dejas, también puedo volver a subirme la cremallera del vestido".

"Gracias", respondí, y saltamos de la cama.

No podía creer que estuviera de nuevo ante su puerta.

Me apretó contra la pared y prácticamente me derretí, aunque era la primera vez que lo veía vestido en todo el fin de semana.

"Bueno", dijo, y me miró.

Me di cuenta de que Midnight arrastraba su suave colita alrededor de mis pies, y sonreí tristemente antes de levantar la vista hacia Edward.

"No es por aburrir", dije. "Pero...".

"Lo sé", murmuró con un movimiento de cabeza. "Estás casada".

No pude evitar soltar una risita. "Edward...".

"Vale, vale." Sonrió y sus ojos brillaron en la penumbra.

No podía creer que el hombre que me había aterrorizado tanto al llegar a Harmony & Gold me sonriera así. De hecho, no podía creer que ningún hombre me sonriera así. Me habían engañado tanto antes que había olvidado cómo era el amor genuino.

Espera, espera. ¿Amor genuino? ¿Con Edward Macintosh?

¿Mi cerebro se estaba volviendo loco? Toda mi carrera dependía de esto, y no podía cagarla. Pero no podía controlar la forma en que mi cuerpo reaccionaba al suyo. Lo deseaba tanto, aunque sabía que estaba mal.

"Nadie en el trabajo puede enterarse de esto", dije asintiendo con seriedad.

"No me digas, Sherlock", dijo bromeando, y sentí que mi cara se sonrojaba como una colegiala nerviosa.

"¿Sabes?", empecé. "Eres mucho menos serio a la hora de la verdad. No pensé que sería yo quien te diría cómo comportarte en la oficina".

"Oh, lo sé", suspiró. "Pero hay algo en ti que me levanta el ánimo. No sé qué es, simplemente... me haces feliz".

Oh tío. Sentí que mis entrañas se volvían completamente viscosas.

"Tú también me haces feliz", chillé. Midnight se acercó a mí y se rascó la oreja contra mi espinilla.

"Pero tienes razón", dijo, y miró al suelo. "Nadie puede enterarse, aunque me duela decirlo. Aunque desearía... que las cosas fueran diferentes. Mira, Allie. Tengo tanto que perder como tú, si no más. Después de todo, yo ya soy abogado de Harmony and Gold, y tú sólo estás al principio del salvaje y jodido viaje al que nos referimos como el mundo legal".

"¿De verdad crees que es un viaje salvaje y jodido?" pregunté medio en serio.

"No estoy seguro", dijo con un suspiro. "Pero acostarse con la becaria no está en absoluto de acuerdo con las normas, y categóricamente no deberíamos estar haciendo esto. Y no quiero que tú también salgas lastimada. Como he dicho, estás justo al principio de tu carrera".

"No, no deberíamos", dije, y miré a Midnight en el suelo.

Mi corazón se hundió, pero de repente una mano familiar se acercó a mi barbilla y me levantó

la cara. En un instante, los labios de Edward se habían encontrado con los míos y me apretaba contra la pared junto al ascensor.

"Allie", gimió mientras me cogía por la cintura y me besaba hasta las orejas. "Allie, no me canso de ti".

"Me doy cuenta", respondí en un extraño intento de ser tímida, pero la verdad era que yo tampoco podía saciarme de él. Lo había deseado todo este tiempo, y ahora que por fin lo tenía, sabía que no podíamos seguir así.

Se apartó de la pared y se alejó de mí, pero pude ver el anhelo en sus ojos. "No puedo hacer esto. Quiero decir, no puedo hacer esto. Quiero hacerlo. Sabes que sí, lo sabes tan bien como yo. Deberías irte a casa. Te veré en la oficina".

"Te veré en la oficina", susurré, y aunque me dolía alejarme, tomé el ascensor escaleras abajo.

Cuando empecé mis prácticas, subir las escaleras había sido un pequeño placer, pero ahora no era más que un grano en el culo. Después de subir las escaleras con tacones, empujé la puerta y solté un grito ahogado al ver quién estaba allí.

Era mi buen padre, con jersey de guardabosques y todo.

Oí la puerta cerrarse detrás de mí como si estuviera a diez millas de distancia.

"Hola, Allie", dijo. Se cruzó de brazos en señal de desaprobación, como si hubiera entrado en casa después de buscar lombrices en el barro o algo así.

Pero papá amaba la naturaleza, y las lombrices eran su onda. Sin embargo, ¿abogados ardientes y sexys que no podían despegarse de su única hija?

Esa era una historia completamente diferente.

"Papá", dije. "Lo siento mucho. No sabía que vendrías".

"Pensé que te sorprendería", dijo encogiéndose de hombros. "Pero parece que has estado ocupada".

"Estaba con mi... amiga", dije.

Papá enarcó una ceja.

Mierda, mierda, mierda. Nunca le mentí a mi papá, y ahora estaba absolutamente luchando por mi vida aquí afuera.

"¿Una amiga?" Dio un golpecito con el pie. "¿Qué clase de amiga?".

"Una", empecé, "una que es... es un hombre".

Maldita sea. Quería mentir otra vez, pero sabía que no podría.

"¿Un hombre?", preguntó. "Interesante. ¿Un chico, tal vez? ¿Como... un novio?".

"Algo así", dije, e intenté pensar en la persona menos parecida a Edward que pudiera imaginar, para que no sospechara que en realidad me acostaba con mi jefe.

"¿Oh? ¿Y tiene nombre?".

Venga ya. Nada como Edward. Nada como él. Anti-Edward. Opuesto.

"Un poco feo", dije.

"Perdón, ¿Qué has dicho?" Dio un paso hacia mí. "¿Acabas de decir que era un poco feo?".

No podía creer lo que acababa de salir de mi boca.

"No, he dicho que se llama Keith", dije con un encogimiento de hombros fingidamente casual. "Keith... Rugby. Es... un artista que Malia me presentó en una de sus reuniones".

"¿Un artista?" Puso los ojos en blanco. "Oh, vamos. Pensé que ibas a decir que era alguien del

trabajo, ¿y ahora me entero de que probablemente es un niño rico que se gasta todo el dinero de sus padres pintando césped o algo así? Al menos podría haber sido un abogado".

"Papá", dije con una risita, y sentí que la tensión entre nosotros se suavizaba. "No pasa nada, te lo prometo. Sólo me divierto un poco los fines de semana para desahogarme después de una larga y ardua semana de trabajo".

"Pero, cariño, ¿y si nos concentramos?", preguntó. "¿No habíamos quedado en que nada de chicos? Y no me tomes por un cascarrabias, porque no lo soy, ¿vale? Sólo quiero verte triunfar como la abogada de más altos vuelos que puedas. Vence a esos hombres fuera del parque".

"Lo sé, papá, lo sé", suspiré. "Y te prometo que lo haré. Pero no puedo hacerlo todos los días, ¿sabes? El fin de semana es para salir con nuevos amigos. Para eso es, ¿no?".

"Mira, cariño", dijo y negó con la cabeza. "Tengo que irme. He venido a saludar de camino a Jersey para reunirme con uno de los guardabosques que se han mudado allí, pero ahora voy a tener que ponerme en camino".

Suspiré y sentí que se me caía el corazón. "Lo siento muchísimo. ¿Ni siquiera puedes quedarte para una cena tardía o algo así?".

"Hoy no, Allie-gator", se encogió de hombros. "Tengo una cita excitante oyendo hablar de la flora y la fauna de los pinares, y luego me vuelvo a Vermont".

Se acercó y me dio un ligero beso en la frente.

"Siento todo esto", murmuré. "Ojalá me hubieras avisado de que venías".

"No, fue una tontería por mi parte", dijo. "Sé que la ciudad es un lugar excitante. Debería haber tenido en cuenta que quizá tuvieras una vida".

Me guiñó un ojo y se dirigió a la puerta.

"Espero que estés bien, papá", le dije.

Me sonrió. "Estoy bien", dijo. "Ahora pórtate bien y trabaja duro. Eso es todo".

Y cerró la puerta de golpe.

Me quedé de pie en el apartamento vacío. Ni idea de dónde estaba Malia, quizá en alguna fiesta. Con el artista imaginario, Keith Rugby.

Me descalcé y respiré hondo varias veces. Había perdido la cabeza por Edward, y empezaba a notarse.

Y lo que era peor, no tenía ni idea de cómo volver a una Allie a la que aún reconociera.

Capítulo 23

Allie

No me había cepillado el pelo en todo el fin de semana y me sentí bien al volver a tenerlo limpio y elástico. Pero el flequillo me colgaba de la cara mientras caminaba de puntillas por la oficina e intentaba no molestar a las secretarias.

No es que ninguna de ellas hubiera hecho nada malo, pero me sentía observada. Y en mi cabeza intelectual, sabía que eso no era posible.

Pero mi mente me jugaba malas pasadas. Me sentía como si tuviera "puta" escrito en la frente con pintalabios rojo y como si todo el mundo supiera exactamente lo que había hecho ese fin de semana.

Elegí trabajar en la biblioteca jurídica, pero no dejaba de abrir la puerta y asomarme para ver qué hacía Edward. Tenía la ligera sospecha de que a él le pasaba lo mismo que a mí, porque su puerta no se había movido en todo el día, aunque sabía por Carol que había entrado a la hora normal.

A la hora de comer, salí de la biblioteca jurídica y me dirigí al ascensor, que por desgracia estaba justo al lado del guardarropa. Gina cerró de golpe su taquilla y se giró para verme.

Se me encogió el corazón cuando torció la boca en señal de desaprobación. Era como si tuviera el instinto mágico de que Edward y yo nos habíamos acostado.

"Buenas tardes, Allie", dijo. "¿Adónde irás a comer hoy?"

"Um", dije, y no podía recordar una sola palabra que hubiera aprendido en mi vida.

"Um, um", repitió y se cruzó de brazos. "No estoy segura de dónde es, pero iré a otro sitio. Quizá deberías invertir algo de tiempo en conseguir un vestuario de verdad".

Cruzó a mi lado y entró en el ascensor que yo iba a coger, pero estaba claro que debería haber esperado al siguiente.

Respiré hondo y suspiré.

Conseguí evitar el ajetreo de Times Square y me encontré vagando por Midtown en busca de un trozo de pizza de un dólar. Aunque no sabría tan bien como cuando la comía con Edward, seguía teniendo hambre y no quería encontrarme con los otros internos.

Todos habían guardado silencio sobre mí desde la desaparición de Randy. Aunque, por lo que yo sabía, sólo sospechaban lo que había hecho, ya les caía mal por mi pedigrí, o por la falta de él. ¿Por qué no añadirle otra dimensión? Por qué no añadir que yo había saboteado a su querido amigo cuando no era más que la chica tonta de Vermont.

Esquivé las miradas de la gente a mi alrededor, intentando pasar desapercibida. Me sentía sobreexpuesta y sobreexcitada, como si llevara la piel del revés. Pensé que el paseo me despejaría la mente, pero en lugar de eso me encontré pisando charcos distraídamente, como una especie de turista. No me di cuenta de lo en las nubes que estaba hasta que choqué de lleno con una farola y un vagabundo me señaló con el dedo. Me alegré de alegrarle el día, aunque me sentí como una idiota.

Tal vez, después de todo, este no fuera mi sitio.

Volví a la oficina con los zapatos mojados y el pelo alborotado. Me había sentido como una diosa del sexo durante todo el fin de semana y ahora volvía a ser la vieja y desaliñada Allie del traje barato. Bueno, Gina podía deleitarse con eso. Todas las internas podían.

Intenté evitar las miradas de las secretarias con sus preciosos trajes combinados. Me sentía como una rata de alcantarilla empapada que había alienado a todas las personas a las que quería impresionar en estas prácticas que supuestamente me cambiarían la vida. No me arrepentía de haberme acostado con Edward, pero maldecía el hecho de que fuera mi jefe y de que ésta fuera la situación en la que nos encontrábamos.

Sí, me cambió la vida. Pero no de la manera que esperaba.

Me pasé toda la tarde sentada en la biblioteca jurídica mirando papeles sin asimilar ni una sola palabra. Tal vez Edward quisiera hablar al final del día, cuando todos se hubieran ido. Esas horas solían estar reservadas para nosotros, al margen de la cháchara de los demás abogados y las secretarias. Era cuando siempre pasábamos tiempo juntos.

Una figura familiar pasó por delante de la habitación. Me levanté y abrí la puerta de golpe para encontrarme a Edward parado justo delante del ascensor.

El perfil perfecto de su rostro prácticamente resplandecía bajo la luz chillona del ascensor, y me entraron ganas de estirar la mano y tocarlo. Hacía sólo veinticuatro horas había estado pegada a la puerta de su apartamento. Él quería que me quedara, y yo también.

Le había dicho que no podíamos hablar de ello en el trabajo. Él había aceptado. Se suponía que estaría bien. Se suponía que todo iría bien. Nos ignoraríamos el uno al otro, y actuaríamos lo más profesionalmente posible.

Sin embargo, empecé a sentir cómo me caían lágrimas calientes por las mejillas.

Edward

Había sido un día maníaco y un poco de póquer me iba a tranquilizar. Claro que ver a los chicos sería un poco irritante, pero encontraría la forma de controlar mi aprensión.

Mientras volvía a casa, puse a todo volumen música electrónica en el coche. No era propio de mí, pero aún me quedaba algo de energía de tanto hacer el amor este fin de semana.

Espera, espera. ¿Hacer el amor? Realmente estaba perdiendo la cabeza por esta chica. Tenía que controlarme antes de llegar a casa de Brendan.

"¿Has visto American Psycho, Brendan?" preguntó Patrick mientras se pavoneaba en el salón imposiblemente ordenado y se apoyaba en el marco de la puerta.

"Si vas a compararme con ese asesino, te sugiero que no lo hagas", dijo Brendan guiñándole un ojo. Pero sus ojos brillaron al mirar a Patrick. "No sea que quieras descubrir lo parecidos que podemos llegar a ser".

"Creo que se refería al apartamento", dijo Malcolm, mirando hacia la ciudad.

Brendan vivía, obviamente, en lo alto del Dakota, desde donde la vista sobre Central Park era sencillamente mágica. Me sentía como si viviera en la mansión de Jay Gatsby cada vez que asistíamos a la noche de póquer en su apartamento.

Los suelos de madera se abrían a elegantes ante paredes de color blanco roto, decoradas con estanterías, cuadros y reliquias familiares. Había retratos por todas partes de Brendan y sus hermanos de niños, con caballos a la orilla del mar y todo ese rollo de los hiper ricos.

"Bueno, trabaja duro y vive bien", dijo Brendan, dando un sorbo a su whisky y mirando por el ventanal.

No pude evitar poner los ojos en blanco. Era tan dolorosamente obvio que Brendan no había trabajado ni un solo día de su vida antes de decidirse por la carrera de sus sueños. Su padre había pagado la entrada del piso, si es que no era ya de su familia.

Nos sentamos alrededor de la mesa de póquer hecha a medida y observé cómo Brendan daba caladas a un puro. Sentía los ojos de Malcolm clavados en mi cabeza, suspiré y lo miré.

"¿Hay algo que quieras decirme?" le pregunté mientras barajaba las cartas en mi mano.

Asintió con la cabeza. "¿Sabes que Randy desapareció? ¿Mi becario?".

"Ya me lo has contado", respondí, dando un trago a la cerveza. Volvió mi habitual acritud, y todas las sensaciones vertiginosas que había sentido con Allie empezaron a salir volando por la ventana.

"Y fue culpa de tu chica", afirmó Malcolm. Patrick tosió incómodo.

"Ella era la única que estaba cerca cuando él dijo dónde estaba su expediente", añadió Patrick en voz baja. "Eso es lo que dicen los otros internos".

"Sabes que eso va contra las reglas de la apuesta, Edward", dijo Malcolm.

"Lo sé", dije encogiéndome de hombros. "Claro que sí. Sin embargo, ella las violó accidentalmente. Yo no le dije lo que tenía que hacer. Pero si se da el caso, aceptaré la descalificación".

Toda la sala se quedó en silencio, y los chicos se miraron entre sí con suspicacia.

"¿Qué?" pregunté y miré entre ellos. "¿No es eso lo correcto? ¿Perder mi puesto en la apuesta por una regla incumplida?".

"Tú no eres así, Edward", dijo Brendan, que se echó hacia atrás y me miró con los ojos entrecerrados. "No es el Edward que conozco".

"Sí", coincidió Malcolm. "El Edward que conozco nos mandaría a la mierda y argumentaría que no sabía que su becario había infringido la norma. Diría que no fue culpa suya, y también tendría alguna oscura doctrina clásica para demostrarlo."

"De acuerdo", respondí. "Así que estás obsesionado conmigo".

"No me lo trago". Brendan me lanzó una mirada cómplice por encima de sus cartas. "Creo que te gusta tu becaria, y creo que a ella también le gustas tú".

Toda la sala volvió a quedarse en silencio. Normalmente podía hablar de mis conquistas con los chicos, pero esto era diferente. No sólo me sentía especial con Allie, sino que también sentía que estaba demasiado metido.

"Guau", dijo Malcolm para romper el silencio, y algunos de los otros chicos se rieron también.

"Basta", dijo Cameron, y los calló a todos con una mirada cargada.

"Por Dios, Cameron, cálmate un poco", dijo Brendan. "¿Por qué estás siendo tan marica?".

"¿Así que mantener un mínimo de profesionalidad me convierte ahora en un marica?".

"Sí, lo es", respondió Brendan. "Al menos en mi casa. No nos hemos reunido aquí para charlar, a menos que me equivoque".

Sentí que me enfurecía y me puse de pie.

"¡Podéis callaros todos!" grité.

Juro que vi a Brendan temblar en su silla.

"Edward", empezó Cameron, y estuvo a punto de levantarse.

"No", dije, agitando la mano. "No. Sólo quiero salirme de la apuesta, ¿podéis dejarme en paz, imbéciles?".

"No es tan sencillo", dijo Brendan, y me miró con malicia. "Tienes que pagar las consecuencias".

"Oh Cristo, Brendan," Cameron gimió. "¿Podemos dejar la preparatoria un solo día de nuestras vidas?".

"Cada momento en el que no estoy actuando como un imbécil total es un momento

desperdiciado", dijo Brendan, y me sorprendió oírle admitirlo. "Odio este decoro. Estoy aquí por sangre, y la quiero ahora".

"No estoy de humor para tus juegos de chico de fraternidad, Brendan", protesté. "Cállate de una puta vez y déjame salir de esta apuesta".

"No te enfades tanto, Edward", murmuró Patrick en voz baja. "Vamos a calmarnos todos".

"No", dijo Brendan. "Y llámame mocoso o lo que quieras, pero aquí no se hace. Has roto las reglas del juego, y ya me has echado bastante mierda por echar a mi propio becario".

"¿Qué quieres?" Pregunté.

"Tirármela en la oficina", dijo Brendan con un cruel movimiento de cabeza.

Sentí que se me helaba la sangre. "De ninguna manera", dije. "Cerdo".

"Eso es lo que quiero", dijo encogiéndose de hombros. "Y tengo lo que quiero. Quiero que el Sr. Culo Tenso Corporativo le haga Lewinsky".

"Eso es tremendamente inapropiado Brendan, especialmente viniendo de alguien de la influencia política de tu familia", dijo Cameron. "No digas eso".

Brandon puso los ojos en blanco antes de soltar un resoplido.

"Cría un par, Cameron", dijo Brendan. Se inclinó hacia mí y me miró. "¿Ni siquiera por un millón?".

Una vez más, la habitación se quedó inmóvil. No pude evitar que mi corazón empezara a latir con fuerza ante su oferta.

"Eso es asqueroso, tío", dijo Malcolm y sacudió la cabeza. "Eres un mocoso enfermo".

"No importará si consigue las prácticas", ofreció Brendan. "Tendrías más que suficiente para tu bonita casa de lujo".

Por un momento, todo pareció fácil. Podía poner el dinero donde quisiera, y no tenía que preocuparme de que Allie ganara.

Espera, espera. ¿Estaba loco? Era un trato terrible, y sería el mayor imbécil del mundo si accedía.

"No", dije con calma, y sentí que mis pies me llevaban de la mesa de póquer a la puerta del apartamento.

"¡Edward!" Oí a Cameron gritar tras de mí, pero ya era demasiado tarde.

Capítulo 24

Allie

"Me alegro mucho de haberte sacado por fin de casa", dijo Malia, y me arrastró de la mano derecha hasta el Golden Bar.

Malia estaba celebrando que había terminado una de sus mayores instalaciones y había elegido el Golden Bar del Lower East Side para celebrarlo.

Me alegré de que por fin llegara el fin de semana. Otro aluvión de sonrisas amables a Edward y deseos de que me comieran viva las cucarachas. Apenas me miraba y la sensación de que todos querían que me fuera empezaba a crecer.

Me había vuelto paranoica. Y lo que era peor, sentía que el señor Waltz, o Brendan, estaba detrás de mí. Odiaba a ese tipo. Tenía la sensación de que siempre se estaba riendo de alguien y, dado mi ya frágil estado, seguía imaginando que yo era el blanco de la broma.

Pero el bar era un cambio agradable con respecto al mundo jurídico. Me sentía como en una nave espacial. La instalación de Malia era un pollo gigante de papel maché de seis por seis metros con caras reflectantes que brillaban como una bola de discoteca. Junto a la gallina había un huevo azul gigante que me dejó boquiabierta. Era de mi misma altura y me quedé paralizada por lo azul que era.

"Esto tiene que ser emocionante", dije, pero mi voz obstinada desmintió lo cansada que estaba de mi agotadora semana de trabajo.

"Aquí tienen flotadores de vodka con refresco de naranja", dijo Malia mientras abría los ojos al ver el menú. "Parecen deliciosos".

"Traeré algunos", dije con una sonrisa forzada. "Para celebrarlo. Bien hecho, Malia".

"Caramba", dijo con una risita. Sonreí y me dirigí a la barra.

Chicas con tacones, chicos con extraños pantalones transparentes, todo el mundo estaba listo para una fiesta menos yo. Finalmente me dirigí al mostrador dorado. Pero cuando vi quién estaba allí, se me heló la sangre.

Era Randy.

Mierda, mierda, mierda.

Estaba concentrado en pulir un vaso, pero se volvió y se encontró con mis ojos. Nos quedamos allí un segundo, ninguno de los dos dijo nada.

Mierda, mierda. Y yo que pensaba que las cosas en mi vida no podían ser más incómodas.

"Umm, hola", dijo, y se inclinó hacia mí a través del mostrador. Llevaba un polo rosa con el logotipo del Golden Bar.

"Hola", respondí, e intenté no mirarme los zapatos. "Oh tío, Randy..."

"Han sido unas semanas duras", dijo encogiéndose de hombros. "Realmente muy duras".

"Me siento fatal", susurré, pero sabía que me había oído".

"Mira, Allie", dijo con un suspiro. "Te lo reconozco, fue jodidamente malo. Pero te prometo que te habría hecho lo mismo si hubiera tenido la oportunidad. Lo único que importa es ganar, ¿no?"

"No te creo", dije. Podía sentir como las lágrimas empezaban a brotar de mis ojos. "Creo que eres mejor que eso".

"Soy un buen tipo", dijo. "Pero tengo una vena competitiva".

"Oh Randy," dije y sacudí la cabeza. "Está todo jodido".

"Lo sé", dijo poniendo los ojos en blanco. "Créeme, lo sé mejor que nadie entre todos los internos. Pero voy a contarte algo, Allie. Tienes que vigilar tu espalda, porque sé a ciencia cierta que hay alguien ansioso por clavarle un cuchillo".

"Lo siento Randy", me disculpé, y él se limitó a agitar la mano en el aire. Estoy segura de que no quería oírlo, aunque fuera verdad.

"Lo que tú digas, Allie", suspiró.

Asentí y vi cómo Randy se daba la vuelta y atendía a otro cliente. Luego, eché un vistazo a Malia, que estaba bailando con un grupo de gente con extraños cabellos decolorados y lazos chulos en el pelo.

No podía con esto. Ganar no era nada y, sobre todo, ganar me estaba haciendo perder todo el sentido de mí misma.

Vi la señal del baño para todos los sexos y entré antes de que nadie se diera cuenta de que me había ido.

Una vez dentro del baño, curiosamente plateado, saqué mi teléfono.

Sólo se me ocurría mandar un mensaje a una persona y, aunque me sentía rara, no podía dejar de sentir pánico.

Encontré el número de Edward.

Hola. Estoy en esta fiesta y la odio. Ojalá no fuera así, pero estoy aquí entrando en pánico en el baño y no sé qué hacer. No quiero molestar pero no sé a quién más llamar.

EDWARD: Está bien, por favor no te preocupes. ¿Dónde estás?

ALLIE: Golden Bar en el Lower East Side.

EDWARD: Quédate ahí y te llamaré cuando esté fuera.

Exhalé. Aunque no quería admitirlo, me sentí más aliviada que en toda la semana.

Edward cerró la puerta del Audi tras de sí y se subió al asiento trasero detrás de mí. Le había dicho a Malia que había comido algo en mal estado y que estaba a punto de explotar, lo cual siempre era una buena excusa si no querías que nadie hiciera preguntas.

Y ahora, estaba en el asiento trasero del coche de Edward.

"Esto es una locura", respiré mientras él empezaba a pasarme las manos por los brazos, por la cintura. "Ni siquiera hice esto de adolescente".

Le quité la americana y tanteé sus botones en la oscuridad. Estaba en erupción de puro calor blanco, y no había nada en lo que pudiera pensar más que en él.

Me quitó la camiseta de mariposas turquesa que llevaba y empezó a revolverme la falda.

"Olvídalo", le dije. Me subí encima de él y me puse a horcadas sobre él. Empecé a desabrocharle los botones de los pantalones y sentí su polla palpitando a través de los calzoncillos mientras me chupaba los pezones.

Gimió y me metió los dedos por debajo de la falda. Sentí que me estremecía bajo sus caricias, le chupé el lóbulo de la oreja y metí la mano bajo sus calzoncillos.

"Edward", gemí, y saqué de sus calzoncillos su miembro duro y palpitante. Me aparté las bragas y empecé a frotarlo contra mi raja hasta que se introdujo dentro de mí.

Él gimió, y yo empecé a moverme lentamente arriba y abajo sobre su miembro.

Yo temblaba de placer, y él acercó su cara a la mía y me besó mientras yo lo montaba en la

parte trasera del coche. Estábamos completamente entrelazados, y sentí que una vez más no había nada en el mundo excepto nosotros. Justo ahí, justo ahora.

"Edward", gemí, subí y bajé sobre él y lo apreté más contra mí. "Esto es..."

"Lo sé", murmuró mientras me besaba el cuello. "Pero no me importa. Sólo te quiero a ti".

Olía a sudor y colonia, le mordí la mandíbula y le besé el cuello una y otra vez. No podía saciarme de él y de su cuerpo perfecto. Sólo quería devorarlo.

"Allie", dijo, me cogió de las caderas y empezó a subirme y bajarme sobre él con movimientos más rápidos.

Un cálido nudo de placer se formó en mi interior. Apenas podía contenerme mientras él se introducía dentro de mí. En aquel momento sólo quería aferrarme a él hasta que nuestros cuerpos se fundieran, y me agarré a su espalda para acercarlo más a mí.

"Voy a correrme", le susurré al oído, y él me atrajo aún más hacia sí mientras me estremecía de placer.

"Allie", gimió, y me apretó aún más contra su polla mientras yo hundía la cabeza en su cuello y le besaba. No quería hacer mucho ruido, pero estaba prácticamente temblando de lo bien que me sentía. Era como si quisiera mantenerlo en secreto, evitar que la increíble y embriagadora sensación de su cuerpo en el mío saliera a la luz.

"Edward", susurré, y sentí cómo apretaba mis muslos.

Por un segundo dejé que me acunara e intenté imaginar que todo iría bien. Dejé que la oleada de dicha poscoital me llevara lejos de todas mis preocupaciones mundanas sobre el internado, sobre perderme a mí misma, sobre todo aquello.

Edward

Me acerqué a Allie y sentí su respiración contra mí. Por un momento no hubo mejor sensación en el mundo que la de estar los dos abrazados, aunque estuviéramos en el asiento trasero de mi coche como adolescentes cachondos.

Ni siquiera había oído vibrar mi teléfono, pero Midnight me había ronroneado mientras me servía un vaso de agua en la cocina. Había saltado limpiamente del suelo a la encimera y había puesto la pata en mi teléfono.

Nunca había sido un hombre supersticioso, pero me pareció extraño.

Esto era algo más que un asunto laboral. Sabía que me estaba enamorando de esta chica, y no había nada que pudiera hacer al respecto. Era adicto a la sensación de su piel contra la mía, a la forma en que me miraba. Todo lo que decía me hacía reír, y era la becaria más trabajadora con la que me había cruzado en mi vida. Me sentía impotente, y eso desde luego no debía ocurrir.

Allie

Pasó otro mes, otra reunión de resumen a la que asistir. Todos nos sentamos en la sala de juntas e intentamos no mirarnos porque la tensión palpable era demasiada. Sentía que todos podían ver lo que sentía por Edward, como si lo llevara escrito en la cara.

Aun así, el tiempo corría y apenas quedaban unas semanas de prácticas. Sólo una persona sería seleccionada, y todo empezaba a parecer mucho más real.

"Allie", dijo Carol, y miré a la directora de la oficina. Llevaba un vestido rojo de flores con zapatos rosa intenso que, por alguna razón, le quedaba absolutamente perfecto.

"Carol", respondí, y sacudí la cabeza para concentrarme. "Lo siento, tus zapatos..."

"Distraen mucho, lo sé", dijo guiñándome un ojo. "De todos modos, tu investigación no ha pasado desapercibida y me gustaría darte mi enhorabuena".

"Oh, gracias", dije con una sonrisa.

"Y Gina", dijo Carol. "Enhorabuena por tus contribuciones a tus casos con Brendan. Parece que sois un buen dúo".

"Tal vez", dijo Gina. La rubia gélida me miró y entrecerró los ojos.

Los otros dos chicos aún no se habían distinguido. Sabía de buena tinta que Gina iba a por todas y busqué en mi mente un punto débil.

Quizá Brendan y ella estuvieran tramando algo. Siempre parecían tan engreídos que me preguntaba qué chismes estarían contando en su despacho. Algunos días esperaba que se estrellara contra un puesto de perritos calientes y llegara al trabajo con su americana Chanel apestando a agua de salchichas.

Espera, espera. ¿Qué estaba diciendo? Ya había saboteado a una becaria, no podía hacer del despecho mi seña de identidad.

Ganaría por mi duro trabajo, o no ganaría.

"Srta. Adams, ¿podría ayudarme con estos archivos?" dijo Edward con una sonrisa burlona. Llevaba una camisa blanca impecable con una corbata dorada y una americana azul marino. Me acerqué a él con una sonrisa.

"Por supuesto, señor Macintosh", dije, y me quedé en su puerta mirándole a sus preciosos ojos marrones.

Me apoyé en el marco de la puerta y sentí que se agachaba y me cogía los dedos.

"¿Cuál es el caso de hoy?" le pregunté.

"Lo de siempre", respiró, y me cogió la mano entre las suyas. "Sólo unas ordenanzas territoriales".

"Qué cautivador", bromeé, y me miró fijamente.

"¿Te apetece algo divertido esta noche?" me preguntó.

"No", respondí sin romper el contacto.

"¿Vienes?" preguntó, pero de repente oí un portazo.

Gina salió corriendo de la sala de conferencias, al otro lado del pasillo, y Edward apartó su mano de la mía.

Hostia puta. ¿Nos había visto?

Me aparté el pelo de la cara y entramos en el despacho de Edward.

"Sabes, este caso está casi terminado", dijo Edward, y suspiró. "No podría haberlo hecho sin ti, Allie".

Se dio la vuelta y sonrió, y yo quise derretirme a pesar de lo helado que estaba. Fuera hacía un calor de mil demonios, pero aquí dentro había tanto aire acondicionado que prácticamente necesitaba un abrigo de piel.

"Edward", dije, y estaba a punto de darle las gracias cuando bajó la mirada y me besó.

Al principio me sorprendí, pero me dejé llevar por el momento. Lo rodeé con mis brazos y lo acerqué a mí para saborearlo.

Entonces llamaron a la puerta.

"Soy Malcolm", dijo una voz, y Edward me saludó con la cabeza.

Pasé junto a otro hombre trajeado y volví a la biblioteca jurídica.

Edward

"Vaya, tengo noticias para ti", dijo Malcolm, y entró en mi despacho. "Además, no pretendía asustar a tu amante. Quiero decir, a tu becaria."

"No hables tan alto", dije con un suspiro. "¿Qué quieres?"

"Oh vamos, vengo trayendo buenas noticias," dijo riendo. "De bienes inmuebles en Central Park Norte".

"Sigue", dije y levanté una ceja.

"Hay una casa de lujo a estrenar que aún no ha salido al mercado", empezó. "En Harlem. Como he dicho, con vistas a Central Park North. Es una propiedad muy cotizada, y no estará mucho tiempo en el mercado cuando salga a la venta, que será dentro de tres semanas. Pero ya sabes, soy un abogado de bienes raíces, así que sé dónde está la mercancía".

"No, tienes razón", dije y me aparté el pelo de la cara. "Perdona por no darme cuenta".

"Te entiendo, te entiendo", dijo asintiendo. "Pero es una ganga para Manhattan. Sólo necesitarías unos tres millones una vez que esté en el mercado".

"¿Se venderá por sólo tres millones?" Pregunté. "¿Está embrujada?"

"No, no", se rio. "Dios mío, eres un inquilino, ¿no? Tres millones de entrada, tío".

Parpadeé un par de veces y asentí. Sí, un pago inicial de tres millones sonaba bastante bien para una casa de ese calibre.

Había dos maneras de conseguir esa casa, y ambas implicaban a Allie. O ganaba la apuesta o aceptaba la enfermiza contraoferta de Brendan.

E incluso si ganaba la apuesta, 500k no era suficiente. Necesitaría otro millón para este lugar.

Pero ninguna de las dos cosas me parecía bien. Ninguna podía sentirse como algo aceptable en lo que confiar, y yo quería hacer esto por mi cuenta.

"Mira, ahora no puedo", dije encogiéndome de hombros. "Simplemente no está destinado a ser este año".

"Es una pena", dijo encogiéndose de hombros. "Pero pensé qué deberías saberlo".

Era una pena, y me sentí un poco perdido por una propiedad tan importante. Pero me mantenía firme, protegiendo a Allie y evitando los estúpidos trucos de Brendan. Sabía que estaba empezando a tomar mejores decisiones, y era gracias a la naturaleza amable y dulce de Allie.

Todos mis temores de que se pareciera más a mí se aplacaron porque sabía que me estaba pareciendo más a ella.

Capítulo 25

Allie

Edward cerró de un portazo la puerta de su despacho. Irradiaba una energía excitante, casi como si fuera un niño de escuela entusiasmado.

"¿Qué pasa? pregunté, y él apretó las manos y me miró fijamente.

"Acabo de recibir un correo electrónico de Mercedes Rodríguez", dijo, y levantó una ceja. "Los Langford se han quedado sin opciones y me ha dicho que están dispuestos a tirar la toalla". No con esas palabras exactamente, pero..."

"Dios mío", dije, y me llevé las manos a la boca. "Espera... esto es una locura. Esto es una locura total".

No me lo podía creer. Nuestro duro trabajo por fin había dado sus frutos.

"¿Y qué pasa ahora?" Pregunté, y Edward se encogió de hombros.

"Lo mismo de siempre", dijo. "Gran reunión y firma de escrituras. Todavía no hay fecha para el juicio. Luego, la empresa Langford se disolverá y se acabó".

"Parece triste", murmuré. "Casi como una muerte".

"Parece un billón de dólares para la empresa, y uno de los casos más rompepelotas de mi vida en mi haber", dijo.

Me sentí en conflicto, como todo este tiempo cuando se trataba de los Langford. Simon y Sandra no querían perder su empresa, y no parecía que ahora tuvieran adónde ir.

Pero seguía siendo una victoria para nosotros. Sabía que no era lo ideal, pero todo mi duro trabajo había conducido al resultado deseado, y eso era lo más importante en lo que pensar.

"Quiero sacarte", dijo Edward, y todas mis dudas se disiparon tan rápido como habían aparecido.

"¿Salir?" pregunté, y le sonreí. "Como..."

"A cenar", dijo asintiendo con la cabeza. "Una cita de verdad, si no te importa que lo llame así".

Edward se acercó a mí y empezó a cogerme por la cintura, y mi piel se sonrojó. Pero justo cuando estaba a punto de estrecharme entre sus brazos, llamaron a la puerta.

Se apartó rápidamente y abrió la puerta.

"Ah, señorita Prince", dijo, y alzando una ceja dejó pasar a la rubia.

"Hola, señor Macintosh", dijo ella con frialdad antes de volverse hacia mí. "Y tú, Allie".

Si un tono de voz pudiera matar, yo estaría muerta.

"¿Hay algo que pueda hacer por usted, Sra. Prince?" preguntó Edward, y sus ojos se vidriaron de espanto al mirar a la ansiosa interna.

"No mucho", dijo ella. "Pero Carol acaba de recibir noticias de Mercedes Rodríguez de que se retracta de su anterior declaración. Habló demasiado deprisa y creen que aún están en condiciones de luchar. No habían contabilizado del todo algunos impuestos de sucesiones tras el fallecimiento del padre de los gemelos Langford".

"¿Por qué llamaría a Carol y no a mí?". preguntó Edward y enarcó una ceja. Algo en todo esto parecía sospechoso.

"Llamaba para concertar una reunión para mañana", replicó Gina. "Sólo te digo lo que he oído, no conozco todos los detalles".

Inmediatamente sentí que mi interior se desinflaba. ¿Cómo podía hacernos esto después de habernos hecho ilusiones? A veces odiaba el mundo jurídico, aunque era lo único de lo que quería formar parte. ¿Cómo ha podido pasar esto?

"Gracias, señora Prince", dijo Edward. "Reaccionaremos en consecuencia con esta nueva información".

"Estupendo", dijo Gina con una sonrisa maligna, salió del despacho y la puerta se cerró tras nosotros.

"Esto es... esto es terrible, lo sé", dijo Edward con un suspiro, y apretó y soltó el puño. "Realmente pensé que lo teníamos ahí por un segundo".

"No pasa nada", dije encogiéndome de hombros. "Somos buenos trabajando duro, al menos tenemos esa baza".

"Sí, al menos está eso", añadió. "Aunque parece que no tendremos tiempo para nuestra cita".

"Podemos pedir comida para llevar", dije con una sonrisa, y él me miró y asintió.

"Me parece bien", dijo. "Es hora de mirar el impuesto de sucesiones".

A las ocho y cuarto, me moría de hambre y me rugía el estómago. Edward pidió pasta de uno de los sitios de enfrente y nos sentamos a comer carbonara en su despacho.

"Sabes, eres absurdamente trabajadora", dijo asintiendo con la cabeza. "Seguro que te aceptan en Bedford. Creo que estarían locos si no te quisieran".

"Bueno, puedes escribirme una carta de referencia", dije, y me zampé otro tenedor de espaguetis. "Necesito la beca, si no, no hay manera de que entre".

No podía creer que las prácticas estuvieran a punto de terminar. En dos semanas estaría de vuelta en Vermont, preparándome para Bedford. La idea de dejar a Edward hacía que mi corazón se estremeciera. No quería dejarle y estaba harta de ignorar lo que sentía.

"Edward", murmuré. "Yo... no quiero que esto termine".

"¿Qué, el caso? Porque yo desde luego que sí". Preguntó. Me miró y sonrió, y supe que estaba bromeando.

"No", le dije. "Quiero decir, nosotros...".

"Yo pienso lo mismo", dijo.

Dejé la comida a un lado y me levanté de la silla. Luego, me dirigí a su escritorio y miré al hombre del que no me cansaba.

El hombre que me cambió para siempre, para bien o para mal. El hombre que tanto me intimidaba, pero del que me había enamorado, y mucho. No podía alejarme de él, pero me parecía bien.

Me incliné hacia él y lo besé. Era dulce, y no quería dejarlo ir.

Para mi sorpresa, me apartó, ligeramente. "Allie, no deberíamos hacer esto en la oficina. No es que no te quiera, pero todos están aquí...".

Sabía que estaba mal, pero no podía apartarme de él. El hecho de que se suponía que no debíamos estar en la oficina sólo lo hacía más caliente.

"No me importa", dije, lo rodeé con mis brazos y caí sobre su regazo. Lo besé con más pasión hasta que mi cuerpo se calentó y no pude soportarlo más.

"Mira, no creo que sea el momento adecuado", murmuró, pero me abrí paso hasta su cuello. No me importaba el caso, no me importaba nada de eso. Todo lo que quería era a él, aquí y ahora.

Le desabroché los botones de la camisa y bajé hasta su cinturón. Le bajé la cremallera y le miré a los ojos mientras empezaba a masajearle la polla con las manos.

"Eres incorregible", murmuró, y pude sentir cómo se derretía bajo mis caricias. "Lo sé", dije

con una sonrisa.

Edward

Sabía que no debería haber estado haciendo esto, y menos en la oficina, pero era demasiado. La deseaba demasiado.

Empezó a rodear mi miembro con la boca y a meterme dentro. Sentí un escalofrío de placer que me recorría la espalda y empecé a agarrarle la nuca y a acariciarle el pelo.

Intentaba ser lo más silencioso posible, pero me costaba tanto no querer hacer el más mínimo ruido.

"Me encanta cómo sabes", murmuró Allie, y me sacó de su boca y me miró.

Me agaché, tiré de ella y la besé. Le pasé las manos por el pelo y la apreté contra mi escritorio.

Allie soltó una leve risita y yo no me cansé de oírla. Le pasé las manos por las piernas y le besé el cuello.

Levantó la falda y dejó al descubierto sus bragas azules de algodón. Se las bajé mientras besaba su cuello.

"Haces que sea imposible resistirse a ti", reí en su oído, y guie mi virilidad hacia sus suaves y tentadores pliegues.

"Jadeó cuando empecé a recorrer su humedad con mi miembro. Sentí que me quemaba y finalmente me hundí en su cuerpo cálido y hermoso.

"Mmm", murmuré en su oído mientras la tomaba sobre mi escritorio. Le pasé las manos por su precioso pelo y le besé la punta de las orejas y el cuello mientras sentía que me derretía dentro de ella.

Enterré la cara en su cuello y la apreté contra mí. Se sentía tan bien que se inclinó sobre el escritorio y empujó su cuerpo hacia abajo para que yo pudiera penetrarla aún más. Sus manos se extendieron y se aferraron al escritorio, y yo estaba tan excitado por lo bien que la hacía sentir.

Estaba tan abrumado por el placer que apenas me oía pensar. Pero de repente oí un crujido familiar y un escalofrío me recorrió la espalda. Miré y vi que se estaba desarrollando mi peor pesadilla.

La puerta se abrió. Carol parecía haber recibido una bofetada.

Gina y Brendan estaban detrás de ella, y yo me puse en piloto automático mientras Allie se bajaba de mí y yo intentaba volver a subirme la cremallera de los pantalones.

"Carol", dije, pero ella se limitó a quedarse en la puerta y a negar con la cabeza.

"Esta es una conducta absolutamente increíble", dijo. "Por parte de los dos. Estoy conmocionada".

Los ojos de Gina brillaban azules detrás de ella, y tuve la sensación de que ella había estado detrás de esto.

"Allie, ven conmigo. Creo que está bastante claro que no encajas bien en Harmony & Gold". Dijo Carol, y Allie me lanzó una mirada de tal dolor que apenas pude soportarla.

"No es culpa suya", dije. "En absoluto. Por favor, Carol. No la penalices".

"Ya has hecho bastante daño, Edward", se quejó Carol.

"Sí", se rio Gina. "Y bien hecho, Allie".

"Gina, por favor, déjame esto a mí", dijo Carol. "Tú también has hecho bastante".

"Pero fui yo quien te habló de esto", dijo ella, y se cruzó de brazos desafiante. ¿Cómo puede ser esto culpa mía?".

"¡Vete y métete en tus malditos asuntos!" Dijo Carol.

Esto era una pesadilla. Todo se desmoronaba ante mis ojos.

"Bueno, buen trabajo, Edward", dijo Brendan, y se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta. "Parece que realmente ganaste la apuesta después de todo".

Se me heló la sangre. Miré a Allie, que me miraba con cara pálida y sorprendida.

"¿La apuesta?" Preguntó, y le tembló la voz. Mierda. Sabía exactamente cómo sonaba esto, y ella nunca me lo iba a perdonar.

"Allie," dije. "No es..."

"Oh," dijo Allie, y se llevó la cabeza a las manos y miró entre todos nosotros.

"Lo sé", dijo Brendan, y le hizo un mohín de burla. "Realmente pensabas que eras especial, ¿eh?"

Me miró como si intentara decir algo, y sentí como si tuviera trismo. Dios mío. ¿Qué coño estaba pasando? ¿Cómo me había metido en esta situación?

¿Y por qué no podía decirle una sola palabra a Allie?

Capítulo 26

Allie

"Toma", dijo Carol, y me entregó una caja de cartón. "Para tu taquilla".

"En realidad no guardo cosas ahí", dije, y se la devolví.

"Normalmente las guardabas en el despacho de Edward", dijo Carol mientras me la arrebatava.

"Esto es una verdadera vergüenza, Allie. Una verdadera gran vergüenza".

"Soy consciente", dije, y eché los hombros hacia atrás para mi aderezo.

"Sabes que tenías la plaza de Bedford en la bolsa", dijo Carol, y se cruzó de brazos.

¿Cómo lo sabía? ¿Se lo había dicho el Sr. Harmony o se estaba burlando de mí?

En cualquier caso, ahora no importaba.

"Es una pena", respondí en tono monótono.

"¿En qué estabas pensando?" preguntó Carol. "Son tus primeras prácticas, justo al principio de tu carrera".

"Obviamente no estaba pensando", dije, y miré a Carol a los ojos. A pesar de sus duras palabras, había cierta simpatía en ella que me dolió tanto como la reprimenda.

Realmente lo había tirado todo por la borda sólo por estar con un tío. Y todo había sido una broma desde el principio.

No podía sacarme el recuerdo de la cabeza. Era como si aquel grupo entrara permanentemente en la oficina y me encontrara con Edward literalmente dentro de mí. La vergüenza al rojo vivo hizo que mi estómago quisiera girarse hacia dentro y dar volteretas. No podía creer que hubiera hecho algo tan atrozmente exhibicionista para que me lo echaran en cara.

Sólo de pensarlo me estremecía. Y aún peor, pensar que todo el tiempo había sido parte de una estúpida apuesta. No conocía los términos ni las condiciones, pero si de lo que se trataba era de avergonzarme, lo había hecho muy bien.

No. Me lo sacudí y traté de pensar en otra cosa. Edward no era ni mucho menos un tipo cualquiera, pero ahora mismo no podía ni pensar en él.

Sabía que aunque le rogara que se quedara, Carol no cedería. No tenía sentido postrarme ante ella en vano.

Salir de Harmony & Gold fue un borrón. Sólo recuperé el sentido de lo que estaba pasando cuando pisé el metro y sentí que temblaba bajo mis pies. Apagué el teléfono para que el mundo no pudiera molestarme, ni siquiera las personas a las que quería.

Pensaba que había hecho que Edward dejara de ser el hombre frío y despiadado que yo conocía. Pero había sido así desde el principio y sabía que no cambiaría. Le importaba ganar, y yo había sido tan estúpida como para no creerle cuando me mostró exactamente quién era. Después de todo, yo sólo había sido un peón en su juego, en una apuesta que ni siquiera me importaba.

Me había sacrificado por él, y sólo yo tenía la culpa.

La puerta se cerró tras de mí y entré en el apartamento.

"Alliiiiiiiiee, estoy haciendo tacoooooooo", cantó Malia, pero cuando me miró se dio cuenta inmediatamente de que algo iba mal.

"Ummmm, cariño ¿qué está pasando?" preguntó, e inmediatamente giró hacia la cocina. "Te estoy haciendo un té de menta ahora mismo. Voy a ponerle un poco de lavanda y tintura de

castaño blanco para que te calmes, y luego vamos a hablar".

"No puedo", grité de repente, y corrí a mi habitación y me dejé caer en la cama. "Es un puto cabrón y le odio Malia, le odio".

Malia intentó acercarse a mí, pero yo estaba inconsolable.

"Allie", dijo. "Allie, por favor, te prometo que todo irá bien..."

Empecé a balbucear incoherencias entre sollozos y traté de limpiarme todos los mocos de la cara. Ahora me salían todos.

"Quiero irme a casa", sollocé. "Odio todo esto, quiero irme a casa".

"¿Sabes el número de tu padre?", preguntó. "¿Quieres que lo llame?"

Marqué el número de mi padre en su móvil.

La oí murmurar algo por el móvil mientras la tetera empezaba a silbar de fondo.

Al cabo de unos minutos, apareció con una taza turquesa y dorada de la que salía un líquido caliente con un olor increíble.

"Hola, cariño", me dijo, y puso la taza en mi mesilla de noche. "Tu padre vendrá lo antes posible".

"Vale", murmuré, y me hice un ovillo y dejé que Malia jugara con mi pelo.

Deseé que un aparato de aire acondicionado cayera sobre la cabeza de Edward Macintosh al salir de la oficina. Deseé que le retiraran la licencia.

Me odiaba a mí misma por haberme enamorado de él.

Edward

Gina se había marchado y Brendan y yo estábamos solos. A la fría luz del despacho de abogados, miré fijamente a Brendan y me entraron ganas de patearle la cara al cabrón.

"¿Eres feliz?" le espeté. "¿Es esto lo que querías, puto tóxico de fraternidad?"

"Wow, Edward, ese lenguaje", dijo Brendan. "Eso no es muy decoroso por tu parte".

Quería pegarle en la cara, pero tenía que mantener la calma al menos un poco.

"Vete a la mierda, Brendan", dije. "No sabes nada bueno".

"No, pero puede que sí", dijo con la mirada. "Después de todo, apuesto a que esa niña estará buscando un despedido cualquier día de estos".

Eso fue todo. Me eché hacia atrás y le di un puñetazo al estúpido. Mi puño golpeó su mandíbula, retrocedió y sus ojos se abrieron de miedo. Por supuesto, era un niño rico tonto que no sabía lo que era estar en una pelea de verdad.

"Pedazo de mierda", dijo Brendan, y se abalanzó sobre mi cuello.

Me agarré a sus muñecas e intenté quitármelo de encima hasta que, de repente, los dos estábamos en el suelo. Le di un manotazo en la cara y lo inmovilicé.

Se oyó el ruido de tacones en el pasillo y luego oí abrirse la puerta.

"¡Chicos!" gritó Carol, me agarró por detrás de la camisa y me levantó. "Debería daros vergüenza".

Me quité el polvo de encima y miré con desprecio a Brendan, que aún intentaba recuperar el aliento.

"Pedazo de mierda", dijo, y Carol dio un pisotón.

"Esto es una locura", dijo. "Dejadlo ya. ¿Cómo habéis podido caer tan bajo? ¿Sacrificar la reputación de la empresa por una apuesta? Edward, tendrás suerte si no te suspenden para ejercer la abogacía, y mucho menos para hacerte socio. Y Brendan, vuelve a tu despacho ahora mismo".

"Pero Carol...", empezó.

"He dicho AHORA".

"Qué manera de ser un ganador dolorido".

Salió de mi despacho y Carol me lanzó una última mirada antes de dejarme recuperarme en paz. Al menos me concedió esa amabilidad.

Me desplomé en la silla y cogí el teléfono para llamar a Allie. Me acerqué el teléfono a la oreja, pero no salía nada del auricular.

Quería arrancar la sonrisa de la cara engreída de Brendan, pero sabía que había sido yo quien había iniciado la relación con Allie.

Esto era un desastre. Lo había arruinado todo para los dos, y ahora ella se había ido.

Capítulo 27

Allie

Hoy habría sido el último día de prácticas. Pero lo único que había podido hacer en las últimas dos semanas era mirar por la ventana las montañas ondulantes y contener las lágrimas. Obviamente, había tenido que contárselo a mi padre, porque me conocía lo suficiente como para sospechar que algo pasaba con mi jefe, al que idolatraba.

Lo único que había comido eran unos sándwiches de mantequilla de cacahuete que mi padre me había dejado en la puerta. Cuando llegué aquí, no dejaba de engatusarme para que fuera a la cafetería. Pero ya se había dado cuenta de que yo había terminado con todo eso.

Oí que llamaban a la puerta y levanté la vista.

"Estoy ocupada", me quejé, e intenté esconderme bajo las sábanas.

"No, no lo estás", dijo mi padre, que entró en mi habitación y colocó una taza de café de la Sirenita en la mesilla de noche. "Apenas has comido, apenas te has movido y estás languideciendo. Languidecer es lo contrario de lo que necesitas hacer en este caso".

"Hoy habría sido el último día de prácticas", suspiré. "Pero en cambio estoy aquí después del mayor fracaso de mi vida".

"No", dijo. "No quiero oír eso. Mira, el fracaso es sólo un paso en el camino hacia el éxito. Hay montones de excelentes facultades de derecho que no son Bedford, y hay literalmente miles de millones de tíos que no son tan jefes. Mira, has perdido este asalto, pero si realmente te respetas a ti misma te levantarás y lo harás mejor la próxima vez".

"Uf", gemí, pero extendí la mano y envolví la taza de café caliente.

"No me refunfuñes", me advirtió. "Sé que es amor duro, pero me paso el día en la naturaleza. Es duro sobrevivir ahí fuera, pero hay que hacerlo. Mira, te quiero, cariño. Soy tu papá oso. Pero tienes que volver ahí fuera y cazar por ti misma".

"Gracias, papá".

"De nada, cariño", dijo. "Mira, te dejaré deprimida un día más. ¿De acuerdo? Luego tienes trabajo serio que hacer".

Se levantó y salió de mi habitación.

Tomé unos sorbos de café y me quedé mirando las fotos de la mesilla de noche. Había una de mi madre y yo cuando era pequeña. Las dos estábamos sentadas en el columpio del jardín y yo estaba en su regazo intentando cazar una mariposa.

Sentí que se me hinchaba el corazón. Sabía que de algún modo saldría de esta, aunque ahora pareciera imposible.

Todo lo que había querido era ser abogada, y era lo único en lo que me había centrado todo este tiempo. Pero no quería ser un tiburón como Edward, lo sabía. Quería acercarme a la gente desde el amor, en lugar de entrar a matar.

Saqué el teléfono con un nuevo propósito y lo encendí por primera vez en semanas, para encontrarme con dieciocho llamadas perdidas y veinte mensajes de Edward.

Solo pensar en él me hizo morderme el labio. Pero de ninguna manera. Ya no iba a volver allí.

Era hora de seguir adelante. Borré todos sus mensajes sin mirar y dejé el teléfono sobre la cama.

Edward

Me moví por la oficina como de costumbre, a pesar de las miradas de las secretarias y las miradas de asombro de los becarios. Carol había optado por concederme clemencia omitiendo el alcance de mi relación con Allie, y no me habían retirado la licencia.

Pero a pesar de todo, me faltaba una parte de mí. Añoraba el sonido de la voz de Allie por la mañana, sentir su contacto contra el mío.

Mi teléfono sonó y miré la notificación de mi banco.

Dos millones de dólares de Brendan. Ese cabrón engreído nunca me dejaría en paz. Pero ahora no podía inmutarme.

"Se me ocurrió añadir un poco más", decía el mensaje.

Suspiré. Ese cretino engreído.

Sentí un golpecito en el hombro y me giré. Pero antes de darme cuenta, una mano me empujó al despacho de Malcolm, decorado con mucho gusto.

"Mierda", dije. "¿Por qué demonios han hecho eso?"

"Queríamos hablar contigo", dijeron Malcolm y Cameron. "Tienes que volver a hablar con Brendan".

"Joder, no", dije. "De ninguna manera".

"¿Por qué?" Dijo Patrick. "Tú eras el que se la estaba tirando en la oficina".

"¿Sabes que Brendan literalmente transfirió 2 millones a tu cuenta?" Malcolm preguntó. "Vas a usar eso para tu casa de lujo, ¿verdad?"

"No voy a usar el dinero sucio de Brendan, y me pondré en contacto con mi banco cuando acabe este puto caso", dije. "Y deja de hacer que Gina mienta sobre el estancamiento de Mercedes. Tengo fe en Allie y en mi argumento".

"Lo que tú digas, tío", se encogió de hombros Malcolm. "Simplemente no queríamos que fuera incómodo en el póquer..."

"Oh, como si fuera a ir a su pequeña noche de póquer", resoplé. "No quiero ver a Brendan ahora mismo".

"Lo entiendo", suspiró Cameron. "Mira, lo entiendo todo. Pero me lo saltaré también, no estoy realmente de humor de todos modos".

"Aw hombre," Patrick suspiró. "El póker no es divertido con sólo tres. Voy a tener que hacer otros planes".

"¿Quieres compañía?" Preguntó Cameron y levantó una ceja. "¿Podríamos ir a tomar una cerveza?"

"No", suspiré. "No quiero compañía. Quiero follar hasta la estratosfera".

Más tarde, esa misma noche, me senté en el sofá y me quedé mirando el suelo, como había estado haciendo durante las dos últimas semanas. Allie seguía sin contestar, y yo tenía la sensación de que no iba a llegar a ninguna parte con esto.

De repente, sentí un peso en el regazo y Midnight se acurrucó en mi cuello. Le rasqué detrás de las orejas y suspiré.

"Lo sé, colega", dije. "Yo también la echo de menos".

Sus brillantes ojos verdes parecían estar juzgándome.

"Lo sé, lo sé", dije. "Yo tampoco me gusto mucho ahora mismo".

Podía cerrar el caso Langford después de estar despierto cuarenta y ocho horas, sin problemas. En cierto modo, mi dolor por la marcha de Allie había desbloqueado un nuevo nivel en mí. No

dormí. No comí. Y aunque no podíamos compartir nuestra victoria, ya no había gloria.

Los Langford estaban a punto de perderlo todo, y yo me odiaba.

Rebusqué entre los últimos expedientes cuando se me cayó una de las notas adhesivas de Allie.

Casi jadeé al coger la nota verde y mirarla.

Zona 341: 1934.

De repente, todo volvió a mi memoria. No los besos ni hacer el amor, en los que ya había pensado durante semanas.

En otra cosa.

Algo mejor.

Pasé el resto del día en la biblioteca jurídica investigando la Zona 341: 1934. No puedo creer que Mercedes se hubiera perdido esto.

Pero ella no tenía una asistente como Allie. Nadie era tan dedicada como Allie.

Para cuando encontré lo que necesitaba, me lloraban los ojos del polvo, pero sabía que merecería la pena. Podía soportar tener la cara hinchada en el tribunal, no estaba allí para tener buen aspecto.

Cogí el expediente que había preparado y sentí que la emoción me subía por la espalda. Sabía que, por una vez, estaba a punto de hacer algo bueno. Algo de lo que Allie estaría orgullosa.

Me arreglé la corbata y me dirigí a la oficina, donde Mercedes estaba haciendo algunos trámites de última hora con sus clientes.

"Mercedes", dije en la puerta, y ella se volvió hacia mí, enarcando una ceja.

"¿Qué quieres?".

"Toma", le dije, "se te ha caído esto".

Me miró extrañada antes de acercarse y arrebatarme la carpeta de las manos.

"¿Qué es?", murmuró, y miró dentro.

De repente, sus ojos se abrieron de esperanza.

"Dios mío", dijo mientras lo hojeaba. Se quedó boquiabierta al ver lo que significaba para su caso. "Edward, ¿por qué?".

"Ah, ah ah", dije, y me llevé el dedo a los labios. "Como dije, creo que se te cayó en el pasillo".

Salí corriendo de Harmony & Gold sin mirar atrás. Mercedes podía arreglárselas sola.

El juzgado bullía y el señor Harmony estaba sentado en la parte de atrás con la cabeza entre las manos. Simon y Sandra volvían a llevar trajes a juego.

Nada me apetecía más que tener a Allie en mis brazos.

Pero tenía un trabajo que hacer, y tenía que hacerlo bien.

"Orden en la sala", dijo el juez Oliver, y miré al familiar anciano de gafas. Buscó a la oposición, pero Mercedes no estaba por ninguna parte.

De repente, las puertas del fondo se abrieron de par en par y apareció ella, con los ojos brillantes y un aspecto radiante.

"Gracias por pensar en venir", dijo el juez Oliver.

"Le pido disculpas", dijo ella. "Pero el trato se cancela".

René, el representante de mi cliente, me miró y frunció el ceño.

"¿Perdón?", preguntó, y yo me quedé callado como un ratón.

"El terreno sobre el que se construyó la fábrica nunca estuvo destinado a uso industrial", añadió Mercedes. "Es para uso residencial, según los estatutos de la Zona 341 aprobados en 1934. No sólo habrá que trasladar la propiedad de los Langford, sino que además habrá que cambiar los códigos fiscales. Los gemelos Langford tienen dos años para llevarlo a cabo".

"¿Sabías esto?" me gritó René, y el juez Oliver golpeó su mazo.

"He dicho orden", dijo.

Mercedes le pasó el expediente, que él ojeó y asintió.

"Todo esto es cierto", suspiró. "Lo siento, pero parece que los Langford seguirán en posesión de esta fábrica. Pueden retirarse, después de diez minutos en el tribunal".

Mercedes me lanzó una mirada mientras atendía a unos Sandra y Simon completamente conmocionados.

La miré con el ceño fruncido y negué con la cabeza, pero sabía que se daba cuenta de mis tonterías.

Había hecho lo correcto. Había triunfado de la mejor manera posible. Era un nuevo capítulo para mí, y sabía que, aunque no descolgara el teléfono, Allie estaría orgullosa.

Capítulo 28

Edward

Después de una treintena de llamadas de la junta, me senté en mi despacho y me tomé una cerveza. Normalmente me tomaba un whisky en esas ocasiones, pero esta vez me sentía más veraniego y ligero. Me sentía cada vez menos intenso, y eso me gustaba.

De repente, la puerta de mi despacho se abrió de golpe y apareció ante mí el Sr. Harmony, vestido con un traje de lino.

"Perro", dijo, y golpeó mi escritorio con los puños. "Sabía que podía confiar en ti".

"¿Confiar en mí para qué?" pregunté, y enarqué una ceja.

Me guiñó un ojo y movió el dedo.

"Te conozco Edward", dijo. "No se te escapa ni una maldita cosa. Pero ahora, creo que te quiero. Y vas a ser mi nuevo compañero, si lo aceptas".

Era una propuesta informal, pero estaba seguro de que podía aceptarla.

"La acepto", me reí.

Tomé otro sorbo y me encogí de hombros mientras él salía corriendo de mi despacho, prácticamente dando saltitos.

Antes de que la puerta pudiera cerrarse del todo, otra figura detuvo el picaporte y entró.

Era Mercedes.

"Hola", le dije. "¿Cómo está, señora Rodríguez?".

"Estoy bien", suspiró. "Le dije a seguridad que me había dejado algo aquí, pero sólo quería verlo a usted. Pero sí, mejor que bien. ¿Por qué has hecho eso? ¿Estás borracho?".

"Estoy en medio de una cerveza", me reí. "Pero no. ¿Por qué he hecho qué? No tuve la oportunidad de hacer nada, en realidad, tu movimiento nos sacó del parque".

"Ya me entiendes", dijo y enarcó una ceja.

Cogí el post-it que Allie había escrito y le guiñé un ojo. Luego saqué un mechero del cajón de arriba y le prendí fuego.

Ya estaba hecho.

"Edward", dijo ella. "Quienquiera que te haya sacado la barra de hierro del culo necesita una medalla o una alianza".

Salió de mi despacho por el pasillo, pero sus palabras se me quedaron grabadas.

Huh. Anillo de boda. Me gustaba cómo sonaba.

Respiré hondo. Sabía lo que tenía que hacer y era hora de salir y hacerlo.

Tuve que colarme entre Carol y la secretaria principal de Harmony para conseguir los códigos de los archivos de los antiguos clientes, pero había conseguido encontrar la dirección de Allie.

Parecía que iba a Bennington, Vermont.

Llené el depósito de mi Audi y conduje mientras la ciudad se convertía lentamente en pequeños pueblos y luego en colinas ondulantes que se extendían en la distancia.

Pasé junto a numerosas casitas de colores que me hicieron sonreír. Casas pintadas de morado, rosa y azul con perros correteando y porches de aspecto hogareño. Se me encogió el corazón al ver lo bonito que era todo, pero también estaba nervioso por lo que iba a hacer.

Por fin llegué a una casa blanca con tejado de listones azules y bonitas ventanas azules. Había

una mecedora en el porche y no había muchas casas en la calle.

Esta era la dirección. Aquí vivía Allie.

Llamé a la puerta e intenté que no se me erizaran los pelos al oír los pasos familiares en la puerta. La puerta se abrió y contuve la respiración.

Era ella.

Parecía que acababa de ducharse y llevaba unos pantalones cortos de cuadros rosas y una camiseta de Nirvana. Quería decirle lo guapa que estaba, pero me miraba con ojos de platillo volante.

"Hola", dije bruscamente.

"Hola", respondió ella.

No tenía ni idea de qué coño debía decirle. Le había roto el corazón, la había dejado en ridículo delante de los idiotas del trabajo y había acabado con sus prácticas.

"No sé qué decir", admití. "Y no debería haber hecho todo eso. Creo que no he pensado correctamente".

Parecía un poco confusa.

Vamos, Edward, ¿hablas en serio? Tranquilízate. El corazón me latía con fuerza en los oídos, y creo que no sonaba tan nerviosa desde la secundaria.

"Mira", le dije. "Te quiero. Si te casas conmigo, podrás ser legada a Bedford como esposa, y estaremos enamorados, y serás abogada, y lo siento".

Me miró y parpadeó.

Ok. Hora de sacar los perros grandes.

Metí la mano en el bolsillo y saqué la alianza antigua que había buscado. Era eduardiana, con forma de lágrima y pequeños diamantes en el borde.

"Allie", dije, y me incliné sobre una rodilla. "Por favor, ¿quieres casarte conmigo?".

"¡Allie!" Me interrumpió la voz de un hombre. "¡Hora de comer!".

"¡Levántate!", me siseó finalmente, y me cerró la puerta en las narices.

Me puse en pie. Esto no iba bien.

"Un segundo, papá", me llamó. "Es alguien del instituto".

Contuve la respiración. Tal vez esta vez había hecho daño a alguien de una manera de la que no podría salir.

Allie

Esto era increíble. Lo único que quería era empezar de cero, y el bueno de Edward Macintosh había vuelto.

"Así que has venido hasta aquí para avergonzarme", le dije. "Realmente eres el hombre más trabajador del negocio".

"No", dijo, y retrocedió patéticamente. "Yo también soy un hombre cambiado. Tiré el caso Langford. Gracias a ti, encontraste algo que ellos no habían encontrado. Zona 341".

Tenía la mano en el pomo de la puerta, pero me detuve y levanté la vista hacia él.

"¿Sí?" Le pregunté. "¿Qué pasa con ella?".

"Salvó a los Langford", dijo, y respiró hondo como si estuviera a punto de empezar a recitar algo. "Los estatutos de la Zona 341 se aprobaron en 1934. Se cambiarán los códigos fiscales, y la propiedad tendrá que ser trasladada porque ni siquiera debería haber sido construida en primer lugar. Los gemelos Langford tienen tiempo, Allie, y podrán reunir los fondos que necesitan".

Sentí que una sonrisa se dibujaba en mi rostro. Había encontrado la Zona 341 y Edward había cambiado por una vez su mentalidad despiadada para ayudar a alguien.

"Edward", empecé. "Eso es, umm..."

"Se lo di a Mercedes", dijo, y un tirabuzón oscuro le cayó en la cara. "Tiró todo el maletín. Están a salvo".

Esto era increíble. ¿Realmente había arriesgado el trato sólo para hacer lo correcto?

"Bueno, es bueno saber que eres humano", murmuré. Realmente no sabía qué decir. Estaba sorprendida, y todavía cabreada de que estuviera aquí.

"Toma", dijo, y me entregó un sobre.

Saqué un cheque y miré los números.

Eran dos millones de dólares.

"¿Estás de broma?" pregunté. "Esto es... esto es... espera, no. ¿Estás intentando comprar mi amor con tu sucio dinero?"

"No", insistió. "Mira, es de Brendan. Es un capullo, pero es Rick. Úsalo para pagar la escuela. Para Bedford, para que no tengas que casarte conmigo si no quieres, para un yate, para un suministro vitalicio de perritos calientes, me importa una mierda, sé feliz".

Me quedé mirando el dinero, el reluciente anillo de compromiso que Edward aún sostenía en la mano.

"¿Lo dices en serio?" pregunté, con las lágrimas cayendo por mis mejillas.

"Sí", dijo, y me quedé mirándole fijamente a sus grandes ojos marrones.

Le rodeé con los brazos y dejé que me besara profundamente en los labios. En cuanto nos tocamos, estallaron explosiones en mi interior.

No había nada más perfecto que esto.

No podía creer que estuviera de vuelta en Nueva York. Había empezado de nuevo, pero con Edward Macintosh de por medio.

Edward cerró la puerta de un portazo y me tiró en la cama. Pude oír a Midnight arañando la puerta, pero ambos nos reímos.

"Eres mi pequeño prodigio", me susurró al oído, y me besó largo y tendido.

Primer día en la facultad de Derecho de Columbia, y yo estaba en la cama con el socio más joven de Harmony & Gold.

Esperaba que Gina, a la que le habían concedido la beca, se estuviera divirtiendo en Bedford, porque yo estaba más que feliz de quedarme en Nueva York con el amor de mi vida.

Me eché encima de Edward, que me sonrió como un perrito tonto. Mientras le apartaba un rizo castaño oscuro del ojo, mi anillo de compromiso brilló a la luz de la mañana.

Había sido un verano infernal. Pero ahora nos esperaba algo mejor.

Juntos.

Leer más...

Si desea obtener el libro de Aurora ahora mismo, puede hacerlo en la tienda de Amazon. El siguiente libro se titula **“El bebé del Director General: Amor en Las Vegas”**.

Este es el resumen:

¡No soy propiedad de nadie!

Cuando mi padre me promete a la mafia como novia, huyo a Las Vegas.

Sólo para caer en los brazos de un atractivo director general multimillonario.

¿Será el caballero blanco que he estado buscando?

Mi padre, para pagar su deuda con la mafia, quiere casarme con un jefe de la mafia.

En mi desesperación por escapar de mi destino, huyo a Las Vegas y salgo de fiesta como si no hubiera mañana.

No soy muy impulsiva, pero cuando conozco al director general, Ryan Carter, me lanzo.

Al fin y al cabo, sólo se vive una vez y mi vida podría acabar mañana.

Al día siguiente me despierto en la suite de Ryan con un anillo en el dedo. ¿Qué he hecho?

Espera, ¿podría una boda accidental convertirse en mi salida de un matrimonio concertado?

Cuando Ryan me ofrece cambiar la ventosa Chicago por la soleada San Diego, no lo dudo y me voy con él.

Lo que empezó como una forma de escapar de mi destino pronto se convierte en un apasionado romance.

Pero cuando la mafia me sigue la pista, Ryan y yo tenemos que huir.

Nuestra relación se pone a prueba hasta el límite.

Y por si fuera poco, descubro que estoy embarazada.

¿Escaparemos Ryan y yo? ¿Hay alguna posibilidad de que tengamos una vida feliz juntos? ¿O todo arderá en llamas?

<https://www.amazon.es/dp/B0BVJFKTBS>

Sígueme en mi página de autora de Amazon y no te pierdas ninguna de mis novedades y promociones:

<https://www.amazon.es/Aurora-Shine/e/B0BNC9R92D>